



Programa para
**Pequeñas
Localidades**

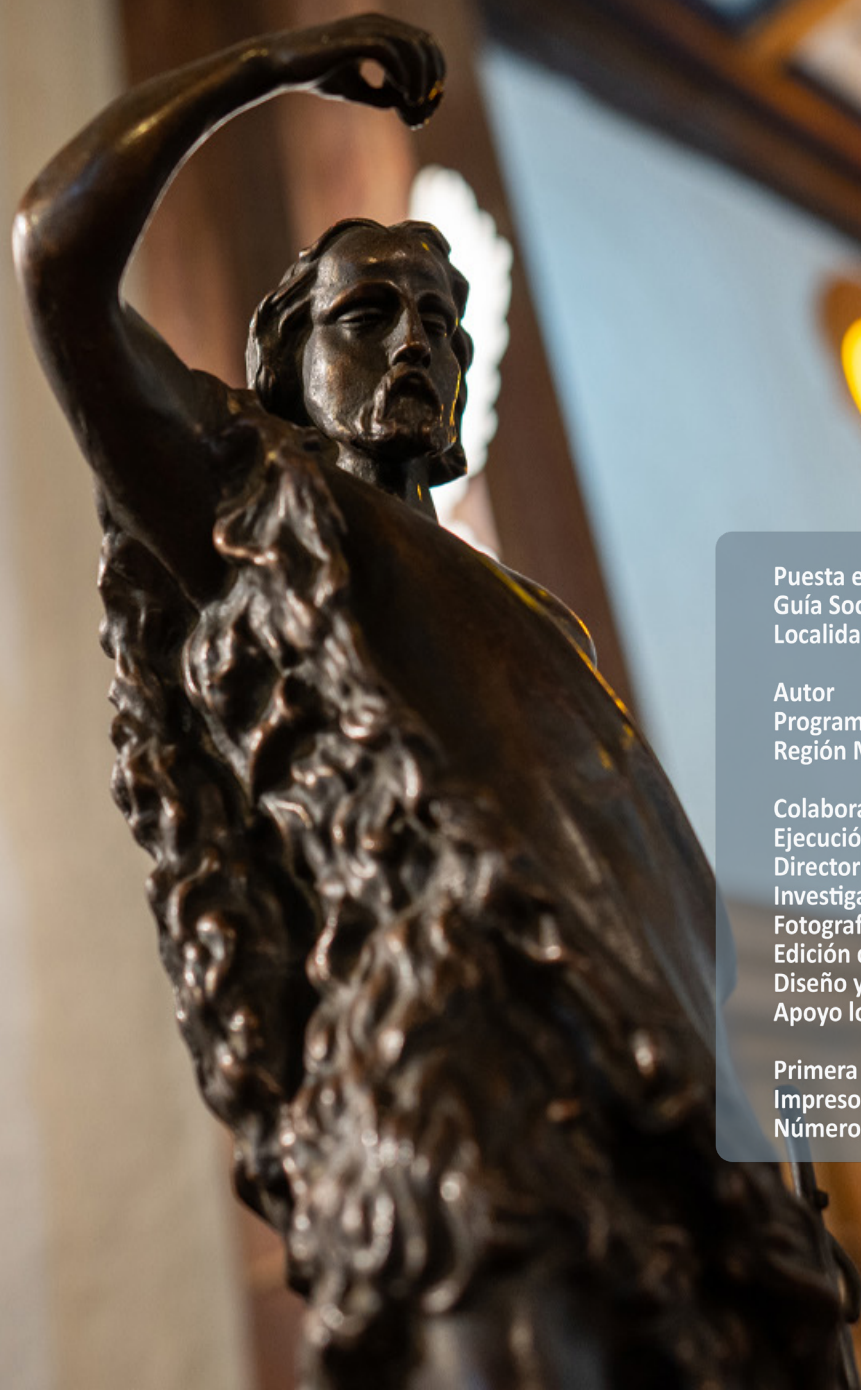


Localidad
Villa Alhué
Alhué

Puesta en Valor del Patrimonio Social, Cultural y Arquitectónico de Alhué

Guía Sociocultural





Puesta en Valor del Patrimonio Social, Cultural y Arquitectónico de Alhué.
Guía Sociocultural
Localidad de Villa Alhué, comuna de Alhué

Autor

Programa para Pequeñas Localidades de la SEREMI de Vivienda y Urbanismo,
Región Metropolitana, en colaboración con la Ilustre Municipalidad de Alhué.

Colaboradores

Ejecución: Consultora Arqueolng, Ingeniería, Gestión Ambiental y Arqueología.
Director de proyecto: Bruno Jiménez Belmar.

Investigación y textos: María Luisa Jordán Joannon y Bruno Jiménez Belmar.

Fotografía y registro audiovisual: Sebastián Venegas Díaz.

Edición de textos: María José Godoy Álvarez.

Diseño y diagramación: Sergio González Pérez @sonomiro

Apoyo logístico: Aurora Aravena Videla.

Primera edición: enero 2026.

Impresos Socías Ltda. Santiago, Chile

Número ISBN: 978-956-425-262-9



En cada relato, en cada recuerdo y en cada experiencia de quienes participan en este libro se refleja la identidad que caracteriza a Villa Alhué. Una localidad rica en historia, tradiciones y con un profundo patrimonio social y cultural, marcado por su agricultura.

Por eso, estamos felices del trabajo en conjunto que estamos realizando con el municipio y la comunidad, a través del Programa para Pequeñas Localidades del MINVU, para mejorar la calidad de vida de sus habitantes, impulsar la economía local y reforzar su arraigo a través del desarrollo de obras urbanas, como la habilitación del borde estero como un espacio de paseo, encuentro social y contemplación del paisaje geográfico.

Tenemos la convicción de que el desarrollo de cada localidad se construye desde su propia mirada, y este libro es un testimonio de esa construcción colectiva. Cada página releva y pone en valor el patrimonio inmaterial, la identidad y la historia campesina de Alhué, con sus mitos, paisajes, su arquitectura colonial, que lo distingue respecto de otros territorios rurales de la Región Metropolitana.

Nuestra misión como Seremi MINVU es llegar a cada rincón de la región y estamos profundamente orgullosos del trabajo que hemos desarrollado en Villa Alhué, donde la participación activa de cada vecino y vecina ha sido fundamental para llevar adelante este proyecto.



Carolina Casanova Romero
Secretaria Regional Ministerial
de Vivienda y Urbanismo

Estimadas vecinas y vecinos, como alcaldesa de la comuna de Alhué y junto al Honorable Concejo Municipal, es un alto honor y una profunda responsabilidad presentar esta Guía Sociocultural de Alhué.

Esta obra representa la esencia de nuestra identidad colectiva; es un testimonio del talento, la historia y la riqueza cultural de nuestra gente, y un sincero reconocimiento a quienes, generación tras generación, han mantenido vivas nuestras tradiciones.

A través de estas páginas reafirmamos nuestro compromiso con la puesta en valor, la protección y la proyección de nuestro patrimonio, para que las raíces de Alhué sigan fortaleciendo el presente y guiando el futuro de nuestra Comuna de Alhue.



Marcela Chamorro Macías
Alcaldesa de Alhué

Contenido

Introducción.....	7
1. El espacio natural y su significancia histórica.....	8
1.1. El Agua.....	8
Historias y usos de los esteros.....	8
La sequía.....	10
1.2. Los cerros.....	13
Emplazamiento entre montañas.....	13
El sistema Cantillana.....	14
La tradición minera.....	16
La fabricación de carbón.....	19
El arriero.....	22
1.3. Elementos icónicos:.....	25
La parra centenaria.....	25
El cementerio de piedras, Talamí.....	26
2. Memoria material de nuestros antepasados.....	26
2.1. Las comunidades indígenas prehispánicas.....	26
2.2. La Villa colonial y sus orígenes.....	35
2.3. Del barro a la arquitectura.....	36
Iglesia parroquial de Alhué.....	38
Museo de Alhué.....	41
Casona de la Hacienda Alhué.....	44
El centro de la Villa. La plaza y la Zona Típica.....	46
El terremoto de 1985 y la reconstrucción.....	47
Elementos urbanos icónicos: faroles, pilares de esquina y protecciones de piedra.....	50

3. La familia como parte de una comunidad. Tradiciones locales de Alhué.....	51
3.1. Gastronomía y tradiciones.....	51
Lo salado y lo dulce.....	52
Uso medicinal de las hierbas.....	54
Licores y destilados.....	55
Apicultura y elaboración de miel.....	57
3.2. Festividades religiosas e instancias de encuentro comunitario.....	60
Fiesta de la Purísima.....	60
La novena del Niño y la Navidad.....	60
La Trilla.....	61
El 18 de septiembre.....	61
La Semana Alhuina.....	62
3.3. Memoria que resiste.....	63
Canto a lo humano y lo divino.....	63
El telar.....	67
La santiguadora.....	69
Talabartería.....	71
Epílogo.....	73
Referencias Bibliográficas.....	75
Fuentes Primarias.....	80
Fuentes Imágenes.....	80

Introducción.

Como parte del Programa para Pequeñas Localidades (PPL) financiado por la SEREMI MINVU RM, y en colaboración con la Ilustre Municipalidad de Alhué, surge el proyecto “Puesta en Valor del Patrimonio Social, Cultural y Arquitectónico de Alhué”, cuyos resultados se plasman en la Guía que hoy tienes en tus manos.

El PPL tiene como objetivo general contribuir a mejorar la calidad de vida de los habitantes, y potenciar el desarrollo de localidades que presentan déficit urbano y habitacional. En el caso particular de este proyecto, lo que se busca es relevar la tradición campesina, además de rescatar y mantener vivos para las nuevas generaciones, los valores identitarios, sociales e históricos de Villa Alhué. En este sentido, el Programa para Pequeñas Localidades plantea que, a pesar de la lejanía, la vulnerabilidad o el aislamiento en el que se encuentre una localidad, en ella existe historia, cultura, memoria y ante todo, personas que le dan vida al territorio.

De esta manera, la Guía Sociocultural se presenta como un documento sintético, pero significativo, porque en su construcción ha participado la comunidad. En él se recogen las memorias y testimonios de vecinas y vecinos de la localidad, recuerdos referidos a labores de antaño, a festividades y comidas, a las tradiciones que perviven en el imaginario de la Villa y sus alrededores. Todas estas reminiscencias permiten, al mismo tiempo, proyectar un futuro consciente y atento a este pasado.

En este recorrido nos guía un concepto central: la **memoria material**. Esta idea ayuda a ilustrar cómo los objetos, las cosas, están cargadas de significados actuales para quienes

en el presente las investigan, usan y conservan, pero a la vez, contienen información de tiempos remotos, como fruto del trabajo que humanos de hace miles de años realizaron. Asimismo, la noción de memoria material permite comprender el uso de objetos en oficios aún vigentes, que fueron parte de actividades y tradiciones cuyas raíces se extienden varias generaciones atrás. Los que llamamos “patrimonio inmaterial”, también forma parte de esta memoria.

Así, en este trayecto se revelan vestigios que a simple vista pueden pasar desapercibidos, como los fragmentos cerámicos o desechos del tallado de una roca, que son huellas de una herencia precolombina milenaria; u otros monumentales, como la icónica Iglesia de Alhué, testimonio que nos habla de la llegada europea hace apenas unos siglos. También aparecen otros elementos menos reconocidos como patrimonio, que revelan la vigencia de una historia propia, como son las herramientas que aún emplean las vecinas y vecinos de Alhué para elaborar dulces chilenos, hacer talabartería o crear tejidos tradicionales. En estos objetos culturales se condensan años de saberes, algunos ya desaparecidos, pero otros con plena vigencia.

En la naturaleza en cuanto tal no hay ningún producto, sino solo cuando ha habido trabajo humano. En esto consiste la transformación de la naturaleza en cultura

(Dussel, 2014)

1. El espacio natural y su significancia histórica.

*En mi pueblo hay un estero
de puras y claras aguas
tiene sauces y pataguas
verlo limpio siempre espero.
Luchar por eso yo quiero
era linda su blancura
hoy le tiran la basura
yo lo digo con pesar
contaminan sin pensar
es verdadera locura*

Primera décima que escribió la cantora Ana Irrazábal. Alhué, año 2006.

La comuna de Alhué está situada en el extremo sur poniente de la Región Metropolitana, dentro de la provincia de Melipilla. Geográficamente, se asienta en el cordón montañoso Altos de Cantillana, perteneciente a la cordillera de la Costa. Alhué conforma un extenso cajón rodeado de serranías por el norte, sur y este.

El valle es atravesado por el estero Alhué, un curso de agua de régimen pluvial que se origina en el cerro Cantillana y fluye hacia el suroeste, hasta desembocar en el río Rapel. A lo largo de su recorrido recibe los aportes de una serie de esteros y quebradas, entre ellos el localmente reconocido estero Pichi.

Al recorrer el valle es posible apreciar el verdor de sus laderas de orientación sur y la abundante vegetación en todo el entorno. Sobresalen los altos quiscos, que pueden alcanzar hasta 7 metros de altura, impresionando con su

majestuosidad y sus flores blancas en primavera. En las cumbres se observan manchones del roble de Santiago, una noble especie casi desaparecida en el resto de la región, mientras que en los sectores más áridos predominan conjuntos de puyas o chaguales. Asimismo, en numerosas viviendas y en algunos cerros se aprecian imponentes palmas chilenas, similares a la célebre “Gran Palma” retratada por el pintor Onofre Jarpa (1849- 1940), uno de los paisajistas más importantes de la pintura chilena, nacido en Alhué.

1.1. El Agua.

Historias y usos de los esteros.

Históricamente, el sector agrícola de Alhué y la vida que se desarrollaba allí han dependido principalmente del Estero Alhué. Como se verá más adelante, las primeras poblaciones, que hace miles de años experimentaron con cultivos, se instalaron junto al estero. Con el paso del tiempo, los agricultores de la zona implementaron acequias para trasladar el agua desde el estero a las siembras (Guzmán, 2009). Sin embargo, el acaparamiento del agua por parte de los propietarios de grandes fundos también ha constituido una problemática histórica de la comuna:

“La planta de la población es completamente regular, formada por calles tiradas a cordel i que se cortan en ángulos rectos. Dotada de bastante agua que se toma del estero de igual nombre, queda a veces casi en seco, a causa de que los hacendados de Yerbas Buenas i el Membrillo, que están en primera mano, la usan para el riego de sus sembrados i pastos”
(Vicuña Mackenna, 1874, p. 33).



Figura 1. Estero Alhué. Vista de poniente a oriente. Noviembre de 2025.

El intendente añade que este abuso, que llegó a provocar escasez de agua para el consumo humano, fue sancionado por el gobernador de Rancagua con fuertes multas.

La comunidad alhuina valora los esteros como uno de los elementos más importantes de su entorno. Su presencia, junto con diversos pozos y norias, aseguraba una provisión de agua limpia que no requería de purificación. Antiguamente, en muchas casas el agua se conservaba fría en calabazas preparadas para tal fin, a las que se les colocaba una tapa elaborada con una coronta de maíz.

El estero constituía también un espacio para paseos y baños. Existían numerosas pozas, algunas de las cuales aún se utilizan, donde niños y adultos se bañaban durante la época de calor: la Poza del Risco, en el estero Pichi, caracterizada por un gran pozón junto a un sauce; la poza del Membrillo; la poza del Rodeo; la poza del Chanco; de la Puntilla; y de la Hijueta. Estos lugares son recordados como espacios de encuentro familiar, donde muchos niños aprendieron a nadar y donde acampaban los veraneantes que visitaban Alhué. Antiguamente, también concurrían mujeres para lavar la lana de las ovejas antes de procesarla.

Por otra parte, en el estero era posible recolectar camarones y choros, además de pescar truchas, lizas, pejerreyes y otras especies que ascendían en cardúmenes desde Rapel. Hace unas décadas también era frecuente ver coipos, ranitas e iguanas, especialmente los días calurosos. En los bordes del estero crecían berros que las personas recogían para preparar ensaladas.

Sin embargo, esta imagen acogedora se transformaba durante los inviernos: el estero se convertía en una amenaza, pues sus crecidas violentas o “avenidas” podían dejar aislado al sector de Pichi o a la misma Villa. Esta situación explica por qué las personas se preparaban para el invierno, almacenando alimentos y adquiriendo lo necesario para abastecerse durante esos meses. No era raro que durante

estas crecidas el estero arrasara con el puente o lo dejara con daños que impedían el cruce. Además, las aguas arrastraban numerosas ramas y árboles, que luego eran recogidos por los habitantes para proveerse de leña.

Recientemente, el estero fue enrocado para prevenir la ocurrencia de eventos riesgosos para la población. No obstante, los vecinos señalan que el ancho actual de su cauce corresponde solo a un tercio de lo que había sido antiguamente. En su borde se proyecta la creación de un paseo destinado al disfrute de la comunidad, como parte del Programa Para Pequeñas Localidades de la SEREMI MINVU RM. Paralelamente, en la villa existe un parque con canchas deportivas, juegos infantiles e infraestructura que la comunidad valora y visita con frecuencia, y en el que se desarrollan numerosas actividades comunales.

La sequía.

Como todo el valle central, Alhué ha estado sujeto a lo largo de su historia a ciclos de sequía. La comuna fue gravemente afectada por la sequía que comenzó el año 1966: entre ese año y 1968 se vieron impactadas las siembras, la ganadería y la producción de leche. Por lo mismo, se trata de un momento grabado en la memoria de la comunidad.

En ese entonces, los vecinos se organizaron y formaron un comité para solicitar ayuda al ministerio de Agricultura. Además, abrieron pozos en el lecho del estero y trazaron un canal de un kilómetro de longitud, con el objetivo de formar un pequeño tranque que posteriormente denominaron “Rapel chico”¹. Las faenas, en las que trabajaron 70 hombres durante un mes, fueron incluso visitadas por el único presidente de la República que hasta entonces se había apersonado en Alhué: Eduardo Frei Montalva, en diciembre de 1968 (Bustos, 1995).

¹ El terreno donde se construyó el tranque pertenece a la Comunidad Agrícola, figura jurídica que agrupa a residentes de la villa que son propietarios de manera conjunta del cerro cercano al poblado.



Figura 2. Fotografía de la familia Donoso, tomada el día de la Inauguración del canal y el tranque en Alhué. Niños(as), desde la izquierda: María Inés, Amada, Pablo. Los niños que se asoman son Teresa y Rosa. Maneja la carretela Pablo Donoso; a su lado, Miguel Nuñez. Fotografía tomada por el padre Miguel Jordá. Ca. 1967.

La comunidad de “Alhué abajo”, el sector ubicado aguas abajo de la plaza, recuerda con afecto y admiración las gestiones comunitarias que se llevaron a cabo para abrir el canal que los beneficiaría, tomando agua desde la “poza del Chanco” y conduciéndola hasta el tranque. Desde entonces, el uso de este recurso fue regulado por jueces de agua, y el canal se limpiaba periódicamente en jornadas de “raspa de acequia”, a las que la comunidad concurría provista de palas:

“Se juntaban todos y desde allá de la misma toma se venía limpiando la tierra nomás. Sacándole los pastos, sacándole todo, si habían crecido, no sé, árboles, algo. Y eso también hacía que lo pasaran bien, porque se tomaban sus traguitos, conversaban, se reían todos y se terminaba acá, pal lado de la Puntilla. Adonde terminaba la acequia, se terminaba limpiando todo”.

(María Carolina Donoso, entrevista personal, noviembre 2025).

Tras haber sufrido los períodos históricos de sequía previamente mencionados, Alhué también se ve afectado por el escenario actual de escasez hídrica. Según la Actualización de Cifras y Mapas de Desertificación (Sud Austral, 2016), la comuna de Alhué presenta actualmente un índice de sequía clasificado en nivel Grave, lo que genera que su Riesgo de Desertificación, Degradación de la Tierra y Sequía (DDTS) también sea catalogado como grave. Vecinos relatan que entre los años 2016 y 2020 hubo temporadas en que los árboles no florecieron; incluso se debió aportar alimento a las abejas. Asimismo, desaparecieron algunas especies herbáceas que antes se encontraban con facilidad y disminuyó el número de animales.

A diferencia de los anteriores períodos de sequía, el fenómeno actual es explicado no solo por un proceso cíclico, sino también por los impactos de la acción humana en el cambio climático, y a actores como la minería y los grandes fundos, quienes habrían provocado desvíos y la privatización de los escasos caudales restantes. La minería es señalada como responsable de la desaparición de algunas vegas del sector alto de los cerros de Cantillana, debido al uso de las napas subterráneas situadas bajo sus faenas (Salvador & Bello, 2022). La empresas, por su parte, se defienden argumentando que solo utilizan los derechos de agua de su propiedad.

La escasez de agua ha provocado que en los últimos años el sector de Pichi experimente frecuentes cortes en el suministro, además de la aplicación de multas por uso indebido del recurso -como lavar vehículos o llenar piscinas en períodos en que estas prácticas están prohibidas- y aumentos en el valor del agua potable (Salvador & Bello, 2022).



Figura 3. Ubicación de Villa Alhué y sectores aledaños, en medio de la cordillera de la costa.
Elaboración propia, en base a imagen satelital de Google Earth.

1.2. Los cerros.

Emplazamiento entre montañas.

La historia y carácter de Alhué están fuertemente influidas por su localización geográfica. Se trata de un valle intermontañoso al interior de la Cordillera de la Costa, rodeado al norte, sur y este por serranías –conocidas como “sierra de Alhué” o “cerros de Alhué”–, mientras que por el oeste cuenta con un acceso a través de un plano natural. Para llegar desde Melipilla, capital provincial, es necesario atravesar la cuesta Alhué; y Rancagua, situada a unos 35 kilómetros en línea recta, solo es accesible mediante otra cuesta que está habilitada únicamente para mulas y caballos. Incluso el nombre original del poblado, San Jerónimo de la Sierra, alude a esta condición de aislamiento en medio de cordones montañosos.

Las dificultades de acceso al valle llevaron a que en junio de 1895 el Ministerio de Obras Públicas comisionara al ingeniero Carlos De Toro Herrera el diseño del plano y presupuesto para el camino de la cuesta Alhué. El costo de la obra se calculó en 16.425,20 pesos, justificado por la relevancia de la obra, que contemplaba:

“un ancho de siete metros en toda la extensión, teniendo presente el gran tráfico que habrá por dicho camino pues la villa de Alhué, haciendas de Polulo, Membrillo, Talamí, Pinche, Quilamuta, Alhué y otras tendrán una fácil salida al mercado de Melipilla, ahorrando una vuelta de catorce leguas que es en la actualidad el camino que hacen para llegar a Melipilla por el camino actual, por la cuesta de San Vicente”
(De Toro Herrera, 1895, carta a la Dirección de Obras Públicas, 8 de mayo).

Viniendo desde el norte, el tránsito hacia la villa exige recorrer veintidós curvas de la cuesta Los Guindos, después de Melipilla. Antiguamente, tras este tramo existía una posta conocida como “Santa Rosa”, donde incluso en 1944 las góndolas se detenían para descansar y enfriar sus motores antes de enfrentar la cuesta de Alhué, con sus 18 curvas



Figura 4. Cuesta de Alhué, 1962. Fuente: Museo Histórico Nacional.

de subida y 32 de bajada que conducen al plano del valle (Otaíza, 1944).

Actualmente, la cuesta -parte de la ruta G680- se encuentra en buen estado, sin embargo, el municipio refuerza la prohibición de tránsito para camiones y buses, con el fin de evitar los peligros asociados a este tipo de tráfico. Pese a que es una ruta exigente para los conductores, el recorrido por la cuesta de Alhué permite disfrutar de un paisaje de bosque nativo, observar la floración de alstroemerias silvestres y apreciar las hermosas vistas hacia el valle.

Por su parte, la cuesta hacia Rancagua, hoy apenas transitada, es recordada como una ruta importante, porque permitía llegar a la ciudad a comercializar los productos de Alhué. Quienes la han recorrido señalan que hay tramos difíciles, como las quebradas que se desbordaban en los inviernos lluviosos, o el peligroso sector llamado “Malpaso”. No obstante, es reconocida como una ruta escénica y tranquila:

“Antes se andaba todo a pura pata nomás. Aquí se trasladaban animales para Rancagua, para la feria de Rancagua, a pata, por la cuesta. Para allá trabajaban mucho en macho también. Iban en mula para allá, para Rancagua, a vender trigo, carbón. Se cambiaban por



Figura 5. Plano general de la cuesta Alhué.
Fuente: Carta de Carlos de Toro Herrera a la Dirección de Obras Públicas, 8 de mayo de 1895. Archivo Nacional.

harina, por azúcar, por todo. [...] sí viaje harto por la cuesta de Rancagua, y todavía voy. Viajaba en la noche, me gustaba. ¡Tranquila, es fresquito...! De acá para allá, usted, ningún problema pa venirse. Porque lo alumbran las luces del pueblo de Rancagua. Cuando ya salió allá arriba, al alto, usted para acá, le cambia. Oscuro total. ¡Eran bonitos esos viajes! Siete horas, cinco horas. Es que yo trabajaba allá en Rancagua también. Venía a lo lejos pa acá, y cruzaba a caballo la cuesta”.

(Rogelio Acevedo, entrevista personal, noviembre 2025).

El sistema Cantillana.

Los Altos de Cantillana, también conocidos como Sierra de Cantillana, constituyen un cordón montañoso perteneciente a la Cordillera de la Costa, que marca el límite occidental y sur de la cuenca de Santiago. Su formación se compone de dos grandes unidades geomorfológicas: macizos y valles.

Entre los macizos destacan los cordones La Mina, Altos de Cantillana y Yervas Buenas, junto a la Loma El Cepillo. En ellos se encuentran varias cumbres que superan los 2.000 metros de altura, además de formaciones vegetales con flora altoandina y bosques de roble de Santiago (U. de Chile, 2007).

Estos cordones montañosos se encuentran disecados por valles encajonados de fuertes pendientes, entre los que se incluyen la llanura del río Maipo-Angostura y los valles de los esteros Alhué, Cholqui y Popeta (SIMBIO, s.f.). En estas áreas se desarrolla una abundante vegetación esclerófila y, en las zonas más bajas, se localizan asentamientos humanos y diversas actividades productivas.

La dificultad de acceder a algunos sectores ha favorecido la conservación de ecosistemas y la mantención de amplias y variadas áreas de vegetación no intervenida, que incluyen diversos tipos de bosques. Esta condición permite la existencia de ecosistemas únicos y específicos, con un alto grado de endemismo: aproximadamente la mitad de las especies de flora presentes en la Región Metropolitana se encuentran en los Altos de Cantillana, donde también



Figura 6. Situación actual de la cuesta que une Alhué con Rancagua, hoy prácticamente en desuso. Vista desde el Fundo El Membrillo.

habitan al menos 163 especies de vertebrados terrestres, de las cuales 25 son endémicas. Por otro lado, el macizo constituye una importante fuente de recursos hídricos para la población y sus actividades productivas (SIMBIO, s.f.).

Por estas razones, Altos de Cantillana es uno de los 23 sitios prioritarios para la conservación dentro de la Región Metropolitana, en el marco de la Estrategia Nacional de Biodiversidad (SEREMI MMA, s.f.). Esta amplia zona ha sido protegida a través de diversos mecanismos institucionales, lo que ha permitido que existan cuatro áreas de conservación

que abarcan dentro de su extensión territorio comunal de Alhué: los santuarios de la naturaleza San Juan de Piche y Altos de Cantillana, la reserva privada Altos de Cantillana, y la reserva nacional Roblerías de Cobre de Loncha.

El santuario San Juan de Piche, que protege los bosques altos situados en la ladera sur del Cordón de Cantillana, fue declarado como tal el año 2013, a solicitud de sus propietarios, quienes lo administran bajo la figura legal de la Corporación Robles de Cantillana (San Juan de Piche, s.f.).

Por su parte, el santuario de la naturaleza Altos de Cantillana, Horcón de Piedra y Roblería Cajón de Lisboa, declarado el año 2010, abarca terrenos en las comunas de Melipilla y Alhué, protegiendo 2.743 hectáreas (CMN, s.f.-a).

Adicionalmente, desde 2007 existe la Reserva Natural Privada Altos de Cantillana, creada por iniciativa de propietarios privados a partir de un trabajo conjunto público-privado financiado por el gobierno de Chile y el Fondo para el Medio Ambiente Mundial (GEF). Esta reserva protege 12.000 hectáreas del cordón y es administrada por la Corporación Altos de Cantillana, que gestiona sus iniciativas de conservación, investigación y educación (Altos de Cantillana, s.f.).

Entre las áreas protegidas de Alhué también se cuenta la Reserva Nacional Roblería del Cobre de Loncha, creada en 1996 y perteneciente a CODELCO. En la parte baja del predio, que abarca 5.780 hectáreas, se sitúa el embalse de relaves Carén (1987), asociado a las faenas mineras de El Teniente, operadas por la empresa estatal (Ricci & Abello, 2012). Este embalse, que consta de un muro artificial para contener el material, fue construido entre 1983 y 1987 y permite embalsar 600 millones de metros cúbicos de relave, conducidos desde la planta concentradora a través de un canal abierto de hormigón armado. La zona destinada a inundar fue escogida por su baja productividad agrícola y escasa población (Bustos, 1995), la cual debió migrar hacia Rancagua, Melipilla y Alhué. Algunos vecinos, que recuerdan la época en que Carén era un fundo, señalan que allí se vivía bien y que dejar el lugar fue difícil para la comunidad. Hoy el parque Roblerías, cuya administración depende de CONAF, solo acepta visitas con fines de educación e investigación científica (CONAF, s.f.).

Los ecosistemas protegidos en los diversos espacios de la comuna incluyen bosque caducifolio (principalmente roble de Santiago, *Nothofagus macrocarpa*), bosque de hualo (*Nothofagus glauca*), bosque esclerófilo mediterráneo costero, matorral bajo mediterráneo y puyales. En cuanto a

la flora, las áreas protegidas resguardan especies endémicas y vulnerables, como el roble de Santiago, belloto del norte (*Beilschmiedia miersii*), palma chilena (*Jubaea chilensis*), lingue del norte, y otras especies raras como el huillipatagua (*Citronella mucronata*) o el naranjillo. La fauna también es muy rica: entre los mamíferos se encuentran el zorro culpeo, el zorro chilla, la guiña, el puma, el ratón chinchilla, el gato colo-colo, el quique y la vizcacha. Además, en Altos de Cantillana están presentes anfibios y reptiles endémicos y amenazados, como el gruñidor de Valeria (*Pristidactylus valeriae*), el sapito de cuatro ojos (*Pleurodema thaul*) y el sapo arriero (*Alsodes nodosus*). Entre las aves destacan el cóndor, la torcaza, el loro trichahue, el choroy, además de rapaces, perdices y otras especies.

Los espacios de preservación situados en Alhué son de gran importancia, no solo para la comuna, sino también para toda la región central, ya que resguardan ecosistemas relictos y escasos en la zona, además de albergar numerosas especies en peligro o con distribución restringida, y proteger los sistemas hídricos (SIMBIO, s.f.; Red Santuarios, s.f.).

La tradición minera.

La existencia de minerales preciosos en las serranías de Alhué se ha consagrado históricamente como un cimiento de su economía. Durante la Colonia los primeros asentamientos espontáneos, situados en el sector actualmente conocido como El Asiento, estuvieron relacionados con la explotación de minas de oro, proceso que habría comenzado poco antes de 1740 (Bustos, 1995).

Para 1730 existían 28 minas inscritas en la jurisdicción del mineral de Alhué, mientras que en 1767 se contabilizaban 19 trapiches, es decir, molinos para pulverizar el metal. La actividad minera era lo suficientemente relevante como para que en 1760 el Alcalde de Minas publicara un bando con el fin de regular el registro de las minas, prevenir el robo de metal y herramientas, y controlar el absentismo de los peones (Bustos, 1995).



Figura 7. Recintos semirectangulares tipo pircas, en campamento pirquinero. Sector Fundo El Membrillo. Fotografía tomada por nuestro equipo de trabajo el año 2022.

En ese período varias minas alcanzaron notoriedad. Entre ellas se encuentra la mina del Escarpe, descubierta en 1755 por Ignacio Brito, quien al explotarla obtuvo sesenta mil pesos y el título de “don”. Esta mina se ubicaba en un cerro de material blando, por lo que fue necesario enmaderarla para ejecutar su explotación. También destacó por la riqueza de su producción la mina de Agua Fría, descubierta en 1756 y que trabajaba Francisco Madariaga, razón por la cual pasó a conocerse con su nombre (Vicuña Mackenna, 1881).

De acuerdo con las Leyes de Indias, para fundar una villa era requisito que al menos diez personas casadas solicitaran la autorización al gobernador de Chile. En el caso de Alhué, esta petición se hizo en 1752 y se acompañó por una nómina con cincuenta individuos que, junto a familiares, allegados y sirvientes, sumó 319 personas. Entre los jefes de familia, once varones eran trapicheros, propietarios de



Figura 8. Carro minero de volteo, utilizado en la mina El Cacique hasta 1970. Exposición permanente en el Museo Padre Gerardo Alkemade de Alhué.

minas, o trabajadores en la extracción; otros se dedicaban al transporte de minerales o al comercio de herramientas y alimentos. La mayoría provenía del asiento de minas ubicado a una legua de la futura villa. Además, gran parte de los hombres tenían sementeras, chacras o estancias, o bien contaban con las herramientas para trabajar la tierra (Pérez, 2008).

Fue en base a esos antecedentes que el gobernador Domingo Ortiz de Rozas decretó el 26 de enero de 1753 la fundación de la villa de San Gerónimo de la Sierra de Alhué. Tras haber visitado varios parajes que podrían acoger al poblado, se optó por el sector llamado “Nuevo Reino”, ubicado en tierras que pertenecían a la Hacienda de Alhué (Bustos, 1995). Las familias fundadoras se fueron trasladando paulatinamente a sus solares y estableciéndose allí, hasta que el 19 de agosto de 1755 el gobernador finalmente aprobó la matrícula de

vecinos de la villa. En esta fecha se conmemora actualmente el aniversario de Alhué, hito que también es recordado en el nombre de una calle.

Como todo ciclo económico, la minería del oro también llegó a su fin. A fines del siglo XVIII se señalaba que el comercio de mineral era escaso (Bustos, 1995), y mientras que en 1790 se producían 2.581 libras de oro, para 1825 la producción había descendido a solo 158 libras (Vicuña Mackenna, 1881). Desde la perspectiva del siglo XIX, este hecho se interpretó, en parte, como consecuencia del mal estado de los caminos y la gran dificultad para acceder y comunicarse con el valle de Alhué (Vicuña Mackenna, 1874).

La explotación minera dejó una huella significativa en la comuna. No solo permanecen allí las minas, sino también las piedras de moler utilizadas en los trapiches, generalmente ubicados cerca del estero, las que en algunos casos fueron recuperadas como antigüedades y trasladadas a sectores urbanos. Asimismo, existen vestigios de trabajos de tipo pirquinero, entre ellos, los registrados por INGEROP (2021) en el marco de una evaluación ambiental. En la zona del fundo El Membrillo se identificaron varios conjuntos de estructuras tipo pirca, asociadas a materialidades productivas, como los grandes escoriales resultantes del proceso de fundición de metales.

Durante la primera mitad del siglo XX persistió la explotación de oro en Alhué. En 1916 la faena Madariaga fue comprada por una compañía escocesa que instaló una planta de cianuración para extraer oro y plata de los antiguos relaves. Esta mina, también conocida como “del inglés”, tuvo una historia marcada por diversos acontecimientos: el asesinato de su gerente en el camino a Rancagua, la falta de autorización del gobierno británico para traer capitales, y varios cierres y reaperturas. El 25 de enero de 1942 protagonizó un accidente cuando cedió el muro de contención de un relave, liberando polvo que alcanzó los cursos de agua cercanos (Bustos, 1995).

A mediados del siglo XX se explotaban al menos seis minas en Alhué, pero durante las décadas siguientes esta actividad perdió relevancia. Dos siglos después del primer auge minero entre 1985 y 1986, comenzó nuevamente una explotación considerable, cuando la empresa Minera Maipo, filial de Las Cenizas, comenzó sus prospecciones, descubriendo un importante yacimiento de oro y plata. En 1986 también comenzó a explotarse la mina Lo Toro, mientras que en Polulo operaban la Cacique y la Sol. En 1987 reabrió la mina El Membrillo. Asimismo, durante esta década se construyó el embalse de relaves Carén, para servir a la minería de cobre de El Teniente (Bustos, 1995; Guzmán, 2009).

La década de 1980 es considerada por sus habitantes como un hito por varias razones: llegaron nuevos ocupantes y la población creció considerablemente; lo que influyó en que la reconstrucción tras el terremoto de 1985 se realizara incorporando nuevos gustos y estilos foráneos. Además, surgieron nuevas actividades económicas -la minería y, durante cinco años, la construcción del embalse-, lo que generó empleo y permitió a muchas familias mejorar su situación. Para el año 2009, el 23,73% de la población económicamente activa de Alhué trabajaba en minería (Guzmán, 2009). En 2016, la minería empleaba a 727 personas, siendo la principal fuente de trabajo en la comuna (MINVU RM, s.f.). Según indicadores del año 2023, en ese momento funcionaban cinco empresas mineras en Alhué. La más importante de ellas es la Minera Florida, situada en el sector de El Asiento, la que hasta 2023 perteneció a la compañía canadiense Yamana Gold, siendo adquirida ese año por la también canadiense Pan American Silver (Minería Chilena, 2023).

Sin embargo, debido a que trabaja por debajo del cordón montañoso de Cantillana, la minería ha sido señalada por la comunidad como la responsable de la desaparición y consumo de las napas de agua subterráneas, lo que ha provocado el secado de vertientes y vegas verdes en el Alto de Cantillana. Esta pérdida de recursos hídricos en la montaña, además de ser problemática para el medio



Figura 9. Arriba, ladrillo refractario con inscripción “D DGE” registrado en el Fundo el Membrillo, y abajo, ladrillo referencial de la fábrica “Dykehead Brickworks, Bonnybridge” de Escocia, con operaciones desde fines del siglo XIX, desde donde posiblemente provenga la pieza identificada. Lo anterior toma fuerza a la luz de los antecedentes sobre la instalación de una compañía minera escocesa en Alhué, hacia 1916. Fotografía tomada por nuestro equipo de trabajo el año 2022.

ambiente, pone en peligro la base económica agrícola y ganadera de las comunidades (Guzmán, 2009). En la década de 2000 también se denunciaron problemas de salud en la población de El Asiento y Talamí debido al polvo del relave (Gutiérrez, 2006).

Actualmente, en la mina Florida se extrae oro, plata y zinc, de rocas que son trasladadas en camiones hasta la planta procesadora, situada entre la villa y el sector de El Asiento.

El antiguo fundo El Membrillo, terreno de veinte mil hectáreas donde se ubican los piques, fue destinado por Pan American Silver para ejecutar sus compensaciones forestales. En él se plantan especies nativas y se trabaja la apicultura y elaboración de aceite de oliva a escala artesanal. También reciben a las escuelas locales para enseñar a sus estudiantes sobre sostenibilidad. Su antigua casa patronal, construida en adobe, fue quemada en el año 2017.

La fabricación de carbón.

Cerca de los cerros se puede observar la presencia de pequeños conjuntos de hornos u hornillas de barro, elementos utilizados para fabricar carbón a partir de la madera de espino (*acacia caven*). Esta práctica, posiblemente de origen colonial, permite acceder a un carbón de excelente calidad en regiones alejadas de los yacimientos de carbón mineral del sur del país (Larraín, 2020). Ya en su visita de 1874, el intendente Benjamín Vicuña Mackenna consignó que el cajón del Membrillo era un importante fabricante de carbón de espino, además de producir maderas de roble, lingue, luma, quillayes y canelo (Vicuña Mackenna, 1874).

Hace algunos años, los hornos se instalaban en sectores en que el propietario de un predio permitía extraer la madera. En ellos se elaboraba carbón blanco -una mezcla de diferentes maderas, como peumo y litre- y carbón de espino, siendo este último el mejor valorado por su calidad.

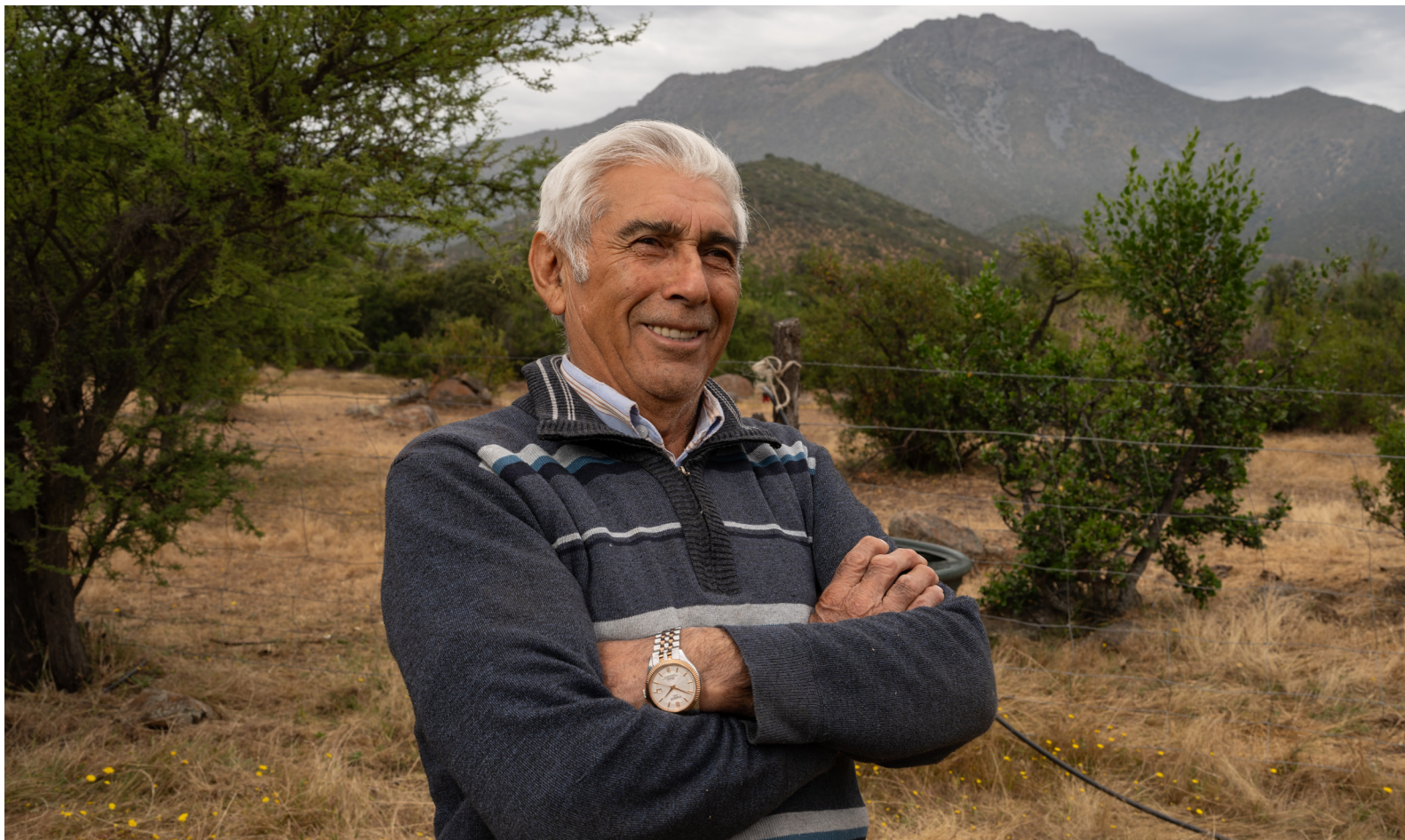


Figura 10. Aladino Allende, ex minero y cantor. Aladino ingresó a la faena minera cerca del año 1985 y trabajó durante veinte años. De fondo, el morro de Talamí.

La construcción de un horno u “hornilla” comenzaba por la elaboración de una mezcla de agua y paja, con la cual se levantaba la estructura, dejando en el centro una carga de leña para quemar. A este domo se le dejaba una puerta y “cañones” laterales para la salida del aire.

“la misma tierra, el hoyo que hizo para hacer las hornillas, usted la va revolviendo y le va echando paja, revolviendo y echando agua, paja, agua, paja, hasta que tiene que buscar como una masa; como una estructura que quede bueno, porque si le queda muy clara no le resulta. Y después viene el otro proceso, que hay que pegarle con una varilla de palqui para apretar eso, no se puede dejar así, uno tiene que chicotearla, como quien dice; todos los días, hasta que eso llega a un secado. Cuando ya está seco, se esperan un par de días y después se le prende el fuego. Y ahí ya queda la armadura hecha”
(Patricio Bello, entrevista personal, noviembre 2025)

Una vez quemado, el carbón se dejaba secando durante tres o cuatro días. Luego se extraía, ensacaba y trasladaba para su venta:

“Cuando ya la hornilla queda apagá, hay que esperar tres o cuatro días, más o menos, para sacar el carbón [...] Eso se saca con una poncha, una poncha del mismo saco: se le echa arriba, después se le pone una roldana al saco para abrirle la boquita. Uno pesca la poncha y le va echando al saco, y lo va pisoneando un poquito con un palito, de ahí pa’ allá. Viendo de no hacerle tanto daño, para que salga entero. Y después se va cosiendo a mano”
(Patricio Bello, entrevista personal, noviembre 2025)

Una hornilla permitía obtener 35 sacos de carbón, cada uno de ellos de 20 kilos aproximadamente. Tras ensacar el carbón, los sacos se cargaban en machos y los productores se preparaban para viajar a venderlos en otras localidades:

“Antiguamente, mi papá iba con machos cargados de aquí con carbón y vendían en Rancagua. [...] Se iban de aquí por la cuesta del Asiento y caían a Rancagua.
Y les llevaba un mes y medio la ida y vuelta, porque a veces los pillaban temporales y tenían que capear la lluvia y volver [...] y a veces, de vuelta pa acá, también los asaltaban. [...] En Rancagua, ellos llegaban y se instalaban. Ahí era como una feria que tenían.
Terminaban de vender el carbón y esperaban un día y regresaban ya para acá”
(Patricio Bello, entrevista personal, noviembre 2025)



Figura 11. Patricio Bello, campesino y constructor del sector de Pichi.



Figura 12. Campos de Villa Alhué. Hornos de carbón; ca. 1940-1960. Fotografía de Antonio Quintana, Colección Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile.

A lo largo del camino, los viajeros podían descansar en rucos de quinchá situados en los cerros. Una vez vendido el producto, se aprovechaba de comprar mercadería en Rancagua, como ropa, aceite, y otros bienes que no se producían en Alhué.

Un horno que ha sido correctamente fabricado puede durar mucho tiempo, existiendo algunos a los que se les atribuye una antigüedad cercana a los ochenta años. Estos objetos, que en el pasado ayudaron al sustento de las familias campesinas, hoy forman parte del paisaje de los cerros de Alhué y constituyen un testimonio material de su memoria.

El arriero.

Ernesto Acevedo, conocido por todos como “Pelito de Liebre”, además de ser arriero es un personaje emblemático de la comuna. Nació en Pichi en 1942 y se inició en el oficio a los 19 años como aprendiz: debía ir al cerro, muchas veces solo, con lluvia y conduciendo a los animales, en un trabajo que describe como muy sacrificado.

Su apodo, explica, lo recibió en la escuela; al reincorporarse tras seis meses de ausencia, después de sufrir el tifus y un calor en el estómago que lo hicieron perder el pelo. Mientras miraba a los niños jugar, protegiendo su cabeza con un gorro de lana, vio que se acercaba la pelota y decidió cabecearla. El gorro cayó lejos, dejando al descubierto un pelo nuevo, finísimo y brillante. Frente a esta imagen, uno de sus compañeros creó el original apodo.

“Y quedé desde entonces, quedé por Pelito de Liebre. Oiga, mi mami, la que me crió, porque yo no tuve mamá, se murió, yo creo que cinco años más o menos tenía yo. Entonces, yo me crié con una tía y yo le decía mami. Mi mami se enojó tanto porque pasaron los compañeros a bañarse. Me dijeron: ¡Pelito de liebre! Empezaron a gritar, a gritar. “¿Y a quién le dicen?” Yo no le dije nada a mi mami. Pasaron para allá del estero y “Pelito de liebre”. Después pasaron para allá, “Pelito de liebre” ... Me tienen que haber pelado, unas noventa veces... Con navaja, con máquina de afeitar y qué sé yo. Y me engrosó el pelo, claro que me engrosó el pelo, pero... ¿Cómo le digo? Así fue mi sobrenombre”
(Ernesto Acevedo, entrevista personal, noviembre 2025)

En los últimos años, además de trabajar su tierra con papas y otros cultivos, Ernesto se ha dedicado a llevar a grupos de personas a los cerros de Cantillana. Generalmente, los visitantes permanecen algunos días en la montaña, mientras que Pelito, cuando sube, puede pasar 20 o 25 días en el cerro, bajando a Aculeo cuando es necesario para comprar papas, cebollas, bebidas y vino. Pelito de Liebre siente que el cerro lo mantiene con salud:

“yo fuera, ¡ojalá todas las semanas allá! Sería, para mí, una alegría. Es mi salud, yo paso....¡ni resfrío, ni nada por el estilo! Nada, nada. Soy feliz con ir allá. Con llegar a medio cerro que sea, yo llego sanito. La verdad que no siento ni un malestar ni un dolor, nada”
(Ernesto Acevedo, entrevista personal, noviembre 2025)

Aunque le gusta dormir al aire libre, para cuidarse la cabeza del frío ahora usa una pequeña carpa. Durante el invierno en los cerros de Cantillana pueden caer fuertes nevazones, y en las noches de verano, explica él: “a veces hay ratos que da caloría, y hay ratos que viene con hielito en la mañana. Sobre todo, a las cinco de la mañana, ya hay que cubrirse un poquito más”.

Pelito de Liebre conoce diferentes sectores para ir de paseo y donde acampar. Asimismo, de su abuelo aprendió a recoger hierbas del cerro y a conocer sus usos medicinales, saberes que comparte generosamente con las personas, consiguiéndoles remedios a quienes lo necesitan.

“Conozco todos estos cerros. De punta a punta, de aquí para allá. He andado harto yo. Por Dios que voy a andar cuando me muera. Dicen que uno tiene que desandar todo lo que ha andado. ¡A lo mejor pa verle la cara a don Jechu voy a tener que estar seis meses caminando para conversar con él!”
(Ernesto Acevedo, entrevista personal, noviembre 2025)



Figura 13. Ernesto Acevedo, arriero, popularmente conocido como Pelito de Liebre. De fondo es posible observar una cocina construida por él, hace unos cincuenta años, utilizando el sistema de quincha.



Figura 14. Ernesto Acevedo y su caballo, el Farol. Fotografía del año 2022, tomada por nuestro equipo de trabajo.

1.3. Elementos icónicos.

La parra centenaria.

Dentro de las numerosas historias que forman parte de la tradición oral alhuina se encuentran diversos relatos sobre el origen de una longeva y extensa parra de uva moscatel. La planta habría alcanzado una edad superior a los doscientos años, extendiéndose por más de 400 metros cuadrados y generando múltiples hijos.

Actualmente, la versión más popular en Alhué señala que la parra fue plantada por Inés de Suárez, quien llegó al territorio con las primeras huestes de conquistadores. Ella recibió la encomienda sobre la población del actual Alhué, de manos de Pedro de Valdivia, en el año 1544. La encomienda, que autorizaba a su poseedor a percibir el tributo de los indios de los cacicazgos asignados -en este caso, los caciques Tunguillariga, Ulbalgue y Cachapillo-, fue ampliada en 1546, con la incorporación de nuevos caciques. Permaneció bajo la posesión de Suárez y su marido, Rodrigo de Quiroga, quien introdujo ganado ovejuno, cabrío y vacuno en Alhué; y luego siguió en manos de su familia (Bustos, 1995)².

La centenaria parra forma parte de otras tradiciones del folclore local. Tal como recoge el investigador Oreste Plath, la vid también fue conocida como “la parra del diablo”, nombre originado en una leyenda:

“Se le llama la Parra del Diablo porque antes fue un hombre, al que se transformó en parra y muchos ven la forma de un cristiano con sus brazos extendidos. Esta vid longeva ocupa más de 400 m². En la actualidad, tiene un tronco oblicuo carcomido, de más de dos metros de periferia y de los sarmientos que tocaron tierra, se han elevado otros que forman nuevos emparrados, lo cual le añade un aspecto de caverna”
(Plath, 1962, p. 82)



La parra de más de doscientos años que ocupa más de 400 m², sobre la que ya llamó la atención Vicuña Mackenna en 1875. (Croquis del natural. Tomado en invierno).

Figura 15. Croquis de la parra centenaria (Oteiza, 1944).

Al margen de su origen legendario o místico, la extensa y longeva parra ha sido reconocida como uno de los íconos de Alhué³. Vicuña Mackenna la habría admirado y escrito sobre ella, encontrando eco en la prensa y en revistas técnicas (Oteiza, 1944). En 1944, la parra ya tenía su tronco carcomido y sus hijos

“forman un emparrado sostenido por horcajas rústicas y muletas descuidadas, que le dan un aspecto de caverna verde con stalactitas y stalacmitas de madera y hojas que caen y se levantan. Su uva negra, del tipo moscatel, es dulce, dulcísima”
(Oteiza, 1944, p.23)

Cuando la parra ya estaba en declive, el terremoto de 1985 le causó graves daños, por lo que sus restos fueron cortados para hacer leña (Bustos, 1995), aunque en Alhué se cuenta que casi todas las parras de la villa descienden de ella.

² La encomienda fue heredada por la nieta de Quiroga, quien a su vez se casó con un sobrino de éste, y se mantuvo en manos de la familia por varias generaciones, hasta alrededor de 1722.

³ De haber sido plantada por Inés de Suárez, el origen de la legendaria parra se situaría entre 1544 y 1570, fecha en que la encomendera fallece. Es decir, la planta tendría, en el presente, más de cuatrocientos cincuenta años, justamente la edad de la parra más antigua del mundo, situada en Maribor, Eslovenia.

El cementerio de piedras, Talamí.

Junto al camino de Talamí existe un lugar emblemático de la comuna de Alhué. Entre la vegetación del sector, en una ladera de cerro, se aprecia una extensa acumulación de grandes rocas. Una pasarela de madera permite a las personas acercarse a disfrutar de la vista de este enigmático paisaje.

Sobre el origen de este lugar, conocido como el “mar de piedras” o el “cementerio de piedras”, se han recogido al menos dos narraciones. La primera de ellas relata que un campesino que sembraba la tierra respondió a un transeúnte -el mismo diablo, en algunas versiones-, quien le había preguntado qué sembraba: “qué va a ser, ¡piedras!” . Como castigo a su respuesta, al día siguiente encontró todo su campo repleto de piedras reales.

Otra versión sostiene que esta gran concentración de piedras corresponde al lugar donde cayeron todos los “tejos pasados” que arrojó el diablo en sus juegos de rayuela, en el cual utilizaba como lienzo el río Cachapoal (FUCOA, 2022).

Estas historias son solo algunos de los relatos que vinculan al *Malulo* con las diversas localidades de Alhué. Durante unas vacaciones en la comuna, la poetisa Cristina Miranda y la folclorista Margot Loyola se enteraron por los lugareños de que el diablo había nacido entre Pichi y Talamí, es decir, en villa Alhué (Bustos, 1995), historia que inmortalizaron en la resbalosa “Diablito de Talamí” (Loyola, 1958):

“dicen que el diablo nació
entre Pichi y Talamí
no me hagai sufrir ahora
si es cierto que me querís”

2. Memoria material de nuestros antepasados.

2.1. Las comunidades indígenas prehispánicas.

La arqueología estudia la historia del ser humano a través de los objetos que son resultado de sus múltiples actividades, desde las primeras evidencias del poblamiento inicial de nuestro territorio, hace al menos 15.000 años, hasta vestigios más cercanos a nuestros días.

Estos vestigios -eso que llamamos cultura material- pueden ser analíticamente reconocidos e identificados, convirtiéndose en huellas esenciales para interpretar los contextos sociales que les dieron origen. Tales contextos nos han traído hasta el presente y, por lo tanto, su impacto se relaciona con cómo nos organizamos, cómo entendemos y enfrentamos los problemas actuales y cómo imaginamos distintos caminos hacia el futuro.

La cultura material es un puente entre las generaciones y los eventos
(Bate, 1998)

Los primeros pobladores.

Para la arqueología americana saber cuándo y cómo se ha poblado el continente se ha convertido en una cuestión fundamental, la que no ha estado exenta de polémicas (Dillehay, 2009). Se estima que los primeros pobladores cruzaron el Estrecho de Beringia hace al menos 12.500 años, descendiendo desde Alaska a las grandes planicies norteamericanas, expuestas tras el fin de las últimas glaciaciones. Estas bandas de cazadores recolectores, denominadas Clovis, habrían seguido las manadas de megafauna hasta los confines de Sudamérica. Sin embargo, sitios como Monteverde en Puerto Montt, Pilauco en Osorno, o Quebrada Santa Julia y Valiente en la región de Coquimbo, han problematizado este planteamiento, ya que fechas tan tempranas como 15.000 años antes del presente (a.p.),

cuestionan el modelo, o al menos sus límites temporales.

Una de las evidencias más tempranas de poblaciones cazadoras recolectoras en la zona central se ha registrado en la cuenca de Tagua Tagua, unos 50 kilómetros al sur de Villa Alhué. El sitio arqueológico Tagua Tagua 1 data de este período de poblamiento, y sus fechas radiocarbónicas lo sitúan entre 13.233 y 12.693 años a.p., en un espacio temporal conocido como Paleoindio (Montané, 1969). Los restos arqueológicos de Tagua Tagua dan cuenta de las actividades de caza y faenamiento que estos primeros cazadores hicieron de los grandes animales hoy extintos, como el Gonfoterio (*Stegomastodon Platensis*), el caballo americano (*Equus* sp.), además de zorros culpeo, ranas, coipos, y otras especies de aves y peces (Casamiquela, 1976; Núñez, 1989).

En el espacio cordillerano de Chile central las ocupaciones iniciales hasta ahora conocidas se remontan a 11.000 años, aunque no presentan evidencias de megafauna; es el caso de la caverna Piuquenes, ubicada en el río Blanco, donde se hallaron los restos de quienes fueron los primeros exploradores de la montaña; cazadores de guanacos y vizcachas, cuyas evidencias han sido datadas entre 11.670 y 10.240 a.p. (Stehberg y Blanco, 2009; Stehberg *et al.*, 2012). Otros registros de estas primeras comunidades se encuentran en el sector andino del Cajón del Maipo, como en el sitio El Manzano 1, un asentamiento de bandas cazadoras recolectoras altamente móviles en el contexto de la escarpada geografía montañosa, durante el período conocido como Arcaico (Cornejo *et al.*, 1998; Cornejo *et al.*, 2005).

Durante los tiempos arcaicos, en los que el modo de vida

estuvo basado fundamentalmente en la caza y la recolección, las comunidades utilizaron diversos pisos ecológicos, cordilleranos o costeros, ocupando una tecnología de piedra para la elaboración de artefactos de rápida factura, como puntas de proyectiles o raspadores para trabajar cueros; morteros para moler granos y hachas para cortar árboles. El creciente conocimiento del territorio habitado y de los recursos alimenticios y tecnológicos presentes en el paisaje favorecieron nuevos procesos de experimentación, como la domesticación de ciertos vegetales y animales (camélidos). Los asentamientos, hacia los 5.000 años a.p., se van haciendo cada vez más reiterados, acotándose a algunos espacios como la mencionada laguna Tagua Tagua, en la que se ha encontrado el sitio Cuchipuy, un cementerio con una historia cultural que cubre buena parte de la prehistoria regional, desde 8.000 a 1.300 años a.p. (Kaltwasser *et al.*, 1980 y 1984).

Período Alfarero Temprano (PAT), Culturas Bato y Llolleo.

Hacia la era cristiana, unos 2.300 años atrás y 350 años antes de Cristo (a.C.), estas poblaciones de larga tradición cazadora comenzaron a compartir sus territorios con grupos horticultores y alfareros que se encontraban asentados principalmente en las partes centrales de los valles (Cornejo y Sanhueza, 2003). El alero Las Morrenas (3.400 años a.p.), en el curso medio del río Yeso, es un claro vestigio de las originarias prácticas hortícolas en una sociedad reconocida como fundamentalmente cazadora (Planella *et al.*, 2005; Planella y Tagle, 2004).

Las poblaciones que comenzaron a ocupar el valle habían desarrollado prácticas ceramistas desde hacía siglos (alrededor de 800 años a.C.), aunque su uso aún no se había

masificado. No abandonaron la caza ni la recolección, y el maíz no se incorporó en su dieta sino hasta cerca del 200 después de Cristo (Sanhueza *et al.*, 2003). Quinientos años más tarde, la cerámica adquirió una presencia significativa y la horticultura empezó a explorarse de manera gradual. Serían las comunidades del denominado Período Agroalfarero Temprano (PAT), en especial la llamada Cultura Llolleo, las que adoptaron el cultivo como fuente estable de sustento, principalmente el maíz (Falabella *et al.*, 2007).

El patrón de asentamiento hortícola, organizado en torno a cursos de agua y suelos húmedos, concentró la ocupación en sectores con acuíferos de poca profundidad y que se encontraban cercanos a cursos menores o esteros tributarios de los ríos Maipo y Cachapoal. Desde allí, las comunidades se dispersaron por los valles de Melipilla, las cuencas de Santiago y Rancagua (Sanhueza *et al.*, 2007).

Los Complejos Culturales Bato y Llolleo (Sanhueza *et al.*, 2003) marcan el inicio de la producción cerámica en las cuencas de los valles centrales, período que se consolida a la luz de especificidades técnicas y culturales desarrolladas por grupos relativamente independientes unos de los otros (Sanhueza y Falabella, 1999-2000). Paralelamente, se observa un afianzamiento gradual del sedentarismo, vinculado a la creciente relevancia de la vida hortícola en estas familias extensas, que comienzan a conformar núcleos domésticos dispersos (Sanhueza *et al.*, 2003).

Las poblaciones Bato poseían una economía mixta de horticultura, recolección y caza, no solo terrestre, sino también marina, con asentamientos estacionales asociados a lomajes y terrazas litorales, así como a zonas interiores (Planella y Falabella, 1987; Falabella y Stehberg, 1989;

Falabella *et al.*, 2007). Por su parte, las comunidades Llolleo serían definitivamente horticultoras, adoptando al maíz como fuente estable del sustento alimenticio, con un grado de cohesión intergrupar más alto y con una tecnología cerámica mucho más homogénea a nivel regional (Falabella y Planella, 1979; Falabella y Sanhueza, 2005-2006; Falabella *et al.*, 2007). Los restos materiales de la cultura Bato permiten interpretar una mayor heterogeneidad social que la cultura Llolleo, destacando un uso distintivo del tembetá, especie de adorno labial que también utilizan las poblaciones del Norte Chico.

Por otra parte, uno de los rasgos más característicos de la materialidad Llolleo son las ofrendas de vasijas y las urnas cerámicas para enterratorios de infantes. El sitio El Mercurio, ubicado a los pies del cerro Manquehue, en la ribera norte del río Mapocho, da cuenta de un patrón mortuario donde se registraron individuos flectados, asociados a ofrendas, con presencia de cantos rodados y piedras horadadas, además de una cantidad de artefactos de molienda que podría sugerir una alta producción de harina o chicha (Vásquez, 2000; Planella *et al.*, 2010). También destaca el sitio La Granja, cerca de Rancagua, un espacio donde se habrían llevado a cabo actividades de carácter ceremonial, noción que se reafirma con la recurrencia de prácticas fumatorias manifestadas por la presencia de al menos 790 pipas (Belmar *et al.*, 2016; Planella y Tagle, 1998).

Como se ha mencionado, la mayoría de los sitios asignables al período Alfaro Temprano se localizan preferentemente cerca de cursos de agua pequeños y aguadas naturales, ambientes lagunares y pantanosos que debieron abundar en la cuenca. La dinámica de ocupaciones correspondería, entonces, a un panorama de convivencia de la diversidad

cultural; un escenario en el que las similitudes y diferencias étnicas se entrelazan, configurando así una creciente complejidad social. Al mismo tiempo, se puede proyectar la presencia de un modelo de organización social sin jerarquías institucionalizadas, con distintos niveles de integración que abarcan desde la unidad doméstica hasta la localidad, el valle y la región. Las relaciones entre diferentes valles constituirían el grado más esporádico de interacción, aunque lograron, de todos modos, homogenizar ciertos elementos culturales en estas zonas más amplias (Sanhueza *et al.*, 2019).

En el caso de Alhué, la ocupación humana más temprana registrada hasta ahora corresponde a estos momentos del PAT, con la presencia de vestigios Bato y Llolleo en el sitio Estero Alhué 01 (SA Alhué 01), excavado como parte del proceso de evaluación ambiental en minera Florida (Hermosilla *et al.*, 2012; Sarmiento, 2018).

Según antecedentes disponibles, los materiales asignables al Período Alfarero Temprano se lograron identificar desde las primeras excavaciones. Allí se reconocieron algunos fragmentos monocromos, es decir, de un solo color, con una arcilla que en la parte exterior de las vasijas muestra un refinado pulido, y en algunas ocasiones simplemente un alisado. Entre los elementos diagnósticos más significativos, y que aparecen como evidencias del PAT, se reconocen fragmentos con la particular decoración incisa reticulada de la cultura Llolleo (ver figura 18), o las decoraciones tipo Bato con pintura roja y hierro oligisto y los incisos lineales punteados (Hermosilla *et al.*, 2012). En cuanto a las formas de las vasijas, las que también permiten distinguir elementos propios de estas tempranas culturas alfareras, se logró determinar la presencia de asas del tipo cinta y mamelonar, correspondiente a pequeñas protuberancias adheridas a las paredes de las vasijas. Junto a lo anterior, también se registraron algunos modelados antropomorfos, conocidos como “ojos grano de café”. A su vez, se registraron fragmentos de pipa, que responden a prácticas fumatorias, y orejeras de uso ornamental (Sarmiento, 2018).



Figura 16. Jarro Antropomorfo con asa puente, Cultura Llolleo, Colección del Museo Chileno de Arte Precolombino.



Figura 17. Olla Cultura Llolleo con inciso reticulado (Correa *et al.*, 2020).



Figura 18. Fragmento decorado Lolleo, inciso reticulado, Unidad 31A, sitio Estero Alhué 01 (SA Alhué 01) (Sarmiento 2018). Véase similitud con figura referencial N° 17.

Cultura Aconcagua.

El tránsito de estas primeras poblaciones alfareras hacia lo que se conoce como cultura Aconcagua aún es un enigma de la prehistoria de los valles centrales. A esta cultura se le atribuye el período conocido como Intermedio Tardío, momento en que la sociedad se volvió plenamente agrícola, entre los años 1.000 al 1.450 d.C. (Sanhueza *et al.*, 2003). En la zona se generó una especie de homogenización de algunos rasgos culturales, en la que predominaron los patrones estilísticos, artefactuales y funerarios Aconcagua. Los cementerios dan forma a un complejo mortuario en túmulos, en los que se depositaban uno o más individuos acompañados de ajuares, vasijas, aros metálicos y otros objetos suntuarios, alcanzando hasta dos metros de altura (Durán y Planella, 1989).

Se hipotetiza que el símbolo de unidad y cohesión para la cultura Aconcagua fue el trinacrio, un diseño en aspas plasmado en la alfarería (Sánchez y Massone, 1995). La cerámica del tipo negro sobre una base color salmón ha sido uno de los indicadores culturales más determinantes en el conocimiento de estos grupos, además de otras tipologías con diferenciales tratamientos de la superficie y pintura de las vasijas (Massone, 1980; Durán y Planella, 1989). Es interesante notar que, a pesar de que esta tradición alfarera ha sido originalmente planteada para el valle homónimo, los estudios que han logrado definirla en profundidad se concentran en el litoral central, en la cuenca del Maipo y Mapocho y la cuenca inferior del Aconcagua (Falabella y Planella, 1980; Massone, 1978; Sánchez, 2000).

Se identifican ciertos elementos comunes que estructuran la vida social y política de estas comunidades Aconcagua, similares a las observados en el PAT. Entre ellos destaca que los principales niveles de integración social, política y económica se dan a nivel de familia nuclear o extendida, la que puede configurarse de múltiples maneras, aunque el parentesco y la conformación de alianzas constituyen los mecanismos sociopolíticos rectores (Sanhueza *et al.*, 2019).

En la sociedad Aconcagua ya se observan cambios sociales e ideológicos que marcan ciertas diferencias respecto de los primeros horticultores, como la separación entre espacios habitacionales y cementerios. En el ámbito de la cerámica, las escudillas parecen ser las formas más producidas, mientras que la iconografía pintada tiende a normativizarse, destacando el trinacrio como el diseño por excelencia. También son comunes los colores rojo y pardo, además del ya referido tipo “negro sobre salmón” (Cornejo *et al.*, 2012).

Las prospecciones arqueológicas realizadas en la cuenca de Santiago revelan un asentamiento junto a fuentes alternativas a los ríos principales, una elección vinculada a factores tecnológicos y organizacionales, esto bajo el entendido de que no era posible sostener un sistema hidráulico capaz de obtener aguas de regadío en cursos

demasiado caudalosos y con alta variabilidad anual (Cornejo *et al.*, 2012). A su vez, investigaciones recientes (Sanhueza *et al.*, 2019) evidencian aspectos como la distancia entre los asentamientos; en ambos períodos se estima un promedio de 2 a 3 kilómetros entre las unidades residenciales, nunca situadas a menos de 1,3 kilómetros. También se observa semejanza en los tamaños de estas ocupaciones, que en su mayoría no superan la hectárea como área de mayor concentración de restos materiales. Por otro lado, una de las principales diferencias entre el Período Alfarero Temprano y el Intermedio Tardío es que en este último los asentamientos presentan mayor densidad, lo que sugiere que la unidad residencial integraba a muchas más personas que viven juntas en un mismo espacio.

En concordancia con la marcada dependencia del maíz en esta cultura, se observa una preferencia por disponer de terrazas bajas junto a los esteros, con suelos fértiles y con disponibilidad permanente de agua. Este escenario resulta sugerente para imaginar el posible uso del espacio en torno a los cursos de agua que atraviesan la comuna, como los esteros Pichi y Alhué, especialmente en relación con este momento de la historia precolombina.

Si bien son escasas las investigaciones arqueológicas en Alhué, destaca el conocimiento sobre al menos tres sitios arqueológicos asociados a la cultura Aconcagua: Estero Alhué 01 (SA Alhué 01); Yervas Buenas (Vargas y Trejo, 2009) (SA Alhué 02) y CVAR-025 (INGÉROP, 2021) (SA Alhué 06), siendo los dos primeros los únicos que han sido excavados arqueológicamente y, por lo tanto, de los que se tiene mayor información. El tercero solo ha sido registrado de manera superficial, a partir de inspecciones visuales pedestres, aunque desde ya se advierte un alto potencial informativo⁴.

En el rescate arqueológico realizado en el sitio Estero Alhué 01 (SA Alhué 01) los tipos cerámicos pertenecientes a la

Cultura Aconcagua representaron el 75,15% de la muestra, siendo los vestigios de mayor presencia en el lugar. La alfarería descubierta arrojó profusa evidencia de tipologías diagnósticas atribuibles a esta cultura, entre ellas está el uso predominante del color salmón, algunos tonos pardos y la aplicación de engobes rojo y blanco. Asimismo, la tecnología lítica presentó rasgos asociados a la Cultura Aconcagua, destacando las puntas de proyectil triangulares de pequeño tamaño, con bases escotadas y presencia de aletas y formas cóncavas (Hermosilla *et al.*, 2012; Sarmiento, 2018). Por otra parte, aunque no fue posible reconocer el típico patrón de túmulos funerarios, se identificaron algunas características en el tratamiento de sus muertos que son atribuibles a esta cultura, como la presencia de un emplantillado de piedra sobre una de las fosas -posiblemente para demarcar su ubicación-, además de la recurrencia de ofrendas, principalmente vasijas, a sus difuntos y la preparación de un fogón asociado a uno de los entierros.

Esta sociedad agrícola, la que conocemos como Aconcagua -muy claramente representada en el territorio de Alhué- es la que enfrentará la expansión incaica al sur del Cuzco, en lo que se conoce como el Período Alfarero Tardío.

Imperio Inca.

El avance de las huestes incaicas hacia el Kollasuyu y la zona central de Chile, tradicionalmente fechado entre 1400 y 1470, fue dirigido por Topa Inca Yupanqui, el décimo Sapa Inca. Aunque aún se discute el carácter de la dominación cuzqueña en estos territorios tan lejanos a la ciudad imperial, las investigaciones arqueológicas recientes tienden a plantear una ocupación considerable en el valle central.

⁴ En numerosas ocasiones, la identificación de sitios arqueológicos puede realizarse sin necesidad de hacer ningún tipo de excavación, únicamente mediante la revisión de los terrenos que hoy se encuentran a la vista. Esto ocurre especialmente en campos de cultivo, donde el paso del arado, además de intervenir las evidencias arqueológicas, permite su visualización. De este modo, es posible generar importantes catastros en los terrenos de la comuna mediante actividades de bajo costo, en comparación a lo que implica ejecutar una excavación arqueológica.

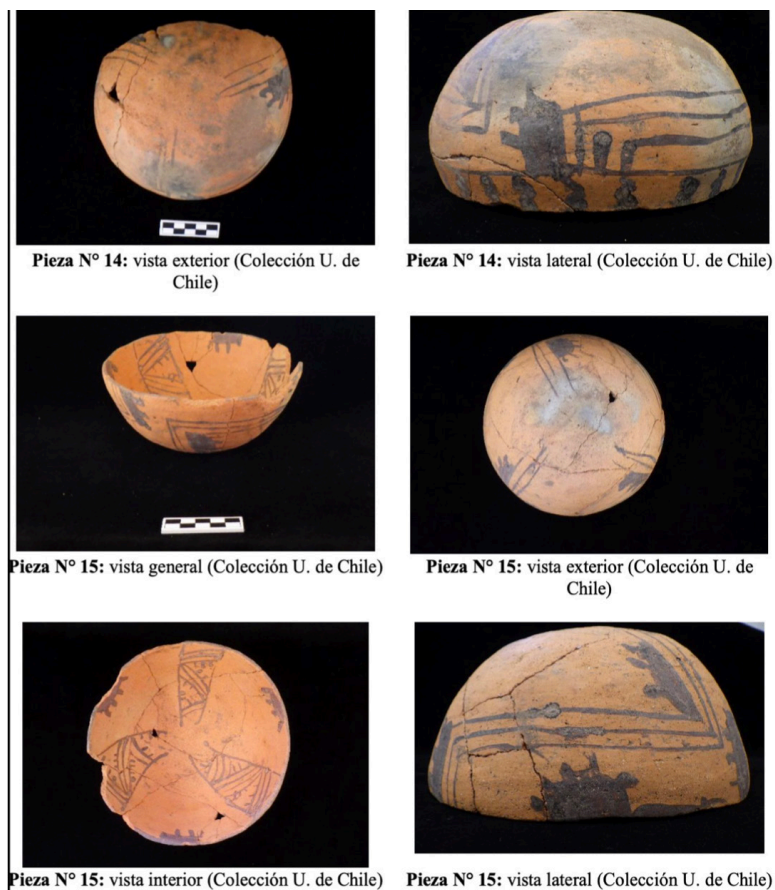


Figura 19. Cultura Aconcagua. Muestra de piezas analizadas por Irrazábal (2018) en su trabajo de investigación sobre el motivo del “trinacrio”. Vasijas del sitio Estero Alhué 01.

Se ha señalado que en la cuenca de Santiago se instalaron colonias o mitimaes incas que habitaron la ribera norte del río Mapocho, en el último confín de dominio incaico al sur (Silva, 1986). Lo que hoy corresponde al centro de Santiago habría constituido una frontera geopolítica exclusiva con una fuerte ocupación incaica (Dillehay y Netherly, 1998). Este centro habría contado con “una plaza, edificios públicos, viviendas, depósitos, acequias y otras instalaciones acordes a la función política y socioeconómica que cumplió” (Stehberg



Figura 20. Sitio Yerbas Buenas (SA-Alhué 02 en el catastro municipal). Izquierda y derecha, fragmentos cerámicos monocromos aparentemente “Aconcagua salmón”, al centro, fragmento pardo alisado con engobe rojo, presenta decoración de ángulos paralelos. En este último caso se trata de un borde evertido de mediano espesor, 4 mm. Fuente: elaboración propia.

y Sotomayor, 2012: 142). Desde allí, en los momentos previos a la llegada de los españoles, el gobernador inca Quiliquinta habría ejercido su administración, la que fue posteriormente saqueada por los expedicionarios de Diego de Almagro. Con la llegada de Pedro de Valdivia, los españoles se instalarían sobre estas bases urbanas incas, fundando Santiago del Nuevo Extremo.

El Tawantinsuyu estableció su red vial o camino del inca (*Qhapaq Ñan*), con centros administrativos, fortalezas y santuarios, a partir del control del poder que llegó a ser plasmado también en las representaciones visuales rupestres, que configuraron un nuevo paisaje a partir de su dominio (Sánchez *et al.*, 2004; Troncoso, 2004).

Cabe mencionar que el avance de la ocupación incaica se ha registrado más allá de Santiago, destacando especialmente algunas construcciones defensivas sobre cumbres estratégicas, llamadas pucaraes, como en cerro Chena, en Calera de Tango (Stehberg, 1995), las ruinas de Chada, ubicadas justo antes de llegar al portezuelo que

antiguamente unía la cuenca del Maipo con la del Cachapoal (Planella y Stehberg, 1997); el cerro de La Compañía, 14 kilómetros al norte del río Cachapoal (Planella *et al.*, 1993) o el cerro La Muralla, junto a la ex laguna de San Vicente de Tagua Tagua (Sepúlveda *et al.*, 2014). Asimismo, se han identificado otras evidencias igualmente significativas, aunque con características diferentes, como el enterratorio del cerro Tren-Tren y los cementerios de Nos (Stehberg, 1995), o el sitio Coinco, un alero rocoso situado unos 20 kilómetros hacia el oriente de Alhué, al otro lado de los cerros hacia Rancagua, donde se registró un enterratorio con ofrendas cerámicas (Cáceres *et al.*, 1994). Estas evidencias incas al sur del Maipo abren el debate acerca de las fronteras culturales y políticas que se establecieron entre incas y las poblaciones comarcanas de los valles centrales, denominadas *promaucaes*, cuya dinámica social parece estar teñida por una violencia latente que generó un reacomodo en el tejido social.

A su vez, hacia el sector poniente de Santiago, destaca el sitio arqueológico inca Los Jazmines de Melipilla, descubierto en el año 1985, cuando una empresa constructora dejó al descubierto un cementerio indígena en las cercanías de la actual población La Foresta. Se recuperaron restos de 49 individuos, asociados al siglo XVI, lo que se evidencia en la presencia de elementos europeos y más de 25 vasijas del tipo inca-local (Ocampo, 1986). Investigaciones posteriores en el sitio (Cortés, 2017) aportaron datos interesantes acerca de la cerámica registrada, con la utilización de una alfarería de tamaños más bien pequeños para el almacenaje y preparación de alimentos. Las poblaciones de Los Jazmines habrían interactuado luego con los primeros españoles que llegaron al valle, perpetuando temporalmente el mismo espacio funerario para sus muertos.

En Alhué, aunque no se encuentran registros arqueológicos sistemáticos de la cultura Inca, existen antecedentes que nos advierten sobre su presencia y se levantan como desafíos para futuras investigaciones. En este sentido, destaca el sector de Talamí, particularmente el imponente morro que



Figura 21. Estructuras de posible adscripción incaica, identificadas en la cumbre del cerro Talamí (no registradas arqueológicamente). Fuente: Bitácora Residencias, 2019.



Figura 22. Arte rupestre identificado en el cerro Talamí (no registrado arqueológicamente). Ha sido atribuido a la cultura Aconcagua, sobre todo por los círculos concéntricos, aunque algunos elementos, como las figuras lineales y cuadrangulares, sugieren asimismo la presencia del Inca (Troncoso 2002; 2004 y 2007). Fuente: Bitácora Residencias, 2019.



Figura 23. Emplazamiento de Sitios y Hallazgos Aislados arqueológicos en la comuna de Alhué. Reconocidos hasta noviembre 2025. Elaboración propia.

Nombre	Nomenclatura original	Proyecto	Tipo
SA Alhué 01	Estero Alhué 1	Minera Florida	Habitacional-Prehispánico
SA Alhué 02	Yerbas Buenas	Subestación y Tendido Eléctrico Sector Alhué	Habitacional-Prehispánico
SA Alhué 03	CVAR-014	Estudio de Prefactibilidad Construcción Conexión Vial Alhué-Rancagua	Conjunto de estructuras-Adscripción temporal no determinada
SA Alhué 04	CVAR-018	Estudio de Prefactibilidad Construcción Conexión Vial Alhué-Rancagua	Conjunto de estructuras-Adscripción temporal no determinada
SA Alhué 05	CVAR-021	Estudio de Prefactibilidad Construcción Conexión Vial Alhué-Rancagua	Conjunto de estructuras-Prehispánico
SA Alhué 06	CVAR-025	Estudio de Prefactibilidad Construcción Conexión Vial Alhué-Rancagua	Conjunto de estructuras y material en superficie Pre y posthispánico
SA Alhué 07	CVAR-026	Estudio de Prefactibilidad Construcción Conexión Vial Alhué-Rancagua	Conjunto de estructuras-Adscripción temporal no determinada
SA Alhué 08	CVAR-027	Estudio de Prefactibilidad Construcción Conexión Vial Alhué-Rancagua	Conjunto de estructuras-Adscripción temporal no determinada
SA Alhué 09	SH-01	Línea de Base Arqueología. Estudio de Impacto Ambiental "Planta Fotovoltaica Alhué"	Horno de barro para producción de carbón, en cuyos muros se observan incrustados fragmentos cerámicos de la Cultura Aconcagua-Pre y posthispánico
SA Alhué 10	SH-02	Línea de Base Arqueología. Estudio de Impacto Ambiental "Planta Fotovoltaica Alhué"	Horno de barro para producción de carbón, en cuyos muros se observan incrustados fragmentos cerámicos de la Cultura Aconcagua-Pre y posthispánico
SA Alhué 11	1	Línea de Base Patrimonio Histórico-Arqueológico. Peraltaamiento Embalse Carén	Conana y fragmento cerámico rojo engobado. Prehispánico
SA Alhué 12	2	Línea de Base Patrimonio Histórico-Arqueológico. Peraltaamiento Embalse Carén	Asentamiento siglo XX-Posthispánico
SA Alhué 13	3	Línea de Base Patrimonio Histórico-Arqueológico. Peraltaamiento Embalse Carén	Asentamiento siglo XX-Posthispánico
SA Alhué 14	4	Línea de Base Patrimonio Histórico-Arqueológico. Peraltaamiento Embalse Carén	Asentamiento siglo XX. Lugar de celebración de ceremonias religiosas-Posthispánico
SA Alhué 15	5	Línea de Base Patrimonio Histórico-Arqueológico. Peraltaamiento Embalse Carén	Asentamiento siglo XX-Posthispánico
SA Alhué 16	6	Línea de Base Patrimonio Histórico-Arqueológico. Peraltaamiento Embalse Carén	Asentamiento siglo XX-Posthispánico
SA Alhué 17	7	Línea de Base Patrimonio Histórico-Arqueológico. Peraltaamiento Embalse Carén	Asentamiento siglo XX. Hornos para producción de carbón-Posthispánico
HA Alhué 01	HA 01	Minera Florida	Fragmento lítico y cerámico-Prehispánico
HA Alhué 02	HA 01	Subestación y Tendido Eléctrico Sector Alhué	Fragmentos cerámicos y loza-Posthispánico
HA Alhué 03	HA 02	Subestación y Tendido Eléctrico Sector Alhué	Hallazgo Aislado. Fragmentos cerámicos-Adscripción temporal no determinada
HA Alhué 04	CVAR-013	Estudio de Prefactibilidad Construcción Conexión Vial Alhué-Rancagua	Fragmentos cerámicos-Adscripción temporal no determinada
HA Alhué 05	CVAR-023	Estudio de Prefactibilidad Construcción Conexión Vial Alhué-Rancagua	Hallazgo Aislado Fragmentos cerámicos-Adscripción temporal no determinada
HA Alhué 06	CVAR-027	Estudio de Prefactibilidad Construcción Conexión Vial Alhué-Rancagua	Hallazgo Aislado Fragmentos cerámicos-Adscripción temporal no determinada
HA Alhué 07	CVAR-030	Estudio de Prefactibilidad Construcción Conexión Vial Alhué-Rancagua	Hallazgo Aislado Fragmentos cerámicos-Adscripción temporal no determinada
HA Alhué 08	8	Línea de Base Patrimonio Histórico-Arqueológico. Peraltaamiento Embalse Carén	Conana-Adscripción temporal no determinada
HA Alhué 09	9	Línea de Base Patrimonio Histórico-Arqueológico. Peraltaamiento Embalse Carén	Conana-Adscripción temporal no determinada
HA Alhué 10	10	Línea de Base Patrimonio Histórico-Arqueológico. Peraltaamiento Embalse Carén	Conana-Adscripción temporal no determinada
HA Alhué 11	11	Línea de Base Patrimonio Histórico-Arqueológico. Peraltaamiento Embalse Carén	Piedra de molino-Posthispánico

Tabla 1. Sitios y Hallazgos Aislados arqueológicos en la comuna de Alhué, conocidos formalmente hasta octubre del 2025. Elaboración propia.

domina visualmente el valle, donde “desde tiempos inmemoriales se ha buscado oro en sus entrañas, y se le han atribuido leyendas y mitos relacionados con el diablo”

(Carvajal, 2024: 216). El mismo autor señala que en una de sus laderas es posible observar algunos petroglifos antropo y fitomorfos, similares a los de la Cultura Aconcagua, y que a los pies del cerro habría existido un asentamiento indígena. Finalmente, Carvajal destaca que en la cima del morro se observan restos de una estructura estilo inca, “aún no descubiertos por la academia y, por tanto, no estudiados. Estos restos de muralla hechos con piedra ensamblada y la misma perfección de los muros incas del Cusco, constituyen el único antecedente de su existencia” (Carvajal, 2024: 216).

2.2. La Villa colonial y sus orígenes.

Tras la llegada de los españoles en 1541, los antiguos caseríos nativos comenzaron a disgregarse por los distintos valles de la zona central, escapando -o haciendo la guerra- a las huestes españolas. Para concentrar y controlar mejor a las poblaciones locales, los españoles instauraron el sistema de “pueblos de indios”, ya que estos seguían presentando un patrón de asentamiento disperso. Por su parte, los conquistadores se apropiaron de las demás tierras, estableciendo estancias ganaderas, chacras y poblados. Con el tiempo se conformaron las haciendas, extensos fundos rurales que constituían verdaderas instituciones sociales y económicas.

Cerca del año 1600 una parte de las poblaciones indígenas locales habrían dejado Alhué para asentarse en Peumo (Real Audiencia, 1643, citado en Bustos, 1995). En 1643, las tierras alhuinas fueron divididas entre los frailes mercedarios -quienes afirmaban que Inés de Suárez y Rodrigo de Quiroga les habían donado dichas tierras- y Beatriz de Guzmán, viuda del capitán Fernando Álvarez de Bahamonde, quien aseguraba haberlas adquirido de manos del cacique Antonio Gugüilauquén. Ambos propietarios poseían estancias dedicadas a la ganadería, denominadas respectivamente Santa Inés y San Gerónimo. Posteriormente, el heredero de Bahamonde vendió una parte de sus tierras, el sector llamado Llaullauquén, a Juan de Ureta; y en 1662 vendió también la estancia de San Gerónimo (Bustos, 1995).

Tras diversos avatares y cambios en la propiedad, San Gerónimo fue adquirido en 1694 por Ventura de Camus, quien además había recibido del gobernador de Chile un sector denominado “Peralillo del Nuevo Reino”, en el sector de “Polulu” (Real Audiencia, 1694, citado en Bustos, 1995). Camus renombró como Estancia Alhué el conjunto de sus posesiones, que para ese momento incluía ganado, viñas, curtidurías, molino y bodegas. Posteriormente, en torno a estas posesiones se sucedieron donaciones, herencias y litigios, entre los cuales conviene destacar dos hitos: en 1728, Agustina de Peralta, propietaria de la Estancia de Alhué, la subdividió entre sus hijos, generándose los predios de Pichi, Pincha, Carén y Alhué (Real Audiencia, 1728, citado en Bustos, 1995). Años más tarde, en 1767, la estancia de Alhué fue adquirida por Bernardo Toro (Real Audiencia, 1767, citado en Bustos, 1995).

Como se ha señalado, aproximadamente desde 1740 se tienen registros de la explotación del oro en Alhué⁵, lo que generó el asentamiento espontáneo de una comunidad que se dedicó a esa actividad y otras labores anexas, y que luego solicitó la conformación de una villa donde pudieran establecerse como vecinos.

En 1753, en el lugar conocido como “Nuevo Reino”, se realizó la fundación de la villa San Gerónimo de la Sierra, realizando la demarcación de su planta. La medición de las cuadras y el trazado de las calles lo realizó Ignacio Baeza y Valenzuela, teniente de Alcalde de Minas del lugar. La licencia otorgada por el Gobernador y Capitán General Domingo Ortiz de Rosas ordena que:

“mensure las cuadras necesarias para la población y haga asignación de plazas y calles reguladas al rumbo recto de los cuatro principales vientos: norte, sur, este, oeste, colocando la plaza mayor en el centro de la población, dando a las calles doce varas, y a cada cuadra, con inclusión de las seis varas que le quitarán por cada rumbo para calles, ciento y cincuenta varas”
(Capitanía General, 1753, citado en Bustos, 1995, p. 64).

Conforme al ordenamiento aplicado en todas las ciudades fundadas por los españoles, se reservó un sitio de media cuadra por una de fondo, ubicado frente a la plaza, para la construcción de una iglesia, así como otro espacio para el cabildo y la cárcel. A un costado del cabildo se asignó un solar para Antonio de Gamboa, propietario de las tierras sobre las cuales se realizaba la fundación. Los demás vecinos fundadores también recibieron sitios para edificar sus viviendas, que inicialmente fueron de quincha; posteriormente, con el paso del tiempo, se construyeron en madera y adobe, cuando se poseían los recursos. En enero de 1755 en la villa se registraban 38 familias, y faltaban por avecindarse otras 16 (Bustos, 1995).

2.3. Del barro a la arquitectura.

La aparente sencillez de mezclar agua, arcilla y paja puede ocultar la profunda historia del uso de adobe en nuestro país. Desde épocas prehispánicas se tienen registros sobre el uso de quincha para las construcciones, con recintos levantados a partir de maderos y varas, posteriormente revestidos con barro, reconociendo tempranamente sus beneficios térmicos y antisísmicos.

Tras la conquista española, las primeras construcciones concebidas para ser permanentes se basaron en los materiales más fáciles de obtener y que no requerían cocción en hornos ni mano de obra especializada: adobe, madera, paja y tejas. “La piedra y el ladrillo se reservaban para aquellas obras más significativas, cuando los recursos permitían que, además, se contase con una mano de obra más capacitada” (Sahady, 1996, p. 27).

En ese contexto, la tierra cruda fue promovida y utilizada masivamente como material de construcción, preferida frente a las palizadas y techos de paja para disminuir el riesgo de incendio, marcando así la decisión de asentarse en el territorio definitivamente (Lacoste *et al.*, 2014). El uso de este

⁵ De todas formas, probablemente se trata de una actividad de origen prehispánico.



Figura 24. Vivienda en Villa Alhué, con muros de quincha y cubierta de “techo” (paja); ca. 1940-1960. Autor: Antonio Quintana Contreras. Colección Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile

sistema continuó a lo largo de las generaciones, llegando a levantar estructuras monumentales, como la Iglesia de Alhué.

Hasta hace pocas décadas, prácticamente todas las casas de Alhué estaban construidas en base a tierra cruda, mediante las técnicas del adobe y la quincha. La primera técnica consiste en la elaboración de ladrillos en base a una mezcla de barro y paja, los que son secados al aire y se emplean para construir paredes o muros. Generalmente, un ladrillo de adobe mide cerca de 10 x 30 x 60 cm y pesa aproximadamente 30 kilos (CMN, 2010). Este tipo de edificaciones tenía una cubierta de

tejas “musleras”, llamadas así porque la arcilla se moldeaba directamente sobre el muslo del artesano, originando los techos típicamente coloniales⁶.

Por su parte, la quincha consiste en paredes hechas de algún tipo de caña o varilla que luego es recubierta de barro. Esta técnica de origen prehispánico es más simple que la del adobe, pero tiene la desventaja de ser combustible. Por este motivo, y por razones de prestigio, desde tiempos coloniales el adobe fue preferido para las viviendas y construcciones del grupo dirigente, mientras que la quincha, o bahareque, se relegó a sectores rurales y viviendas populares (Jorquera, 2010). Estas son las casas tradicionalmente llamadas “de techo”, debido a su característica cubierta elaborada con paja.

Otra técnica que se usó especialmente en sectores rurales es el tapial. Esta se forma con tierra apisonada al interior de un encofrado de madera. Se usó principalmente para cerrar los predios (Lacoste *et al.*, 2012), generando una de las clásicas postales de los paisajes de campo chilenos.

Las casas “de techo” en Alhué se construían a partir de tabiques y se techaban con paja proveniente de un tipo especial de trigo, conocido como “trigo cebada”, ya que para cumplir esta función debía alcanzar una altura superior a 1,20 m. En lugar de trillarse, el trigo se “machucaba” o golpeaba para recuperar la paja. Este tipo de cubierta tenía una vida útil aproximadamente de veinte años, y solo requería reparaciones en caso de algún contratiempo, como cuando un caballo hambriento tiraba de la paja. Las casas de techo eran valoradas por conservar el calor durante los meses fríos y mantenerse frescas en la temporada estival.

Por su parte, el tabique de los muros se elaboraba en base a una estructura de varillas entrecruzadas, construidas en maderas como coligue, chilca, cola de diablo, sauce o de un árbol conocido como “mayo”, la que era valorada por su duración, y por ser resistente a polillas, al igual que el

⁶ Actualmente, el Museo de Alhué preserva en su colección elementos como adobes y tejas, que permiten admirar este tipo de trabajos.

maqui, también muy utilizado. Esta estructura se recubría con barro, “embarraba”.

“Se paraban unos horcones y se alineaban bien, y los palos iban haciendo unos tabiques. Y después se embarraba, y lo dejaban parejito, parecía cemento. La varilla era de maqui. Y la madera arriba, la que iba, era álamo. Es bueno el maqui, no se apolilla. [...] Yo alcancé a techar. Se envarillaba la casa: se ponían las vigas, a un metro más menos, así, y usted venía y colocaba una varilla más o menos a 20 centímetros. Y ahí iba envarillando, hasta que salía arriba, por todos los lados igual. Y después, ya cuando le tocaba techar, varilla por medio usted iba poniendo los atados de techo. El primero siempre iba vuelto pa abajo.

[...] Se llamaba trigo centeno, porque crecía mucho. Dos metros, un metro... Usted lo sembraba, y después cuando ya se secaba, usted sacaba los ataditos de techo. Pero quedaba apretadito. [...] Entre más gorditos quedaban, más cundía el techo. Porque si queda muy flaquito, en un atado no le alcanzaba. Pero eran... las casas antes... ¡calentitas! En el invierno eran calentitas y en el verano eran frescas. Y lo mejor que tenía una casa con techo: que en el invierno usted no sentía casi llover. El viento se sentía sí correr, pero la lluvia, ¡tenía que llover muy fuerte pa que pasara el sonido!. Y pa más las ventanas chicas...”
(Gilberto Santibáñez, entrevista personal, noviembre 2025).

Iglesia parroquial de Alhué.

El edificio de la iglesia de Alhué fue declarado Monumento Nacional en la categoría de Monumento Histórico el año 1974 (Consejo de Monumentos Nacionales, 1974). En su página web, el Consejo destaca:

“A mediados del siglo XVIII se funda, en una zona que actualmente pertenece a la Provincia de Melipilla, la “Villa de San Jerónimo de la Sierra de Alhué”. Se trataba de un área que concentraba un rico yacimiento de oro. La explotación del mineral dio origen al poblado que, como toda fundación colonial, necesitaba de al menos una iglesia. De esta manera, en 1753, se inició la construcción de la Parroquia de San Jerónimo de la Sierra de Alhué”
(Consejo de Monumentos Nacionales, s.f.-b).

El mismo decreto indica que la primera capilla de carácter temporal fue construida de adobe, madera y techo de paja. Según el documento, en 1764 se terminó la construcción del actual templo, el que se levantó sobre cimientos de piedra

bolón, con muros de adobe, techumbre de madera y tejas de arcilla. El 30 de septiembre de ese año, el obispo de Santiago, Manuel de Alday, erigió la parroquia San Jerónimo de Alhué, desmembrándola de la de San Pedro de Melipilla, de la que fue viceparroquia (Sánchez, 2022).

En el transcurso de su historia la iglesia ha sufrido distintas modificaciones, principalmente a causa de los movimientos telúricos que abundan en nuestro país, sin embargo, no ha visto disminuido su significado ni el valor histórico y arquitectónico que posee. En 1835 su torre se trizó y con esto se hizo necesario demolerla; en 1879 cambiaron la techumbre, debido a las filtraciones de agua que sufría por años, y recién en 1900 fue posible construir una nueva torre, esta vez de madera (Sánchez, 2022).

El terremoto de 1985 generó graves daños que demoraron una década en ser restaurados. El pórtico y la torre se separaron de la nave y se inclinaron hacia la calle, el corredor lateral se desaplomó; se generaron grietas, cayeron revoques y tejas. La torre se pudo salvar gracias a una estructura metálica y dados de hormigón, que reemplazaron a los de madera que se encontraban podridos. Luego se rescató la nave principal, que se aseguró con pilastras y un collarín de hormigón.

Sin embargo, el sismo de 2010 dejó el templo nuevamente inhabitable. Personas cercanas a la iglesia decidieron asumir por sí mismas los esfuerzos de su restauración, con el fin de no seguir posponiendo la reconstrucción del lugar debido a la falta de fondos para hacerlo. Así, entre 2014 y 2015 reunieron el capital por parte de privados, donaciones municipales, del obispado y contribuciones ciudadanas, además de instancias solidarias coordinadas por el padre Gerardo y su grupo de colaboradores.

Maestros “barreros” locales ejecutaron estas obras, y parte de los materiales, como las tejas, fueron recuperadas de diferentes inmuebles caídos. Los muros, contruidos en adobes de gran tamaño, se dejaron sujetos con malla para



Figura 25. Iglesia y gente afuera, Villa Alhué. Ca. 1940-1960. Autor: Antonio Quintana Contreras, Colección Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile.

proteger a la estructura de futuros sismos. La historia de esta reconstrucción permite ilustrar los logros que se obtienen mediante el esfuerzo conjunto de un equipo y la comunidad:

“Ya nadie se metía acá, nadie nos ayudaba, así que con el padre Gerardo tomamos la iniciativa y empezamos a puro ñeque, con pura chaucha, a recuperar la iglesia, si no se iba a convertir en un montón de barro. Y ahí la salvamos, e hicimos campaña: hicimos la campaña del adobe, entonces los que tenían adobe nos dan, 10, 20 adobes, y si no, nos dan la plata de tantos adobes. Hicimos chapitas, hicimos tazones, hicimos toda una cosa más contemporánea, y la gente nos ayudó un poco, y después el obispado también nos ayudó. [...] Habían unos presupuestos millonarios, no sé, 800 millones, nosotros lo hicimos con no más de 30”

(Juan Luis Ramírez, entrevista personal, noviembre 2025).



Figura 26. Iglesia de Alhué post terremoto de 1985. Fotografía gentileza de Juan Luis Ramírez.



Figura 27. Interior de la Iglesia de Alhué. Noviembre del año 2025.

Actualmente el templo, de una sola nave, destaca por su piso de madera y cielo adintelado, ornamentado con molduras. Sus muros gruesos albergan ventanas pequeñas situadas en la parte alta, cubiertas con vidrios de color amarillo. A continuación del umbral de acceso se ubica un coro, al que se accede por una escalera de caracol.

El altar principal de la iglesia es un retablo de madera tallada y policromada, con un acabado que imita mármol en tonos marrones. Posee un nicho central, el que alberga la imagen de San Gerónimo, patrono del pueblo. Bajo el retablo se sitúan el sagrario y el altar.

Existen otros dos altares, ubicados contra los muros laterales de la nave. El de la derecha custodia una imagen de Cristo crucificado de estilo colonial, con cabello humano, mientras que el de la izquierda exhibe una escultura de San Francisco, conocido como patrono de los animales.

Por otra parte, en el Museo de Alhué existen valiosas pinturas religiosas, las que alguna vez estuvieron expuestas en la iglesia, pero que habían sido enrolladas y almacenadas. Los procesos de restauración les devolvieron sus colores originales y permitieron que hoy sean apreciadas en toda su belleza.

Otros dos objetos patrimoniales destacan por su vinculación con la iglesia de Alhué; el primero es una pila bautismal de fierro fundido que data de 1623, la que habría sido donada por Antonio Toro (Sánchez, 2022). El segundo es su campana de fierro, la cual, por motivos que se desconocen, terminó en manos de un anticuario de Santiago, desde quien fue adquirida por el poeta Pablo Neruda. Pese a que en 1972 la comunidad solicitó su devolución, el vate respondió que esta no podría volver a tañer debido a una fisura, y que la mantendría en su casa, donde los alhuinos podrían visitarla. Finalmente, el año 2009, tras nuevas solicitudes de parte del municipio, la fundación Neruda entregó al museo de Alhué una réplica para su exhibición.

⁷ Técnica que consiste en disponer los adobes de manera longitudinal en el muro, formando una pared fina que queda determinada por el ancho del adobe.

⁸ Elemento estructural vertical, usualmente una viga o poste de madera, que se coloca entre los cimientos y la estructura superior para soportar cargas de niveles superiores y transmitir la fuerza hacia abajo.

Museo de Alhué.

A un costado de la iglesia, y enfrentando la plaza, se encuentra el museo comunitario de Alhué, creado en 1983 por iniciativa del sacerdote de origen holandés, padre Gerardo Alkemade (1931-2025) y un grupo de jóvenes de la pastoral. El museo custodia una colección de diversos objetos ligados a la identidad y la historia local, en gran parte donados por los propios vecinos, lo que la convierte en un fiel reflejo de las actividades campesinas, la minería, y las prácticas sociales, religiosas y artísticas de la comunidad.

El inmueble que alberga el museo estuvo originalmente destinado a la casa parroquial y posteriormente a oficinas, siendo cedido por el obispado de Melipilla a cambio de la construcción de nuevos espacios para ser utilizados como salones parroquiales. El Consejo de Monumentos Nacionales (CMN) data su construcción en 1870 (CMN, s.f. -b) y ha reconocido su calidad de Monumento Histórico junto con la iglesia.

Sin embargo, en el terremoto de 1985 los daños del edificio fueron tan graves que este debió ser demolido. Para su restauración, se conservaron todos los materiales posibles -adobes, techos, piedras y ventanas-, con el fin de reutilizarlos, además de recibir materiales desde las casas de fundos que se habían caído. De esta forma, el edificio -en esa época todavía oficina parroquial- se volvió a levantar casi idéntico a como había sido antes:

“Nadie sabía qué hacer con el edificio. [...] Lo primero que se realizó con el padre Gerardo fue bajar esto [muros]. Bajar completamente. Este era de adobe de sogá⁷. De una línea nomás. La iglesia tiene tres adobes cruzados, este tenía uno solo. Bajamos, e hicimos fundación aislada. La fundación original era con barro, con piedra empajada. Nosotros dejamos algunas piedras con barro empajada, pero cada tanto hicimos dados de hormigón. Eso se llama fundación aislada. Fuimos a Coltauco y trajimos camionadas de álamo. Hicimos “pie derecho”⁸ de 4x4 [...] Y levantamos igual, a la misma altura, a la misma



Figura 28. Juan Luis Ramírez, arquitecto. Sentado en el *bergère* del padre Gerardo Alkemade. Fotografía tomada en el museo de Alhué, año 2025.



Figura 29. Abigail Marín, guía del museo Padre Gerardo Alkemade. Fotografía tomada en el museo de Alhué, año 2025.



Figura 30. María Inés Donoso. Cantora y trabajadora cultural. Fotografía tomada en el museo de Alhué, año 2025.

medida, al mismo corredor, al mismo ancho y con los materiales que pudimos recuperar. [...] Entonces construimos igual como era, salvo las esquinas que eran “cola de milano” y ahora lo hicimos a dos aguas. Entonces hicimos algunas pocas transformaciones. Y mantuvimos la esencia y el espíritu de la casa antigua. De hecho, es lo único que va quedando como patrimonio arquitectónico”.
(Juan Luis Ramírez, entrevista personal, noviembre 2025).

A partir de 2015 el museo recibió una asesoría de expertos que ayudó a mejorar su museografía y gestión (De Ugarte y Bráncoli, 2021). Tras revisar y actualizar su equipamiento, protocolos y organización, se logró recibir apoyo municipal y del FNDR, lo que actualmente permite que el museo funcione con regularidad entre miércoles y domingo y que, además, cuente con personal que reciba a los visitantes.

La importancia del Museo de Alhué radica en que funciona como sede para diversas actividades y talleres, convirtiéndose en un activo centro de la vida comunitaria. Asimismo, es percibido como un custodio de la memoria local, en un momento en que otras formas de transmisión se debilitan:

“Recuerdo a muchos que se fueron con la historia del pueblo, lo que ellos hicieron, que tuvo tanto valor para que nosotros tengamos el pueblo que tenemos ahora. Esa memoria, el relato y saber cómo lo hicieron, por qué lo hicieron en la época que no había nada. [...] Tenemos que valorarlo, conversarlo, decirlo. Los viejitos lo contaban. A uno le contaban en la cocina tomando té al lado del fuego, del brasero. Pero ahora está el celular y está la tele. Los abuelos están arrinconados y nadie les escucha sus historias. Yo le digo a los niños, cuando tenemos charlas, talleres: “Vayan y conversen con su abuelita, con su abuelito.

Pregúntenle: ¿En qué trabajaban, cómo lo hacían, cómo viajaban, cómo se divertían, cómo lo hacían? [...] Este museo, yo lo encuentro lo más maravilloso y valioso que tenemos, porque la gente voluntariamente ha traído sus cosas para qué: para tener la historia aquí, y los niños, los jóvenes, las personas que vienen, conocen a través de los objetos” (María Inés Donoso, entrevista personal, noviembre 2025).

“Quisiera rescatar la imagen de la mujer alhuina, acá. Todo su trabajo silencioso que ha hecho que, por ejemplo, máquinas para hacer sus ropas, todas sus olletas, para planchar sus... todas sus usanzas que tenían ellas y que silenciosamente fueron dando historia a este pueblo y que están aquí en el museo. Ellas siempre trabajaron muy aguerridas frente a una sociedad machista, pero ellas supieron imponerse y lograron sacar adelante a todo un pueblo [...] Cada vez que viene un adulto mayor recuerda mucho a su madre y las ve trabajando, y se emociona, y eso es lo bonito del museo, lograr hasta la emoción y sentir cómo se puede transportar hacia el pasado.

El padre Gerardo Alkemade, él me dijo que quería verme aquí por muchos años, y eso me motivó, porque él siendo una persona... erudito totalmente, sabía cómo llegar y cómo decir las cosas para que uno cumpliera. Todos amamos al padre Gerardo aquí en Alhué. Y empecé a conocer cada objeto, que yo de verdad de Santiago no conocía, pero me hizo investigar lo que había detrás de cada plato, de cada llave, de cada candado, de cada pieza que había, hay una historia. Es bonito recorrer el museo e investigar además. Luego llega gente y me da información también, eso es lo bueno de acá. Y es gratificante trabajar en el museo, trabajar con la historia” (Abigail Marín, entrevista personal, noviembre 2025)

Casona de la Hacienda Alhué.



Figura 31. Refugio para terremotos, construido en madera, situado al centro del patio de la casona de la hacienda Alhué.

Otro de los monumentos históricos de la comuna que también utilizó el barro para su construcción es la Casona de la Hacienda Alhué. Esta propiedad perteneció a la familia De Toro, incluyendo a Mateo de Toro y Zambrano, conde de la Conquista, militar y político conocido por haber sido

presidente de la primera Junta Nacional de Gobierno. La vivienda se mantiene hasta el presente en manos de sus descendientes.

“(…) Esta vivienda originariamente era la casa de la administración de la Hacienda destinada a los usos propios de dicha función, así como a vivienda del administrador del predio agrícola. El terremoto de 1906 derrumbó la vivienda principal de la hacienda, de dos pisos de adobe, por lo que la familia propietaria pasó a ocupar la casa de la administración, que se convirtió así en la casa principal” (Consejo de Monumentos Nacionales, en internet s.f.-c).

Entre sus rasgos más destacables se encuentra la disposición arquitectónica típica de una casa patronal, con un patio central que alberga cinco centenarias palmas chilenas. Entre ellas, y junto a un amplio parrón que sombrea parte del jardín, se observa una construcción de madera que la familia levantó como refugio para los terremotos. La casa también conserva techumbres de auténticas tejas musleras, piso de ladrillo cocido y amplios corredores, todos elementos característicos de este tipo de viviendas, cada vez más escasas en el país (Consejo de Monumentos Nacionales, en internet s.f.-c).

Su estado actual evidencia los daños ocasionados por los terremotos de 1985 y 2010. Además, según el testimonio de María Dominga Acevedo (2025), actual administradora, en el año 1988 sufrió un atentado con bomba que provocó severos destrozos. A esto se suman varios robos en los que sustrajeron muebles, adornos y diversos objetos que formaban parte de las colecciones de su último propietario, Claudio de Toro. Como consecuencia de estos acontecimientos, apenas un ala de las tres originalmente construidas se encuentra habitable -aunque dañada- y solo se conserva parte de su mobiliario.

Por este motivo, hace algunos años suspendieron las visitas turísticas, las cuales formaban parte de los viajes grupales que llegaban a conocer Alhué.



Figura 32. Dominga Acevedo. Administradora de la Casona de la Hacienda Alhué.

Sin embargo, la comunidad conoce la historia de la casa y la aprecia como un hito patrimonial e identitario de la zona, por lo que manifiesta su interés en que el inmueble se pueda recuperar y sea posible volver a visitarlo.

Otras casonas de fundo de la comuna son las de Polulo, Yervas Buenas, y Chilque.

El centro de la Villa. La plaza y la Zona Típica.

Pocas décadas después de la fundación de la villa Alhué, en 1791, se promulgó un bando que estableció medidas relevantes para su configuración urbana. Se ordenó a los vecinos tapiar sus sitios dentro de un plazo de tres meses, además de concurrir con sus herramientas a la construcción de una acequia por el lado sur de la villa. Asimismo, se decretó la reducción de la plaza, que originalmente medía una cuadra por cada uno de sus costados, con el fin de disminuirla a un cuarto de su extensión original (Bustos, 1995).

Así se originó la conformación actual de la plaza, el principal espacio público de la villa. Una monografía de 1944 describe su disposición y su importancia:

“Aquí los habitantes hablan con orgullo de su plaza, que está ubicada en el centro matemático del poblado. Es una manzana de flores multicolores, rodeada por reja de madera y árboles frondosos. En su centro se levanta un palomar y en la periferia del cuadrado, algunos bancos siempre están a la espera”
(Otaíza, 1944, p. 18).

La plaza fue tradicionalmente el lugar de encuentro de la juventud, especialmente durante las tardes de verano, cuando parientes y turistas se unían a la población local. También fue el escenario de las primeras versiones de la Semana Alhuina, una tradición de los vecinos de la villa.

Por su ubicación central y la proximidad de la iglesia, el museo, el municipio y las calles que la rodean, la plaza continúa siendo un centro neurálgico de las actividades sociales de la villa Alhué.

Actualmente, la plaza posee árboles, bancas y senderos, además de algunos antiguos faroles anclados mediante piedras de trapiche. En 2025, un proyecto Barrio Comercial de Sercotec, ejecutado junto a la Cámara de Comercio y Turismo local, instaló en la plaza unas letras volumétricas y un conjunto de esculturas de metal que representan personajes y elementos típicos de Alhué.

Tal y como se ha mencionado, la materialidad del adobe como sistema constructivo marcó el carácter urbano de la villa, que en 1983 fue reconocida como Monumento Nacional en la categoría de Zona Típica, bajo la tipología “Pueblo tradicional”. La declaratoria abarcó el sector comprendido entre las calles Costanera Estero Alhué, Esperanza, El Molino, Esmeralda, 19 de agosto, Luis Cruz Martínez, La Aguada y 1 Poniente. Según el CMN:

“En un valle rodeado de cerros que forman parte de la Cordillera de la Costa y del Cordón Altos de Cantillana se ubica el Pueblo Villa Alhué, en la Región Metropolitana. Fundado en 1544, se caracteriza por su riqueza arquitectónica y por su entorno natural. [...] Una de las características del pueblo es su apego a las tradiciones chilenas, tales como el rodeo, carreras a la chilena y bailar la cueca. La religiosidad también es un componente importante. Destaca en este ámbito la fiesta religiosa de La Purísima, celebrada cada 8 de diciembre, día durante el cual se realiza una procesión a la Virgen acompañada de un desfile de huasos a caballo y por parejas que ofrecen pies de cueca en su homenaje”
(Consejo de Monumentos Nacionales, en internet s.f.-d)

Este tipo de declaratoria, vigente desde 1970 para agrupaciones de bienes inmuebles urbanos o rurales, reconoce sectores que destacan por su unidad estilística, materialidad o técnicas constructivas. En el caso de Alhué, se consideró el valor arquitectónico de sus construcciones con características coloniales, junto con el apego a las tradiciones chilenas.

Sin embargo, tras la destrucción provocada por el terremoto del 3 de marzo de 1985, la reconstrucción modificó el trazado urbano, el diseño de las viviendas y la materialidad de las construcciones y cierres: los antiguos tapiales y fachadas hechas de adobe fueron, en su mayoría, reemplazados por rejas metálicas, edificaciones nuevas y materiales como madera, ladrillos, y, más tarde, hormigón. De este modo, el sector perdió las características por las que había sido reconocido y el año 2008, mediante el Decreto Supremo 1521, se redujeron los límites del polígono originalmente protegido.

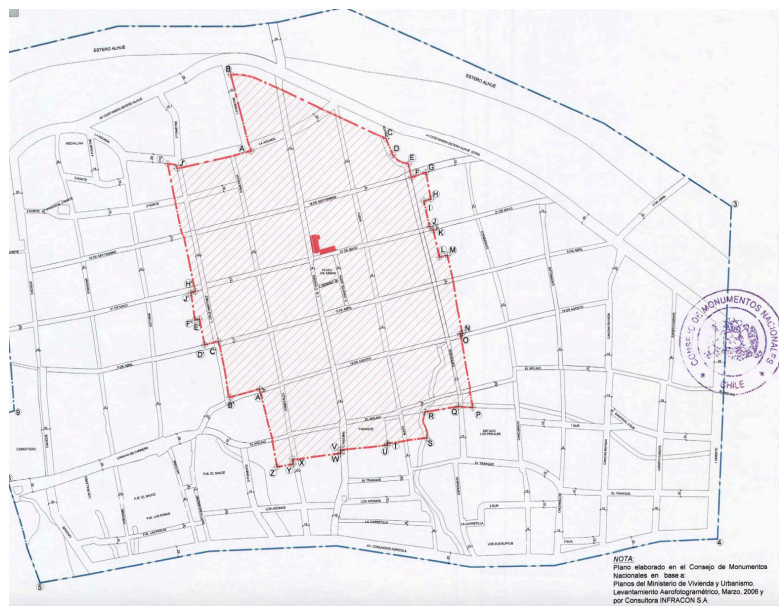


Figura 33. En rojo, polígono actual de la declaratoria del Pueblo de Villa Alhué como Zona Típica (Consejo de Monumentos Nacionales, 2008). En azul, polígono originalmente declarado (Consejo de Monumentos Nacionales, 1983)

En el plano de la figura 33 se observa la representación del área originalmente reconocida junto con el polígono declarado actualmente, dando cuenta de la disminución espacial de esta protección. Tras el terremoto de 2010, que destruyó el adobe restante y consolidó el cambio en el estilo urbano de la zona céntrica, no se han vuelto a realizar cambios. No obstante, el municipio evalúa la posibilidad de solicitar que el reconocimiento como categoría de Monumento Nacional, se limite solamente a la Iglesia y su entorno inmediato.

Actualmente, diversas voces vinculadas al patrimonio consideran que los acervos de Alhué se relacionan más bien con elementos inmateriales, como formas de vida, oficios tradicionales, festividades, creencias y prácticas, y no con

un patrimonio inmueble o construido. Sin embargo, estas expresiones siempre cuentan con algún tipo de sustento material.

“Personalmente, ya no existe la zona típica... El patrimonio arquitectónico, es esto, es donde estamos nosotros. Iglesia y conjunto parroquial. Museo e Iglesia. Y no hay nada más. Creo que hace mucho tiempo debió haberse levantado la Zona Típica. Porque es muy restrictiva. Y si tú ves, así en paneo general: hay casas de dos pisos. Techos de todo tipo. Todo tipo de pendientes. No hay nada que uno pueda decir, hoy, “es una arquitectura interesante”. No hay nada más que esto. Entonces, lo que corresponde es levantar la Zona Típica. Y creo que se han hecho algunas gestiones, pero hay que hacer la gestión directa, ir a Monumentos Nacionales y así, traer la gente. [...] Pero ahora ya no existe nada. [...] Y además, si tú ves acá, por ejemplo, el antejardín... si bien está la Zona Típica, que te exige unas cosas, está el Plano Regulador Metropolitano de Santiago, que te exige otras cosas. Entonces la dirección de obras municipales queda sin herramientas. Entonces cada uno hace lo que quiere”.

(Juan Luis Ramírez, entrevista personal, noviembre de 2025)

La trayectoria de la Zona Típica es un ejemplo de la debilidad del patrimonio construido y la memoria que puede desaparecer junto a él, a causa de los cambios en la escala, las relaciones espaciales y los atributos paisajísticos. Esta situación invita a reflexionar en torno a la fragilidad de las materialidades históricas y subraya la importancia de contar con estrategias sostenibles de conservación, que incluyan planes de manejo, comprometan a las comunidades locales y conciban el patrimonio como un activo vivo y en constante evolución.

El terremoto de 1985 y la reconstrucción.

El terremoto del 03 de marzo de 1985 -conocido como terremoto de Algarrobo-, fue un sismo de magnitud Mw 8.0 (CSN, s.f.). Ocurrió a las 19:46 horas de un domingo, tras una decena de días en que se venían sintiendo numerosos temblores menores. Tuvo una duración aproximada de dos minutos y su epicentro se ubicó frente a las costas de Chile central, cerca de la localidad de Algarrobo.

En total, el terremoto causó la muerte de 177 personas,

dejando a 2.575 heridos y más de 140 mil viviendas destruidas, especialmente en localidades donde la materialidad principal era el adobe. Por su cercanía al epicentro, la comuna de Alhué resultó enormemente afectada. Los habitantes recuerdan la gran fuerza con que se movió la tierra y el temor que esto les generó, señalando que en las calles principales de la villa no quedaron más que escombros y una nube de polvo que se mantuvo por días. El hecho de que la mayor parte de sus residentes se encontrasen en ese momento en las carreras a la chilena –en la popular cancha de carreras, hoy transformada en calle– evitó que el evento se convirtiera en una tragedia mayor, limitando el número de víctimas fatales a dos personas.

No obstante, 228 viviendas fueron afectadas, cifra equivalente al 94,4% del total de las residencias registradas por el INE en 1982. De estas, 167 quedaron totalmente destruidas (Simpson y Larraín, 1985). Como relatan algunos testimonios:

“Nosotros estábamos tomando once [...] Mis hermanas habían salido a las carreras... se escuchaba la bulla porque como vivimos cerquita, aquí. Y de repente empieza el temblor. Nosotros estábamos en el patio y corrimos hacia el sitio. Y yo lo que recuerdo es que nos movíamos igual que en un bote, porque el movimiento era así. No sé cuántos minutos fueron, al final uno después ve que fueron minutos, pero eternos. Asustados todos, porque nunca habíamos sentido algo tan fuerte [...] De repente como que todo se oscureció. No sé si sería la tierra o qué, pero se oscureció de repente todo. Cuando pasó el terremoto vimos que estaba todo en el suelo. Todo, todo. La casa de la esquina, que era como así bien alta, con un techo, bien paradita, fue a dar al medio de la calle. Mi hermana vivía en la otra calle, en toda la esquina con su familia, y esa casa se cayó toda... Alcanzaron a salir y se cayó. Y esa casa, sí que era alta, grande, con esos pastelones. Y se cayó igual. Se cayó todo. Aquí no quedó de esas casas. Ninguna. No quedaba nada. Solo montones de escombros, no más. Por todas partes”.

(María Carolina Donoso, entrevista personal, noviembre 2025).



Figura 34. Vista del sector céntrico de Alhué, días después del terremoto de 1985. Fotografía gentileza de Juan Luis Ramírez.

“En el 85 el temblor, oiga, fue una bendición que hubieran carreras. Estábamos en las carreras, y toda la gente estaba para allá. O si no hubieran habido muertos. [...] Nos asustamos. [...] Los más viejitos quedaban en las casas. De donde estamos, yo corrí para llegar a la casa. Me fui por allá por la 21 de Mayo, a ver a mi papá y mi mamá que son los dos que estaban en la casa. La casa de nosotros la botó. Era de adobe. La cocina también la botó. [...] Pero el más fuerte fue el del 2010”.

(Gilberto Santibáñez, entrevista personal, noviembre 2025)

A diferencia de otros sismos que habían afectado la localidad –como el terremoto de Valparaíso en 1906 –tras el cual el alcalde informó que había “dejado a todos sin su hogar” y había destruido todos los establecimientos públicos (Bustos, 1995, p. 140)–, el de La Ligua en 1965, o el de Illapel en 1971, la reconstrucción posterior al terremoto de 1985 no se realizó en adobe, sino utilizando principalmente madera. Según varios vecinos, las personas “le agarraron susto” a la tierra y prefirieron construir en ladrillo.

Quienes vivieron ese momento señalan que fue un hito que

cambió al pueblo, no solo por la materialidad empleada, sino también porque, hasta 1985, las casas eran amplias y se situaban en los cierres de los sitios, más específicamente en las esquinas, disponiendo sus corredores y patios hacia el interior. Durante la reconstrucción, proceso que coincidió temporalmente con un nuevo auge minero y la consiguiente llegada de población foránea, las viviendas comenzaron a levantarse en el centro de los terrenos, dejando definitivamente atrás el paradigma de la organización colonial en que los muros marcaban la diferenciación entre el interior y la calle.

Después de la catástrofe fue necesario ponerse de pie nuevamente, iniciando un complejo proceso de reconstrucción. En este contexto surgió una iniciativa que reunió al párroco, padre Gerardo; al arquitecto Juan Luis Ramírez y a diversas fundaciones que trabajaban en el territorio o que llegaron para prestar ayuda tras el desastre, como Sodem, Cáritas Chile, la fundación alemana Adveniat, y el grupo conocido como las Damas Holandesas. Sumando sus esfuerzos, desarrollaron una metodología para catastrar las necesidades de la población, gestionar los materiales disponibles y construir, en conjunto con los vecinos, las nuevas casas:

“Las personas se organizaron en comités por comunidad. Y ya empezaron a dibujar sus propias casas; las que querían. Y se catastró los materiales que tenían ellos. Se fue organizando qué es lo que tenían, cómo podían aportar, cuánta gente vivía en su familia. Se hizo una ficha de sus casas, se calcularon los materiales, y ordenadamente con la familia se iba discutiendo el diseño. Y empezamos a reconstruir en las localidades. Cada localidad tenía sus propios materiales locales. Unos que trabajaban en el Asiento, apisonados de cajón. Era con encofrado y tierra húmeda, y se apisonaba. En Pichi se trabajó con coligüe, se trabajó con cola de diablo, con materiales del estero. Y también con una suerte de apisonados, mezclas. Y después todo se revestía en barro. Y como a la gente le agarró miedo al barro, hacía la parte de abajo en barro, en apisonado, y arriba de madera. Y empezaron a salir una serie de técnicas nuevas, que nosotros le llamamos, en nuestro libro, “tecnologías tradicionales no tradicionales”. Entonces, se trabajaba por autoconstrucción, por ayuda mutua. Todo el grupo de vecinos trabajaba en una casa, después se iba a la otra casa, y así, se iban rotando. Y tenían su propio banco



Figura 35. Representación del modelo de financiamiento para el proyecto de autoconstrucción en Alhué, post terremoto del año 1985. Ca. 1985-1986. Imagen gentileza de Juan Luis Ramírez.

de materiales que llevaba una persona. [...] utilizábamos los materiales que le quedaban a las personas, a las familias del terremoto. Todo lo que podía ser reutilizable”.
(Juan Luis Ramírez, entrevista personal, noviembre 2025)

El equipo de trabajo incluso aprovechó las mediaguas de emergencia entregadas por las autoridades para luego reutilizarlas convirtiendo la madera en palillaje, el que se incorporó en el exterior de los muros de las nuevas casas, recubierto con barro, para ayudar a aislar del calor y el frío. El trabajo de quienes asistieron en la construcción se pagó con sacos de harina entregados por Cáritas.

En su segunda etapa el proyecto buscaba complementar el equipamiento de la casa con otros elementos:

“cuando estaban armados venía el complemento del invernadero, del horno de barro, del secador solar, de las camas altas, que ya habían aprendido muchos con la ONG antes del terremoto. Entonces, se entregó una unidad autosuficiente rural, considerando que todavía esto era de extrema pobreza, era la comuna más pobre de la Región Metropolitana en ese momento.”
(Juan Luis Ramírez, entrevista personal, noviembre 2025)



Figura 36. Casa piloto durante el proceso de reconstrucción post terremoto del año 1985. En la esquina inferior izquierda, se alcanza a apreciar el detalle del palillaje y el revestimiento en barro.

Por último, se incentivó a las familias a devolver los créditos blandos que les habían facilitado, para que la organización los invirtiera y pudieran optar a mejoras para la casa, como cocinas o lavaplatos.

Finalizado en 1989, este proceso de reconstrucción permitió edificar 600 soluciones habitacionales, en base a tecnologías y materiales locales, mediante el compromiso de las propias familias, en un proyecto innovador que marcó la vida de muchas personas.

Elementos urbanos icónicos: faroles, pilares de esquina y protecciones de piedra.

Un rasgo característico de la villa Alhué, y que en el pasado configuró una de las postales típicas del pueblo, es su peculiar alumbrado público. Numerosos faroles se sostienen sobre grandes rocas talladas de forma circular y de gran grosor: se trata de antiguas piedras de trapiche, utilizadas originalmente para moler el mineral.



Figura 37. Protección de piedra en Villa Alhué, hoy instalada a modo de testigo histórico. ¡Te invitamos a recorrer el centro de la villa y descubrir la ubicación de este hermoso objeto patrimonial!

Este rasgo urbano único ha sido incorporado en numerosos elementos identitarios de la comuna, como su escudo, o el festival “Faroles y trapiches” realizado en 1995. También es representado en las letras volumétricas que actúan como hito fotográfico, tanto en la Cuesta como en la plaza de la villa: en ambos casos la letra “L” se construye con un farol que tiene como base una rueda de piedra.

Asimismo, elementos emblemáticos de Alhué también fueron sus pilares de esquina, elementos estructurales típicos de la arquitectura tradicional hispanoamericana, que forman parte del repertorio formal de las viviendas coloniales urbanas (Sahady, 1996). Se trata de columnas situadas en el vértice de una construcción, que actúan como soporte estructural para esta y protección para los muros. Al mismo tiempo, facilitan la circulación en las esquinas, permitiendo la existencia de puertas. En muchos lugares la calidad de la elaboración y decoración de un pilar de esquina lo hacía un elemento que embellecía y marcaba la identidad de las construcciones.

Por último, otro elemento constructivo que destacaba en la villa Alhué eran las protecciones de piedra que existían en las esquinas de las manzanas. Estas tenían la función de proteger los muros del paso de las carretas cuando doblaban en las calles y, según se señala, correspondían originalmente a los hitos usados como demarcación para los vértices de las manzanas de la localidad. Con el paso del tiempo los bloques de piedra quedaron semienterrados en las aceras, las que fueron levantadas a medida que el tránsito vehicular provocaba el hundimiento de las calles (Oteíza, 1944). De todas formas, en algunas esquinas del centro todavía se conservan estos peculiares elementos.

3. La familia como parte de una comunidad. Tradiciones locales de Alhué.

*Yo me llamo Carolina
rescato la tradición
le pongo mucha pasión
al canto y a la cocina
con huevo grasa y harina
y azúcar ¡qué maravilla!
El rico dulce de tablilla
con una buena mistela
la receta de la abuela
la aprendí desde chiquilla*

Décima de presentación. Carolina Donoso, repostera y cantora.

3.1. Gastronomía y tradiciones

La mesa cotidiana de las familias del valle de Alhué ha sabido aprovechar los variados recursos que provee su entorno, complementados con los frutos que se pueden cultivar en el hogar y los productos de origen animal obtenidos del ganado que criaban las familias. Esta diversidad de ingredientes, preparados según recetas de la cocina mestiza chilena, proveía una dieta diversa y saludable, ligada a las estaciones, que muchos señalan como responsable de las buenas condiciones de salud y la longevidad de los alhuinos y alhuinas.

“Uno se crió natural. Aquí todo lo que usted come es natural. Bueno, hasta hace poco. Porque ahora igual uno compra verduras. Pero esto es natural, porque aquí todo lo que se plantaba no tenía ningún químico. Ninguno. Todo natural. El animal que se comía aquí: todo natural. Sin embargo, ahora a los animales se les da alimento. Y el alimento ya no es natural; digan lo que digan. Vienen con químicos. Las frutas igual”.

(Aladino Allende, entrevista personal, noviembre 2025)

Asimismo, los elementos naturales se han utilizado tradicionalmente como remedios para aliviar y curar afecciones de todo tipo. Estos continúan vigentes en la actualidad, complementando el acceso al sistema de salud estatal que se ofrece en el Centro de Salud Familiar de la villa y en el hospital de Melipilla.

Lo salado y lo dulce.

Antiguamente, en todas las casas de Alhué se criaban animales y se cultivaba una chacra junto a los árboles frutales. Las cocinas se conformaban de la manera tradicional del campo chileno: construcciones independientes ubicadas afuera, en el patio, y en ellas se cocinaba con fogón, lo que otorgaba un sabor único a las comidas. Así, la dieta, la arquitectura y las relaciones sociales se conjugaban para marcar una identidad, una forma de vida, que subsiste en la memoria personal y familiar.

Entre los animales que se tenían en la casa, las gallinas aportaban sus huevos y servían para preparar una cazuela en invierno, mientras que los chanchos eran especialmente importantes, debido a que su grasa alcanzaba para preparar el pan a lo largo de todo un año. Vacas y cabras permitían elaborar queso con su leche, o aportaban un cabrito para agasajar a los invitados en ocasiones especiales. Otra fuente de proteínas eran la caza de animales, como codornices y conejos, así como la pesca en el estero.

La abundancia de árboles frutales en los patios de las casas continúa siendo un rasgo de los sitios en la villa Alhué; incluso, en algún momento marcó la identidad de sus habitantes:

“Teníamos perales, manzanos. Bueno, parrones, habían en todas partes. Membrillo, níspero, ciruelos. Aquí habían muchos ciruelos, antiguamente, porque se cerraban los sitios así. Se dividía en partes con ciruelos. Entonces, había muchos ciruelos en todas partes. A los villanos de aquí nos decían “los cirueleros”, los otros. [...] Habían unas ciruelas que eran para secar. Había otras negras que son así súper dulces, que todavía quedan. Son súper ricas, que están buenas como en diciembre, como para Navidad. [También había] unas como amarillas grandes, así como doradas. Esas chiquititas ya están como perdidas. Eran unas chiquititas así, que primero eran rojas, y bueno, eran bien especiales, y después se ponen negras y eran para secar. Secas, eran ricas”.

(María Carolina Donoso, entrevista personal, noviembre 2025)

Para que los alimentos se conservaran durante el invierno, algunos se secaban -como era el caso de las ciruelas, tomates, uvas, ajíes y huesillos-, mientras que otros se usaban para elaborar dulces, mermeladas y conservas en almíbar.

En el menú preparado en los hogares de Alhué destacan algunas preparaciones emblemáticas que permanecen en la memoria de las personas y, en muchos casos, se siguen cocinando. Algunos de los platos más nombrados son las pantrucas, sopas, cazuela y guisos de acelga, junto a otras preparaciones menos conocidas que conviene destacar:

El macho ahogado es una denominación exclusiva de esta zona y la región de O'Higgins (FUCOA, 2022). Este plato consiste en un tipo de albóndigas de harina que se cuecen en un caldo de hueso o de pollo. Para la mezcla se usan verduras picadas, sofrito, un huevo y locro, resultando una pasta similar a la de las preparaciones de una tortilla, la cual se va agregando al caldo por cucharadas.

“Usted buscaba un huevito, le sacaba la yema y lo batía, lo batía. Lo batía hasta que quedara como una espumita. Después usted le echaba la yema y seguía batiendo, batiendo. Y ahí después le picaba la verdurita, la verdurita que usted iba a buscar en los huertos. Se la picaba, le ponía sal, y ahí le iba poniendo la harina y revolviendo, batiendo, batiendo, hasta que quedara semiespeso. Había que probarla, sacar una cucharadita e ir a echarla en la olla. Si estaba buena quedaban al tiro duros, y si estaba blanda se desparramaban. [...] Antiguamente la gente lo llamaba, entre octubre y noviembre, “los meses azules”. Y ahí se comían, salían, las pantrucas, los rebozados y

porotos... Porque ya era como la escasez, la salida de invierno, todavía no venía la cosecha”.
(Juana Peña, entrevista personal, noviembre de 2025).

Los porotos, en lugar de tallarines, se preparaban con locro. Este se elaboraba en base a trigo, el que se remojaba y molía en los morteros de piedra que existían en todas las casas. El locro también se preparaba con papas.

En las casas se hacía harina tostada. Entre sus variados usos, se podía preparar con vino y azúcar para elaborar la piturca y el sanco:

“Al vino le pone el azúcar primero, y después le va echando la harina, al espesor que usted se la quiera tomar. Y trago que toma, tiene que revolverlo. Eso se toma más en el invierno”.
(Juana Peña, entrevista personal, noviembre 2025).

Por su parte, el sanco es un guiso espeso, tradicional en sectores campesinos, del que se conocen diversas versiones (FUCOA, 2022). Señala Juana: “va con cebollita picada, usted la fríe, la sala; dejaba caer el agua hirviendo, que se cociera la cebolla y después le echaba la harina [como lluvia]”.

Los postres y demás preparaciones dulces se horneaban para las fiestas: bautizos, primeras comuniones, confirmaciones, cumpleaños y santos; ocasiones en las que se consumían junto a un vaso de mistela.

A partir de septiembre, cuando parían las vacas, se volvía abundante la leche y comenzaban a prepararse postres y tortas con manjar casero. El bizcocho de las tortas solía humedecerse con aguardiente y estas se preparaban sin relleno, solo con betún por fuera.

Un dulce que destaca dentro de la gastronomía local es el “dulce de tablilla”, preparado por María Carolina Donoso a partir de la tradición familiar:

“El dulce de tablilla son dos hojarascas que se hacen de harina. Las hojarascas son como galletas, se llaman “dulces de tablilla” porque las galletas en sí son duras. Tienen un relleno que es bien particular,

porque no es manjar. Y por fuera tienen betún o merengue. El relleno tiene especias: canela, clavo de olor, cascarita de naranja. Y azúcar”.
(María Carolina Donoso, entrevista personal, noviembre 2025).

María Carolina aprendió esta receta de Isolina Gamboa, “Cholita”, a quien ayudaba en su local. A través de los años continuó preparando los dulces, los que se elaboran en un proceso de tres días. Este comienza con la preparación de la masa, seguida del estiramiento, corte y cocción de las hojarascas; posteriormente, se prepara el relleno y se aplica en medio de las hojarascas, antes de terminar con el betún que recubre la tablilla y que requiere de un tiempo de secado.

Cada uno de los pasos del proceso de elaboración demanda gestos precisos y calibrados, respeto por los tiempos y conocimiento tanto de los ingredientes como del manejo de la temperatura. Antiguamente, relata, se solía revolver usando un batidor de varillas de palqui, y cocinar en horno de barro. Aunque algunas de estas tecnologías han cambiado, sigue vigente el gusto por este dulce típico alhuino.

Tradicionalmente, los dulces de tablilla se consumían especialmente en la fiesta de Todos los Santos, cada primero de noviembre. Era también la época en que se elaboraban los primeros helados de la temporada, con ingredientes naturales y azúcar que se batían a mano, en un gran recipiente enfriado con nieve:

“Lo que pasa es que antiguamente se venía de las localidades aquí, al cementerio. Entonces, llegaba mucha gente de Loncha, por ejemplo. [...] Entonces, venía toda esa gente aquí, llegaban a la familia y había que esperarlos con cosas. O, si no, iban a partes específicas donde vendían dulces. Entonces, aquí todo el mundo hacía dulces y todo el mundo compraba. Era como el día de comprar dulces de tablilla, y nosotros el día de tomar helado. Porque para Todos Santos eran los primeros helados que nosotros comíamos: el barquillo, que consistía en que tenían que ir a buscar nieve al Alto Cantillana.

Y aquí guardarla, hacer un proceso para guardarla, a veces hasta ahora en noviembre, para después hacer los helados. Y eran con cosas naturales del momento, de frutilla, pero de frutilla - frutilla, o de leche. Uy, eran exquisitos. Muy especial, es un sabor inigualable”.
(María Carolina Donoso, entrevista personal, noviembre 2025).



Figura 38. María Carolina Donoso. Repostera de Villa Alhué.



Figura 39. Batidor de Palqui y cortador de hojarascas, hecho con una lata de conserva. De fondo, torta de bizcocho y las afamadas tablillas. Registro del año 2022, realizado por nuestro equipo de trabajo.

Uso medicinal de las hierbas.

Además de su uso en la gastronomía, los elementos naturales especialmente las hierbas han sido tradicionalmente aprovechados para preparar remedios que ayudan a combatir enfermedades y recuperar la salud. Mientras que algunos se cultivaban en las casas, otras especies podían obtenerse de los cerros que rodean la villa.

“Aquí había muchas hierbas. El paico, la menta, la ruda, el toronjil, el poleo. El paico se usaba mucho para los niños cuando tenían lombrices. Se les hacía un té, se les daba en ayunas y eso los limpiaba.

La ruda era más fuerte, esa era para los dolores, para los espantos, como decían los viejos. Y el toronjil se usaba para calmar los nervios, para dormir mejor. La menta era buena para el estómago, y el poleo también. Y había otra que le llamaban la vira vira, que era para los resfríos. Esa se buscaba allá arriba en los cerros. Las mujeres eran las que más sabían de eso. Mi mamá, por ejemplo, tenía siempre hierbas colgadas secándose. Las guardaban en saquitos o en botellas, y cuando alguien se enfermaba, ahí estaban los remedios. Porque antes no había farmacia, no había posta, no había nada. Entonces, uno se curaba con eso. Y no era malo, porque la mayoría de esas hierbas hacían efecto.

Después ya con el tiempo se fueron perdiendo, porque ya la gente empezó a comprar remedios. Pero todavía hay algunos que siguen usando las hierbas, sobre todo la gente más antigua”.
(Patricio Bello, entrevista personal, noviembre 2025)

Con poleo y aguardiente se podía aliviar la congestión:

“Lo hacían con poleo, que son hierbas del campo. Se calentaba el poleo, se echaba en un paño, se ponía, se envolvía un poquito y se echaba un poquito de aguardiente. Y eso tenía que respirarlo. “Sorberlo”, decíamos. Y eso como que despejaba todo. El poleo se calentaba en el brasero, los cogollos, al ladito al fuego”.
(María Carolina Donoso, entrevista personal, noviembre 2025)

Quienes conocen los cerros saben dónde y en qué temporada recoger los “remedios”:

“Voy a ir a buscar remedio pal cerro. Tengo hartos remedios que traer: traigo hualtata pal corazón, traigo hierba santa, traigo... una pila de remedios. Quinchamáli, que es bueno para el estómago. De todos esos remedios traigo yo para la gente. Traigo, ahora que está dando tanta ley, el quintral de maqui, para el cáncer y para la diabetes. Está dando muy buena ley. A mí me encargó una señora, me llamó un día por teléfono: “Oye”, me dijo: “¿Tenís quintral de maqui? [...] necesito urgente”, me dijo, “porque me encontró el médico esta enfermedad”. [...] Ya, pues me fui, salí a las tres de la mañana de aquí y me metí por la mina pa’ dentro y hallé unas matas [...] me hallé tres matas. “Venga pa’ acá”, le dije yo, “amigo”, “me ahorró unos trancos más pa’rriba”. Y lo eché a un saco que llevaba y me vine. [...] Da una flor roja. Igual que ¿usted ha visto la flor de la quisca? Esa misma, esa parecida a la flor del quintral de maqui. [La planta] Se corta y quiebra con la mano y todo se usa. Las hojitas, el palito y todo se usa”.
(Ernesto Acevedo “Pelito de Liebre”, entrevista personal, noviembre 2025)

Una hierba que se obtiene de los campos es la manzanilla de Castilla, que Pelito de Liebre describe como “buena para el dolor de estómago y para la frialdad”. Su preparación consiste en “hacer cebado y tomar”.

Otras dos importantes hierbas con usos medicinales que se podían encontrar en los cerros eran la “cachenlagua” y la hierba santa. La primera crecía en lugares húmedos y era usada para aliviar males del hígado. Por su parte, la hierba santa era buena para los dolores de estómago y el empacho. Se preparaba en infusión para beber en ayunas, o se aplicaba como cataplasma sobre el estómago.

Mientras que algunas personas continúan utilizando con efectividad este tipo de remedios naturales, otras constatan que las hierbas han perdido su poder.

“A nosotros nos daban estas hierbas cuando estábamos enfermos. Nosotros no conocíamos los médicos. Entonces, la mamá, si nosotras estábamos con fiebre, nos daba la pila-pila, con ruda, con hilito de parra. Eso se lo quitaba, la fiebre. Y toda la gente de acá preparaba eso mismo. Mi mamá hacía un agüita pa’l día cuando estaba enferma, le echaba patagua, le echaba violeta, le echaba zarzamora, el hilito de parra, y hacía un agüita, y esa agüita lo daba todo el día. Y se nos quitaba la fiebre, se nos quitaba el resfriado. Pero ahora la hierba no obedece. Antes, a usted, cuando se le picaba un diente, había una hierba que se llamaba relvo. Entonces, usted hervía la raíz y se ponía el vaho y se le quitaba el dolor. Pero ahora no, po. Si no toma antibiótico, la infección no pasa. Pero, ¿cómo? Si antes se nos pasaba el dolor de muelas, se nos quitaba la hinchada de la cara, se nos pasaba la fiebre. Yo conocí el hospital ahora grande. Yo nunca pasaba más en el hospital”.
(María Videla, entrevista personal, noviembre 2025)

Aunque algunas especies se han vuelto más difíciles de encontrar debido a la sequía y los cambios en los patrones climáticos, los sectores naturales de Alhué siguen conservando una rica diversidad. Por su parte, la población local preserva los saberes sobre su uso y forma de preparación, una memoria que en muchos lugares se ha perdido.

Licores y destilados.

La producción de destilados en Chile se remonta al período colonial temprano, con el desarrollo de una pequeña economía orientada a la fabricación de aguardiente desde mediados del siglo XVII. El aguardiente de uva se producía siguiendo un procedimiento similar en numerosos lugares a lo largo del valle central. De hecho, la zona comprendida entre Santiago y Colchagua tuvo preponderancia en la producción del destilado: documentos contabilizan al menos 17 alambiques en esa área durante el siglo XVII, frente a solo cinco en Coquimbo y Copiapó (Cofré & Stewart, 2020).

Históricamente, las investigaciones sobre el origen del “pisco” en Chile se centraban en el Norte Chico, ya que fue en la hacienda La Torre, en el valle de Elqui, donde se encontró la mención más antigua de “tres botijas de pisco” para 1733 (Lacoste, 2016, citado en Cofré & Stewart, 2020). No obstante, la investigación de los registros históricos de la estancia de Alhué reveló que la comuna ya producía destilado de uva en 1677, y un inventario de bienes de 1717 registraba “veinte y cinco botijas de pisco”, una cantidad considerable (Cofré & Stewart, 2020)⁹.

Asimismo, los investigadores lograron establecer un vínculo familiar y comercial entre las estancias de Alhué y Elqui, ya que don Marcelino Rodríguez Guerrero, quien produjo las botijas en Elqui en 1733, se encontraba en Alhué y realizaba tratos comerciales con los dueños cuando se documentaron las 25 botijas de pisco en 1717. Esto abre la hipótesis de que pudo haber sido él quien difundió el nombre “pisco” desde el valle central al Norte Chico (Cofré & Stewart, 2020).

Si bien actualmente en Alhué no se produce pisco, persiste en el valle la producción vitivinícola, representada por la presencia de las viñas Alhué, Santa Paula de Polulo, Hacienda Chada y Santa Rita. Igualmente, se mantienen las tradiciones campesinas de elaboración de chicha, aguardiente y mistelas.

La chicha es una bebida alcohólica que se produce desde tiempos prehispánicos en toda América¹⁰. Aunque su nombre original era muday, los españoles difundieron la actual denominación, posiblemente originada en pueblos del Caribe (Pardo y Pizarro, 2005). Se trata de un licor elaborado por medio de la fermentación de frutas o cereales: los pueblos originarios solían ocupar maíz, el que primero debía masticarse para que las enzimas presentes en la saliva iniciaran la degradación de los almidones, originando así el fermento. Para el caso de las frutas, se esperaba la fermentación espontánea (Pardo, 2004).

Tras la llegada de los españoles y las nuevas especies de frutales traídos por ellos, la chicha comenzó a elaborarse casi exclusivamente de uva y manzana. Según un recuento de 1847, era la bebida favorita del pueblo y las principales variedades eran la de aloja, hecha de maíz y guisantes; la de manzana, y la de uva (Radiguet, 1955). Montecino (2012) recoge una variedad de recetas, pero el proceso básico consiste en el molido de la uva para eliminar los sólidos, su cocción -durante la cual se va retirando la espuma- y el enfriado. Luego, se almacena en tinajas de tierra cocida, que se tapan herméticamente con algún tipo de cierre cubierto de barro.

Antiguamente, muchas personas de Alhué elaboraban chicha en sus hogares de manera artesanal. Al momento de abrirla recibían la visita de sus vecinos, quienes corrían la voz para ir a probarla. También se consumía en fechas como el 18 de septiembre y Todos los Santos; las personas que tenían tinajas procuraban siempre guardar una porción para estas épocas. Igualmente, era usual que los hombres portaran consigo un cacho guardado en su linguera de lona para poder tomar chicha cuando fuese necesario.

La mistela también poseía esa dimensión social. Esta bebida se prepara con aguardiente mezclado con algún otro elemento que le aporta olor y sabor, generalmente obtenido de una huerta casera o del entorno cercano, como pétalos de rosa, apio, pacul, limón o naranja (Morales, 2006). Gracias a su capacidad de conservación por largo tiempo, las mistelas son parte de los momentos de convivencia con vecinos o visitantes.

Ahora bien, en el caso del aguardiente, este no solo se utiliza para elaborar bebidas, sino que también se consume por sí solo y se emplea en la preparación de remedios.

Una persona que conserva la tradición de la elaboración artesanal de aguardiente a partir de chicha es Luis Enrique

⁹ Las botijas de pisco en Alhué eran de menor tamaño (cerca de media arroba, o 17,6 litros), lo que hacía más fácil su traslado debido a la difícil geografía montañosa de la zona.

¹⁰ Se trata de una “bebida fermentada de baja graduación alcohólica, generalmente alrededor de tres a siete grados, que se obtiene por la fermentación de azúcares o almidones que se transforman en alcohol gracias a la acción de levaduras del género *Saccharomyces*” (Pardo, 2004, s/n).



Figura 40. Luis Enrique Huerta, aguardientero.

Huerta. Aprendió siendo niño, mirando a su padre y ayudándolo en labores como alimentar el fuego o aportar agua a la canoa que se utiliza para extraer el licor. No intentó producir por sí mismo sino muchos años después, ensayando e intentando evitar que el líquido se ahumara, hasta lograr de manera satisfactoria, primero la chicha y luego, a partir de ella, el aguardiente.

Luis recuerda que a su padre generalmente le regalaban las uvas a cambio de obtener la mitad del licor producido. Él, en ocasiones, también opera de la misma manera. Mezcla la uva común “chilena” con variedades moscatel y blanca, y ha probado de añadir ingredientes como cedrón u hojas de palto a su preparación, pero normalmente lo elabora solo en base a las uvas.

Para fabricar aguardiente, la chicha debe reposar unos veinte días y, cuando deja de fermentar, se puede comenzar la producción. El aguardiente alcanza una graduación alcohólica de 60 o 61 grados:

“Después de que sale el bueno, que es de 60 grados, ahí ya empiezo a sacar el guacho. Este guacho lo puede juntarlo todo, después lo resaca todo, lo echa, lo echa a la otra tambora allá, porque si quiere lo junta y lo resaca todo bien. Ese es mejor; sale malo, pero si lo resaca de nuevo, ahí queda bueno. Y más alto, pero se puede bajar”.
(Luis Huerta, entrevista personal, noviembre 2025)

El aguardiente se envasa y conserva en garrafas, para luego venderlo a quienes lo soliciten, normalmente por litro.

“Muchos lo quieren pa hacer cola de mono, pa hacer mistela. Pa echarle a las tortas... Pa hacer un combinado, el chuf lai que se llama; aguardiente con vino y una torreja de limón. Antes se tomaba mucho el chuf lai, usted iba a una cantina y pedía un chuf lai.”
(Luis Huerta, entrevista personal, noviembre 2025)

Apicultura y elaboración de miel.

La miel es un producto característico y tradicional de Alhué. Gracias a la variedad de especies de flora que crecen en los

bosques de la zona, las abejas obtienen su néctar del peumo, quillay, boldo, además de litre, arrayán, molle, quisco y corontillo. Esto le da a su miel una pureza excepcional, junto a su color oscuro y sabor distintivo. Igualmente, los análisis de laboratorio evidencian una alta presencia de peróxidos, los que le otorgan su propiedad antiséptica (FSP, s.f.).

Gracias al trabajo coordinado de sus apicultores, la miel de Alhué fue la primera en Chile en recibir un sello de origen otorgado por el Instituto Nacional de Propiedad Intelectual (INAPI), y actualmente cuenta con los sellos “Marca Colectiva” e “Indicación Geográfica”. El primero permite diferenciar en el mercado los productos elaborados por una determinada asociación de productores, en este caso es la “Asociación de Apicultores con Conciencia de la Comuna de Alhué”, formada en 2016 para reunir a apicultores de Pichi, El Asiento y otros sectores que buscaban unirse para potenciar su actividad y lograr darle un valor agregado (DF, 2021).

Por otra parte, la Indicación Geográfica identifica un producto como originario de una localidad del territorio nacional, cuando su calidad, reputación, u otra característica, se le atribuye principalmente por su origen geográfico (INAPI, s.f.). En el caso de Alhué, se valora el origen nativo de las flores que proveen néctar, así como la ausencia de producciones agrícolas de gran escala que impliquen la presencia de monocultivos o la aplicación de químicos en las plantas.

De hecho, la propia municipalidad elaboró una Ordenanza Municipal Apícola, que creó un registro de productores, obligó a notificar a quienes quisieran avocindarse con colmenas y reguló el uso de pesticidas y productos químicos en las colmenas o sus cercanías (IMA, 2013).

Entre los apicultores de la Asociación se cuenta Pedro Núñez, continuador de una familia de productores de miel que incluye a sus abuelos y a su madre. Pedro cuida personalmente sus casi trescientas colmenas repartidas entre El Asiento y un terreno en el sector de Pichi, donde las abejas pueden alimentarse de una diversidad de especies nativas.

Pedro, quien es constructor de profesión, comenzó con algunas colmenas como un pasatiempo y, con los años, terminó dedicado a la apicultura. Señala tener una relación compleja con sus abejas: las cuida con delicadeza, pero resiente la gran cantidad de trabajo que implica su crianza, una labor de la cual ya no puede desligarse:

“Nunca he encontrado una persona que las cuide como yo quisiera, para poder desligarme de ellas, porque todas las personas que tienen colmenas y de repente si se las ven otras personas no logran los mismos resultados. Es que hay que quererlas mucho... y ahí tiene los resultados. Después ya le devuelven todo lo que invirtió en ellas”.
(Pedro Núñez, entrevista personal, noviembre 2025)

Sin embargo, señala, “hay colmenas y colmenas”, tal como un árbol frutal puede ser más o menos productivo. En el proceso de fabricación de miel, parte de la experticia del apicultor reside en poder hallar un equilibrio entre la crianza o alimentación de las abejas, y la cantidad de miel que va a procesar, ya que en caso de extraerla en exceso, será necesario alimentar con azúcar a esas abejas durante los meses secos.

“Es un rubro muy absorbente y muy preciso. Hay que hacer un trabajo de todo el año para llegar a tener una colmena poderosa. Si no, no son capaz de juntar miel. Uno tiene que criar abejas primero, para poder cosechar miel. En la naturaleza hay mucha miel, yo creo. Si uno tuviera grandes colmenas cosecharía más. Pero ¿cómo hacer una colmena? Alimentar una colmena hoy en día sale muy caro. Para que crezca, porque hay que criarla artificial. Supongamos desde agosto, septiembre y octubre, habría que criarla artificialmente para que se desarrolle. Cuando llega la miel en noviembre, diciembre y enero, aquí en la zona, una gran cantidad de abejas le junta una gran cantidad de miel. Pero si usted no la desarrolla, ella va creciendo de acuerdo a la naturaleza, y va y junta de a poquito. Si no la alimentase, cosecha menos. Nosotros aquí igual estamos dedicados a la apicultura. Ya ni alimentamos, porque nos acostumbramos a trabajar las colmenas. Les dejamos una reserva de miel. Usted tiene que ser consciente para cosecharla y dejarle una buena reserva” [...]
(Pedro Núñez, entrevista personal, noviembre 2025)

La reserva de miel que el apicultor deja en los marcos de la colmena permite que las abejas puedan sobrevivir durante los meses secos y el invierno, cuando sus alternativas para obtener néctar son pocas o ninguna:

“El invierno es muy largo, porque aquí es seco, esta zona de Alhué. La mora y el quillay son la última flor. Esos terminan a mediados de diciembre, y de ahí ellas tienen que esperar hasta julio, cuando llega el boldo, para que pueda volver a haber flores. Cuando llueve en el invierno, en abril, sale la flor de la perdiz, que se llama, cuando se ponen amarillos los cerros. Ya ahí le ayuda, pero es una flor que dura dos semanas. Entonces aquí Alhué es extremo para las abejas: es muy bueno en esta época, pero después de diciembre es muy crítico. Enero, febrero, marzo, abril. Los calores, la sequía, se corta el agua, esos riachuelos que vio, ya no pasan. Después se corta esa agua, se seca”.
(Pedro Núñez, entrevista personal, noviembre 2025)

La exigente labor de cuidar de las abejas demanda una gran cantidad de trabajo físico por parte del apicultor. La cosecha de la miel se realiza a pleno sol, con un traje pesado, expuesto a las picaduras y moviendo peso. Todo esto disminuye su atractivo para las generaciones jóvenes, que no se interesan por continuar este trabajo:

“Es pesado tomar ese marco, y tengo, supongamos 500 colmenas, que tienen dos cajones para miel cada una, son mil, mil, mil cajones; multiplíquelo por diez, son 10.000 de esos marcos que hay que procesar para poder llegar. Por eso se echa a perder el cuerpo, destruye la salud. [...] Es un trabajo duro, porque un cajón con diez marcos de esos, le pesa como 30 kilos, es súper pesado, y la juventud hoy en día no tiene fuerza. Yo soy chico, pero a los catorce años trabajaba con mi papá. Antes de ser constructor, era estudiante uno, ¿cierto? Desde octavo pa arriba, apenas me podía la pala ya trabajaba en el verano, y hacía mezclas a pala, en esos tiempos, ni siquiera con trompo, y eran sacos de cemento de 42. ¿Se acuerda que antes pesaba 42 kilos un saco? Nosotros somos de esa generación, y esta generación de ahora no, los chiquillos no son capaces. Entonces si uno va a ir a buscar una persona para trabajar, el mínimo es de 50 años para arriba”.
(Pedro Núñez, entrevista personal, noviembre 2025)

Otro de los desafíos de la apicultura en Alhué es la venta de sus productos. Aunque el precio de la miel ha aumentado desde que los productores comenzaron a organizarse, sigue siendo relativamente bajo, y no todos han incursionado en la comercialización de propóleo -un antibiótico natural- o polen -rico en proteínas-, productos que alcanzan un mejor



Figura 41. Pedro Núñez, apicultor.

valor debido a sus reconocidos beneficios para la salud.

Por otra parte, la asociación de apicultores, que reúne a 35 de los cerca de 50 productores de la comuna, se ha organizado para vender en forma conjunta a los exportadores. Sin embargo, persiste el desafío de que la producción puede variar mucho entre un año y el otro, lo que dificulta comprometer un volumen de tambores para la venta conjunta.

“El año pasado fue muy intenso. Fue el año que cosechamos más miel de toda la historia. Entró mucha miel. Porque fue muy lluvioso, y a la vez coincidieron todas las floraciones. Hubo néctar de agosto hasta mediados de enero, nunca paró de entrar. Y este año no, entró solamente litro. Entonces esta va a ser la miel principal, la del litro;

pero la miel de litre es un poco más amarga. Todas las mieles son distintas, por ejemplo la del año pasado con la de ahora no son iguales. Siempre varía. Y si uno descargara esta miel y la que viene ahora, viene quillay un poco, ahí es más rico, más dulce”.
(Pedro Núñez, entrevista personal, noviembre 2025)

3.2. Festividades religiosas e instancias de encuentro comunitario.

Como en toda localidad rural del valle central, existieron y existen en Alhué diversas celebraciones de raíz religiosa, así como otras de origen republicano. Algunas de las primeras han sido consignadas en estudios sobre folclore, como las ceremonias de Semana Santa, Lourdes y San Jerónimo (Plath, 1966), al igual que la Quema de Judas, que consistía en prender fuego a un muñeco de paja que representaba al traidor que vendió a Jesús. En Alhué, esta tradición tenía un rasgo distintivo: Judas dejaba un testamento en el que legaba humorísticamente algún objeto a cada vecino, incitando bromas relacionadas con hechos ocurridos durante ese año. Sin embargo, vecinos señalan que, a partir de la llegada de nuevos pobladores, esta diversión dejó de practicarse.

Fiesta de la Purísima.

Cada 8 de diciembre se celebra en muchos lugares del país la fiesta de la “Purísima”, la que conmemora el dogma católico de la Inmaculada Concepción de María. En Alhué, esta celebración es considerada la más importante, y se festeja con romerías en que huasos a caballo y acompañantes a pie llegan a la villa desde los diferentes sectores, presididos por sus estandartes. Estas comitivas son recibidas por los huasos de la villa junto al Cristo ubicado en la entrada del poblado, para luego dirigirse juntos a la plaza.

A continuación, se realiza una procesión, en que la imagen de la Virgen es paseada en andas, decorada con flores, mientras los asistentes cantan:

“Entran, llegan acá y ahí empieza la procesión con la Virgen, la gente, los niños de primera comunión, si es que hay... Toda la gente va en procesión, vuelve y se hace la fiesta. [Se recorren las calles] principales, que son Dieciocho de Septiembre, el Cacique abajo y vuelve por Veintiuno de Mayo. Y la gente hace altares al paso de la Virgen”

(María Inés Donoso, entrevista personal, noviembre 2025).

Por último, se celebra la Misa, que generalmente incluye un saludo en décimas por parte de algún poeta. Al terminar, los participantes almuerzan en la Villa, prolongando la fiesta a lo largo del día.

El mes que antecede a la fiesta, conocido como “Mes de María”, la comunidad católica se reúne cada día en casas, iglesias o capillas para rezar y cantar en honor a la Virgen, preparando la celebración final.

“En todas las capillas se hace un mes de María. Se hace desde antiguo, yo creo desde cuando eran los antepasados. Se cantan canciones muy bonitas. Hay canciones antiguas muy bonitas de la Virgen. Hay una que dice: “Adiós, adiós”. El último día le cantamos esa canción, el adiós. Y terminamos todos llorando porque no queremos irnos, dejar a la Virgen, dejar de ir al mes de María”.
(María Videla, entrevista personal, noviembre 2025)

Otra fiesta religiosa relevante en el sector de Pichi es la Virgen del Carmen, que se celebra el 15 de julio, antecedida por novenas y culminando con una convivencia entre los vecinos.

La novena del Niño y la Navidad.

En muchos sectores, incluyendo Pichi y la villa Alhué, cada año la Navidad se celebraba con una representación del pesebre en vivo. No era común entregar regalos ni realizar cenas especiales; en cambio, se asistía a la Misa de Gallo, que terminaba a las doce de la noche.

Una parte muy relevante de esta celebración la constituían los días previos, en los que se realizaba la Novena del Niño. Esta práctica, tradicional en muchos países de Latinoamérica,

continúa vigente en la comuna. A lo largo de ella se prepara el nacimiento de Jesús en la Nochebuena, por medio de oraciones, villancicos tradicionales campesinos y juegos en que los niños entretienen a Jesús:

“De la hoja del zapallo se hacía un pito, era como una corneta. Y tocábamos y metíamos bulla para el niño Jesús. [...] Por eso se llama novena, nueve días. Entonces, los nueve días le cantábamos, y más lo que cantaba, hay gente que cantaba muy lindo a la antigua, pero ya esa gente se fue. Pero nosotros, la mamá, la Aurora, cantaba con guitarra, ella cantaba a lo divino. Entonces, ahí también nosotros nos pegamos [a ella]

(María Videla, entrevista personal, noviembre 2025)

En Talamí se recuerda a una tocadora de arpa que asistía a los días de la novena. Esta se realizaba en las casas, debido a que no existía capilla. Por su parte, en Pichi, el día de Navidad se organiza una convivencia en que cada vecino aporta para compartir una cena.

La Trilla.

Muchos de los trabajos involucrados en el cultivo y cosecha de los alimentos eran realizados antiguamente de manera comunitaria. Entre ellos destaca la trilla, faena artesanal que busca separar el grano de trigo de la paja y que se realizaba conduciendo yeguas al galope sobre las espigas tendidas. A ella concurrían los vecinos, transformándola en una verdadera fiesta de tres o cuatro días, amenizada por cantores, y en donde se compartían alimentos y bebidas entre los momentos de trabajo.

El trigo se cultivaba de rulo o de secano, es decir, regado solo con las lluvias, por lo que era clave la “lluvia de la espiga”, de mediados de primavera, que permitía fortalecer el grano. Entre los tipos de trigo se mencionan el florial (de menor altura), el barbón, y el centeno.

“El trigo se cortaba y ya venía la trilla. Primero se cortaba, después se amarraba y después se encerraba. Se hacía una era grande, que le llamaban “encerrar”. La gavilla uno la pescaba, la guiaba con bueyes y la apilaba en todo lo que es la era. Lo otro que era muy importante

-hoy día se ha perdido eso, yo creo que ya no va a volver- es que la gente era como de hacer muchos trabajos en común. Por ejemplo, aquí cuando mis abuelos encerraban el trigo, iba mucha gente a ayudarles.

Llegaban “mañana van a encerrar los Bellos”, y se iban pa allá a ayudarles. Y encerraban de noche, para que con el sol no se separara tanto la espiga. Y se encerraban ahí y hacían esa pega en común. [...] Después ya venía el boom de la trilla. Que se trillaba el trigo y el dueño de casa que le tocaba, ese tenía que ponerse con los corderos, con el vino, con todo para guiar la celebración de la trilla, que era muy bonito. Y ahí llegaban los cantores, con guitarras, los que sabían cantar. Y ya la final era, entre la cosecha, era como una fiesta. Era muy bonito, como una fiesta, tres días, cuatro días, dependiendo. A veces duraba una semana. Y de ahí, cuando ya estaban terminando esta trilla, ya aparecía otra. Así que los viejos sacaban casi todo el mes, dos meses”.
(Patricio Bello, entrevista personal, noviembre 2025)

Más solitaria era, en cambio, la faena de recoger y ensacar los granos de trigo, trabajo que dependía de las condiciones de viento y que terminaba con la paja guardada en ranchos especiales, llamados pajeras, donde se conservaba en capachos de cuero para alimentar a los animales. Por su parte, el trigo se vendía a los molinos del sector de Polulo.

Actualmente, al igual que en otras comunas, se realiza una trilla de fantasía para recordar esta práctica tradicional. La trilla, como procedimiento necesario para la obtención del trigo, dejó de practicarse, según se recuerda, en la década de 1980, con los inicios de la sequía.

El 18 de septiembre.

Las Fiestas Patrias son recordadas como una celebración que involucraba actividades relacionadas con la identidad campesina del sector, como rodeos, domaduras y muestras de animales. También se realizaban fondas, recordadas con afecto por ser ocasiones donde se reunían las familias en un ambiente sano y seguro. Solían ser eventos que duraban todo el día, con entrada liberada y amenizada por una orquesta. Las diversiones consistían en juegos típicos, campeonatos de cueca, competencias de “salto al ganso” y rayuela, entre otros.

Cabe destacar la permanencia hasta hoy de un club de rayuela en el centro de la villa Alhué: el legendario “París”, atendido por Norberto Huerta, lugar que también fue un centro de diversiones y baile, amenizado primero por el acordeón y guitarra, y más tarde por el tocadiscos donde se escuchaban rock y twist.

En la villa Alhué las ramadas se armaban en la cancha de carreras -hoy desaparecida- y el día 19 eran célebres las carreras a la chilena, juego tradicional en que se monta un caballo “a pelo” y se corre en una pista recta.

El 18 de septiembre, al igual que otros hitos de la historia nacional –como el día del Roto Chileno, o el 21 de mayo- se conmemoraba con un desfile en la plaza, evento de gran importancia para las escuelas locales. Con el tiempo, la tradición se perdió y en la comuna no se realizaba ningún acto en especial con motivo de las fiestas patrias. Así fue hasta que el párroco Guillermo González, junto a un grupo de huasos, tomó la iniciativa de celebrar una misa de campaña a la chilena, práctica que se ha continuado realizando durante los últimos quince años. Luego de la ceremonia religiosa se baila cueca y la municipalidad aporta empanadas para los asistentes.

La Semana Alhuina.

Esta celebración de la identidad alhuina se realiza en febrero e incluye actividades deportivas, musicales, artísticas y gastronómicas. La conmemoración, que se lleva a cabo hace más de medio siglo, convoca a la población local y a visitantes de otras comunas, y es organizada por la Municipalidad.

Según recuerdan los vecinos, las celebraciones de la semana alhuina comenzaron en la plaza, donde se organizaban

eventos tales como el carnaval de disfraces y el festival de la voz, en el que cada sector acudía a apoyar a sus intérpretes.

“Cantaban de aquí, era gente de aquí, porque ahora ya vienen esos que andan por todos los festivales de Chile, y ya nadie se atreve a participar aquí. Entonces, uno le hacía barra, por ejemplo, los Perales, el sector de arriba: venía a cantar cualquier chiquillo de allá y todos los peralinos le hacían barra. Un hermano de nosotros cantó, y toda la villa y todo Polulo le hacía barra. El cantó y ganó dos veces. Era entretenido... no importa que cantara mal, porque si cantaba mal, más le aplaudían”.
(María Inés Donoso, entrevista personal, noviembre 2025).

“Era familiar, aquí mismo se hacían las cosas. La misma gente se preparaba y hacían cosas, para amenizarlas entre todos. Así que era bien entretenido. [...] Además que antiguamente venía mucho veraneante. Porque aquí había mucha agua, el Estero estaba con mucha agua. Entonces, todos los familiares de Santiago, de otras partes, se venían a pasar las vacaciones aquí. Y lo pasábamos súper bien, porque con los primos y todo uno se iba a bañar”.
(María Carolina Donoso, entrevista personal, noviembre 2025).

Como en muchas localidades, en las fiestas también se elegía una reina, se decoraban carros alegóricos y se presentaban “sketchs” o escenas humorísticas breves, creadas por los propios vecinos.

Con el tiempo, los festejos se trasladaron al estadio, donde se celebraba la fiesta al aire libre, extendiéndose durante toda la noche. Comenzaron a presentarse distintos grupos musicales, y el bajo costo -unido al ambiente seguro- atrajo no solo a la población local, sino también a sus familiares y gente de comunas vecinas.



Figura 42. Carrera a la chilena, ca. 1940-1960. Autor: Antonio Quintana Contreras, Colección Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile.



Figura 43. Huasos a caballo durante la Fiesta de la Purísima, 8 de diciembre del año 2025. En la imagen también se aprecia a la Virgen adornada con globos y flores, arreglos que año a año realiza la familia Sereño. Fotografía gentileza de Carol Sánchez Videla.

3.3. Memoria que resiste.

*Cantando con alegría
a todos saludaré
mi nombre es María Inés
por si alguien no lo sabía
El canto y la poesía
entrego con emoción
deleitan mi corazón
los versos en todas partes
cuidemos este lindo arte
porque es pura tradición*

Décima de presentación. Cantora María Inés Donoso.

Canto a lo humano y lo divino.

El canto a lo *pueta*, en sus vertientes de canto a lo humano y canto a lo divino, forma parte de las tradiciones musicales y literarias del mundo campesino de la Zona Central de Chile y se manifiesta con gran fuerza en localidades como Alhué, Aculeo, Melipilla y San Pedro. Esta forma de poesía popular posee una gran antigüedad y algunas formas que se dan exclusivamente en nuestro país, siendo una práctica de transmisión oral que revela la interpretación simbólica del mundo que da forma a la cultura tradicional campesina (MEMCH, s.f.). Dannemann (2011) identifica un conjunto de grandes temas o fundamentos en la provincia de Melipilla, identificadas como 1) a lo divino, 2) a lo humano, 3) por angelito, 4) por astronomía, 5) por geografía, 6) por historia y 7) por literatura.

El canto a lo divino es una tradición propia de Chile que encuentra su origen en la época de la conquista, cuando los misioneros jesuitas provenientes de Andalucía -lugar de invención de la décima como forma poética-, intentaron

transmitir la doctrina católica a la población local a través de estas formas que permitían su fácil memorización. A lo largo de los siglos, esta práctica propia de los sectores rurales chilenos no desapareció; por el contrario, continuó desarrollándose en todo el valle central, especialmente en áreas más alejadas de la educación formal y el control de las instituciones religiosas (Jordá, 1970).

En el canto a lo divino se respetan ciertos fundamentos o “fundados”, que son las temáticas sobre las que tratará el canto, además de una métrica específica que son las décimas encuartetadas¹¹. La guitarra se usa generalmente “traspuesta”, es decir, afinada en notas diferentes a las clásicas y los versos se interpretan en un “ruedo” o círculo de cantores que se turnan para cantar sus versos sobre la temática escogida.

El canto a lo divino se practica en diversas ocasiones, como en las grandes fiestas religiosas y civiles -por ejemplo, la Purísima y la misa de acción de gracias del 18 de septiembre-, en velorios de difuntos, donde el canto ayuda al alma del fallecido a elevarse hacia Dios, y en encuentros de poetas. En muchas ocasiones, estos últimos se realizan a propósito de una festividad religiosa privada, organizada anualmente por una persona o familia en su propia casa. A estas celebraciones llegan cantores de Alhué y de localidades cercanas, ya que los cantores se invitan a asistir.

Por su parte, el canto a lo humano posee la misma estructura lírica y las mismas normas estilísticas que el canto a lo divino, siendo una práctica igualmente antigua, con la diferencia de que aborda temas mundanos (MINCAP, 2019). Este tipo de décima se canta en reuniones sociales, por ejemplo, al día siguiente de una fiesta religiosa o un encuentro en que se ha pasado la noche cantando a lo divino.

“Acá todos los que cantaban a lo divino también cantaban a lo humano. Siempre dicen que el canto a lo divino nació hoy día y

mañana nació lo humano, altiro. Como somos los chilenos, tenemos la parte como super espiritual de repente, y al otro día ya estamos divertidos. Al otro día nació el canto a lo humano. [...] Ahora se hace canto a lo divino, un encuentro de toda la noche, por ejemplo. Pero ya a las siete de la mañana, cuando se toma desayuno, ahí aparece lo humano. Empieza la cueca, alguna cuequita improvisada o alguna cuequita de la tradición, o empiezan a contrapuntarse, empiezan a cantar algún versito, a lo humano, divertido. O dicen brindis, todo tiene que ver con la vecina [...] Yo siento que antes se transmitían así las historias. Por alguna cosa que pasaba, por alguien que había vivido algo extraordinario, [...] por el hijo. Por el amor, por muchas cosas”.

(María Inés Donoso, entrevista personal, noviembre 2025)

El canto a lo humano se expresa en diferentes modalidades y celebran cualquier tema. Suelen hacerse en ocasiones sociales, como los brindis, para animar y hacer reír a los asistentes. Otra forma es la crónica, que plantea en forma de décimas algún hecho noticioso. La paya, o contrapunto, es una de las modalidades más conocidas del canto a lo humano. Se puede ver expresada en concursos y presentaciones donde los “payadores” compiten mediante sus versos. Dentro de la paya existen variantes, como el contrapunto en décimas, el canto con pie forzado y el banquillo, entre otras (MCAP, 2019), las cuales ponen a prueba la rapidez y creatividad de los cantores.

Alhué es reconocido como un territorio donde siempre abundaron los cantores. De hecho, fue allí donde el sacerdote español Miguel Jordá, párroco entre 1964 y 1969, conoció esta forma de poesía al compartir con su feligresía (Jordá, 1974). Sorprendido en un inicio, supo valorar prácticas campesinas en las cuales la academia y la religión oficial no veían mayor trascendencia, como el canto a lo divino y a lo humano, los velorios de angelito y las vigiliass. A lo largo de los años, su interés en estudiar el canto a lo poeta y en recoger versos lo llevó a publicar varios libros sobre el tema, siendo uno de los primeros y más importantes estudiosos del canto a lo poeta en Chile.

Su labor como párroco incluyó también un fuerte compromiso

11 La “cuarteta” es un verso de cuatro frases, cada una de las cuales se transformará en la última línea de una “décima”. La décima es un poema de diez vocablos, de ocho sílabas cada uno. Para mayor información y ejemplos, ver MCAP (2019).

con la comunidad, que lo recuerda trabajando codo a codo en la construcción de un pozo en el estero y del tranque que se levantó en los años sesenta, además de participar de muchas otras iniciativas que hacen perdurar su recuerdo entre quienes lo conocieron.¹²

Entre los cantores históricos de Alhué se mencionan Germán Allende, Juan de la Cruz Castro, Manuel Jesús Bustamante. Según recuerda María Inés, Germán los animaba a que nunca dejaran de lado el canto a lo divino: “Nunca dejen de cantar, canten chiquillos. Canten y no dejen de cantar a lo divino. Después cantan a lo humano, pero primero a lo divino”.

Aunque las personas mayores señalan que durante una época el número de cantores disminuyó y este casi pasó al olvido, en los últimos años ha revivido este arte en la comuna, gracias a talleres impartidos por cantores de otras localidades. Actualmente existen hombres y mujeres de diversas edades que practican el canto: algunos escriben y cantan versos, otros solo los interpretan.

Entre quienes componen destaca Ana María Irrazábal, quien posee un amplio repertorio de versos que ha escrito en base a los Salmos bíblicos, la naturaleza, el entorno de Alhué, hechos de actualidad, y sus reflexiones y preocupaciones. Es apoyada en su arte por la también cantora María Inés Donoso, quien transcribe los versos en un computador y los imprime para dejar registro.

Ana, quien se hizo católica siendo adulta, tuvo su primer acercamiento a la escritura de versos después del año 2006, gracias a los talleres impartidos en la comuna, aunque ya conocía cantores, entre ellos su tío José Plaza, “Minuñe”, reconocido como improvisador.

María no toca guitarra, por lo que cuando asiste a una rueda de canto busca a un intérprete que pueda acompañarla en sus

versos, ya sea con guitarra o con guitarrón, instrumento que le gusta mucho. Otras ocasiones en que interpreta sus versos son aquellas misas a las que se quiera dar más lucimiento teniendo un salmo reescrito en décimas y cantado, como en la Purísima, el Dieciocho y otras fiestas religiosas. Gracias a que dentro del canto a lo divino existe un número limitado de melodías, puede ponerse de acuerdo con quien interpreta el instrumento, aunque en cada localidad la música tiene su particularidad:

“Hay muchas melodías. Pero de la melodía, todos, todos le cambian algo. Nunca, nunca cantan todos igual. Así que hay muchas melodías, no se canta solo en una. No, hay hartas melodías, y cada zona tiene su melodía... la Común, pongámosle, que es la más común, porque algo se llama la Común. En todos los lugares la cantan a su manera”.
(Ana Irrazábal, entrevista personal, noviembre de 2025)

María Inés, como Ana María, comenzó a cantar siendo adulta, a partir de los talleres impartidos en la villa desde 2016. Ella y su hermana Carolina forman parte de una familia con raíces en la música, ya que su padre era cantor a lo divino y también interpretaba cuecas y tonadas en las fondas o en casamientos y otras celebraciones. Actualmente, María Inés canta y Carolina escribe versos, mientras que ambas se interesan activamente por ayudar a que la comunidad valore y preserve esta y otras tradiciones que forman parte de su identidad.

Otro cantor, residente de Talamí, es Aladino Allende. Aladino se crió en el sector, en el seno de una familia de hijuelatarios que mantenía cultivos, criaba animales y fabricaba carbón para vender en Rancagua. Aladino recuerda que desde los nueve años ayudaba a sus padres arando la tierra con bueyes.

Tras llegar a tercero de preparatoria en la escuela, trabajó desde joven, inicialmente en el campo, luego en Rancagua y más tarde en una fábrica metalúrgica de Santiago; posteriormente regresó a Alhué, donde fue constructor y, en

12 En referencia al padre Jordá, se recuerda la anécdota de la ambulancia, vehículo muy requerido en la villa, pero que permanecía en Melipilla debido a la falta de un funcionario que la manejara. Cuando, en una visita del médico, vecinos de Alhué la abordaron por la fuerza y trasladaron a la parroquia, Jordá terminó siendo detenido por Carabineros. Esa misma noche, ante la presión de la comunidad, fue liberado y la ambulancia se dejó en la comuna (Bustos, 1995).

1988, se empleó en la minera Florida. Aladino considera que la presencia de la minería ha sido positiva para Talamí y El Asiento, ya que antiguamente se trabajaba solo para subsistir, mientras que esta opción laboral le permitió financiar los estudios universitarios de sus hijas. Sin embargo, una vez lograda esta meta, se retiró, en sus palabras, “porque la mina se lo come a uno. Lentamente”.

El padre de Aladino era cantor e hizo que desde niño lo acompañara en las ruedas de canto a lo divino.

“Yo siempre canté a las costillas de él, porque yo nunca aprendí a tocar guitarra. Pero como mi papá tocaba, entonces mi papá se ponía... siempre si aquí estaba mi papá, yo me lo ponía al otro ladito de él; cantaba él primero y yo lo seguía. Yo lo seguía a todas las ruedas. Pero iba pegado a mi papá siempre. Y yo tenía siete años cuando se murió un niño por aquí al frente para allá. Un niño, de la edad mía. Se murió un niño ahí. Y mi papá me dijo, “¿va a ir a cantar? me dijo, “¿conmigo?” “Sí. Sí, papá, voy a ir”. “Pero ¿va a cantar? Si canta, lo llevo. Si no, igual lo voy a llevar, pero si no canta, no lo llevo nunca más.” Ya, yo me puse a jugar con otros niños ahí. Ellos se pusieron a cantar, pero todavía no hacían la rueda. Yo los escuchaba que cantaban, porque yo estaba afuera jugando. Entonces cuando ya mi papá ya vio que yo no aparecí, me dijo, “Bueno, ¿va a cantar o no va a cantar?” “Sí, voy a cantar.” “Bueno, entonces vamos pa adentro”. Y fui po. Y sabe que cuando yo canté, usted no me va a creer, que toda la gente lloró. Porque yo era un niño. Claro, porque son penosas estas cosas de niños. [...] Y ya pues, y de ahí para allá yo seguí cantando”

(Aladino Allende, entrevista personal, noviembre 2025)

Por muchos años Aladino siguió cantando hasta que su trabajo en la mina lo dejó sin tiempo para esta actividad. Años después, un accidente y otros graves problemas de salud hicieron que olvidara parte de los versos que conocía. Sin embargo, con el tiempo han ido volviendo a su memoria y hoy recuerda versos a lo humano y a lo divino, que comparte con generosidad:



Figura 44. Ana Irrazábal, cantora.

“A los angelitos se les canta con “ángel glorioso”, esa es la para cantar a los angelitos, y todos los velorios de angelitos tienen que ir con “ángel glorioso”, porque al que le está cantando es al ángel, no es ni pa la gente ni para uno. Y dice “ángel glorioso y bendito / varilla de peral / yo vi pelear dos muertes / dos muertes yo vi pelear / se tiraban a pegar / y no se pegaban nunca / yo decía más que nunca / se han de pegar bien re fuerte / que se maten las dos muertes / para no morirnos nunca”. Porque si no hay muertes ¡no nos morimos! Esos son versos que llaman “por ponderación”, así se llaman esos versos”. (Aladino Allende, entrevista personal, noviembre 2025).



Figura 45. Manuscritos de Ana Irrazábal.

Dentro de su familia no ha surgido interés en continuar el legado de los cantores. Según Aladino, esto se debe a que hoy los jóvenes disponen de televisión, radio y teléfono, entretenimientos que no existían antes y que hacen que las personas no quieran practicar este tipo de arte.

El telar.

En el sector de Pichi Juana Peña mantiene vivo el antiguo oficio del tejido a telar. Ella relata que cuando era niña aprendió a tejer de su mamá: “yo la miraba cuando mi mamá hilaba en el huso”. Ella asume que su madre debió haber aprendido, a su vez, de su propia madre. Más tarde, Juana practicó en el colegio y, tras muchos años trabajando como manipuladora de alimentos, ya adulta, tomó un curso que le permitió retomar esta labor.

Actualmente se dedica a elaborar gorros, chalecos, pieceras y mantas, tanto con telar como con palillos o crochet; su hija que es diseñadora le ayuda en los modelos. Los trabajos de Juana destacan por su conocimiento de un amplio espectro

de diseños y tipos de punto.

Cuando es necesario, la artesana realiza el proceso completo de lavado, teñido e hilado de la lana, privilegiando los elementos naturales como la cebolla, nogal, o eucaliptus, para obtener colores. En ese sentido, existen una serie de procesos que deben realizarse antes de sentarse frente al telar. Algunos de ellos se realizan a la intemperie, como el lavado de la lana, que se hace en una gran batea con agua hervida y detergente.

“Es muy pesado el trabajo, muy sacrificado. Después de la limpia viene la escarmená, y después de eso hay que hilarla, y después de hilar hay que teñir. Hay que echar a remojar las hierbas dos a tres días antes, para que le salga el color y después volver a poner para que se afirme el tejido, ahí con sal gruesa de mar o vinagre, para que cuando usted la lave no se le salga la tinta”

(Juana Peña, entrevista personal, noviembre 2022)

Juana relata que antiguamente era común el oficio de las “telaristas”, aunque hoy son pocas las personas que se interesan por esta ocupación.

“Ahora en este momento tengo por decirle que soy yo la única que voy quedando dentro de la comuna de Alhué, la artesana. Antes había muchas artesanas, muchas telaristas. Ahora se nombran artesanas, antiguo se nombraban telaristas. Ya no, ya no existen, están descansando. Y la familia no siguió. Se fue terminando todo, sus herramientas, todas las cosas, ya. Usted sabe que llega el momento de modernizarse y esto no sigue, ya”.

(Juana Peña, entrevista personal, noviembre 2025).

De todas formas, Juana espera que su oficio encuentre interesados que lo puedan continuar:



Figura 46. Juana Peña, telarista.



Figura 47. A la izquierda, la hiladora; a la derecha, antiguo huso con tortera elaborada a partir de una papa.

“Esos son los deseos y los anhelos, de que la gente, la juventud, lo pueda tomar y que no se termine, porque es un trabajo muy lindo, muy lindo. Y una tradición tan antigua. Y que se termine así... Lo veo muy difícil. Pero mi hija va a seguir con esto que a ella le gusta. Pero, como le digo, la juventud de ahora no se interesa. No, tiene otra idea, otra cosa, no se interesa. Ahora dicen que la lana les da alergia”.
(Juana Peña, Entrevista personal, noviembre 2025).

De hecho, muchas personas recuerdan que antiguamente el arte del telar y el tejido eran muy comunes entre sus madres y abuelas. El Museo de Alhué resguarda algunas de sus herramientas, como un huso para hilar la lana o un gran telar de pedal. Cabe destacar que inicialmente Juana trabajaba con un telar artesanal de dos pedales que había sido elaborado por su propio marido; con el tiempo pudo cambiar a uno de cuatro pedales, tipo Minerva, que



Figura 48. Antiguo telar de pedal. Exposición permanente, Museo de Alhué.

disminuye el desgaste físico y le permite trabajar sentada.

Desde su taller en Pichi, rodeada de su jardín y sus animales, Juana trabaja por encargo, elaborando piezas para llevar a diferentes muestras y ferias, además de atender a algunas clientas que le entregan la lana para luego comprarle sus productos. En la sala donde mantiene su telar, una fotografía recuerda el momento en que la comuna escogió uno de sus ponchos de lana para obsequiarlo al presidente Gabriel Boric durante su visita, con motivo de la inauguración del CESFAM en el año 2022.

La santiguadora.

En sectores rurales -y Alhué no es la excepción- es frecuente acudir a alguien que “rece”, también llamado “santiguador”. Se trata de personas que tienen la capacidad de curar males espirituales que se manifiestan en el cuerpo, por medio de la recitación de oraciones y la imposición de las manos.

El “rezo” se aplica preferentemente en niños; considerados más vulnerables que los adultos ante los diversos males que pueden afectarlos, tales como la envidia de un tercero ante su belleza, el “susto” o una impresión fuerte, la ingesta de alimentos que caen mal, u otras causas que originen un malestar general, como fuertes jaquecas y dolores diversos. En el caso de los niños, los síntomas suelen ser languidez, hundimiento en la mollera, caída de los párpados, desvelo y llantos incontrolables.

Según María Videla, santiguadora del sector de Pichi, el mal de ojo -nombre generalmente utilizado para denominar a este tipo de males- no se produce por malas intenciones, sino que proviene casi siempre de una persona de “sangre más pesada”, quien experimenta un sentimiento intenso. Este, al afectar a un espíritu más débil o permeable, acarrea en el afectado los síntomas físicos.

Por otra parte, la persona que santigua ha aprendido a hacerlo gracias a un don recibido desde alguno de sus padres o ancestros. María piensa que su don será heredado por su nieta, quien ya imita sus gestos al santiguar. Ella lo recibió de su madre, quien además de rezar, era partera y cantora en el sector del Cajón de Lisboa, lugar donde vivían.

“Uno nace con un talento y este talento lo tenía ella. Ayudar a las señoras tenían guagüita, porque antes no existía la posta, acá. [...] Y después ella empezó a santiguar. Desde que yo me di cuenta, ella santiguaba niñitos, le llevaba niños enfermos, gente adulta. Y los sanaba. [...] la gente piensa, “la señora santigua”, cree que es una bruja que sale con cachos. No. Es algo como de Dios. Es un don que Dios le deja a uno. Entonces, es muy bueno y, y resulta. Resulta”.

(María Videla, entrevista personal, noviembre 2025)

La curación del susto o el mal de ojo se logra mediante la recitación de oraciones que invocan a Dios o a los santos católicos, además del conocimiento de los gestos necesarios para acompañarlas. Para quitar el mal de ojo, María utiliza un crucifijo de plata y el “agua florida” que compra en Melipilla. Comienza por persignar a la persona tres veces:

“Hay que rezar tres veces “en el nombre del Padre...” Uno le dice “en el nombre del Padre, el Hijo y del Espíritu Santo”. ¿Por qué? Porque está nombrando al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Son las mismas bendiciones que dicen cuando usted se bautiza. Tres veces hay que repetir esas oraciones, que es lo primero. Después hago el Padre nuestro. Después, otra vez el Gloria, tres veces más y después por la espaldita le rezo otra vez “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, rezo el credo. Y después le rezo las siete avemarias. En voz alta, para que la gente sienta, para que vea lo que yo les estoy diciendo. Y termino también con el Gloria al Padre, que eso es lo más principal.”

(María Videla, entrevista personal, noviembre 2025)

Al finalizar, en el ambiente permanece la “carga” que acaba de quitar, lo que provoca malestares físicos como dolores de cabeza o mareos que remiten tras algunos minutos. Asimismo, para evitar que el mal permanezca en su casa, María realiza sus oraciones en espacios bien ventilados y, en invierno, a veces opta por rezar mediante una videollamada con la persona afectada.

Ella indica que el mal de ojo puede ser prevenido utilizando una pulsera roja con siete nudos, vistiendo con ropa al revés a los niños y, en el caso de adultos, utilizando joyas de plata.

La santiguadora también aplica su conocimiento sobre oraciones y rezos cuando un vecino fallece, momento en que se solicita a la persona que “sabe rezar” que asista al velorio para que ore por él. En Alhué los velorios siguen realizándose en las casas -a diferencia de ciudades grandes en que se prefiere trasladar el cuerpo a un templo u otra institución- y a estas concurren familiares y vecinos, olvidando cualquier rencilla previa. En estas ocasiones la familia del fallecido debe atender a los asistentes, quienes permanecen toda la noche acompañando con cantos, oraciones, gestos de consuelo y el infaltable gloriao -bebida caliente hecha en base a aguardiente, agua hirviendo y azúcar quemada.



Figura 49. María Videla. Santiaguadora.

Talabartería.

El oficio del talabartero es fundamental dentro de la cultura ecuestre chilena, pues es el encargado de crear elementos esenciales para el huaso y su caballo, como monturas, lazos y otros aperos. Rogelio Acevedo, habitante del sector de Talamí, heredó este quehacer de su padre. Aunque mientras vivió en la casa de su padre él nunca trabajó el cuero, al dejar su hogar necesitó aperos para los caballos, momento en que decidió fabricarlos él mismo en base a lo aprendido y observado de su papá. Tras haberse desempeñado en diferentes labores agrícolas, agroindustriales y mineras, actualmente Rogelio trabaja en su taller elaborando productos de cuero por encargo.

El talabartero obtiene sus materiales -cueros de vacuno, cabra, oveja y hasta carpincho- en diversos lugares, como Santiago, la curtiembre de Chocalán o Marchigüe. Compra los cueros listos para trabajarlos; solo los de cordero requieren mayor proceso, el que comienza con un enérgico lavado con agua caliente:

“Después hay que enjuagarlo con agua limpia. Y ahí yo los extendiendo así, al sol, pa que sequen, después los recojo. Después los dejo al sereno, y en la mañana voy, lo agarro y comienzo a sobarlo. Lo sobo a la antigua, con un garabato. Le pongo el pie yo, es una horcaja y un gancho, le pongo así y lo voy sobando. Me demoro unos 10 minutos en sobar, en dar la vuelta completa. ¡Ahí le hace ejercicio la pierna! Son cosas antiguas estas. Después de sobar lo estaco en la muralla, le pongo clavitos, lo dejo bien estiradito. Con el sol se seca la humedad que tenía y ya queda el cuero estiradito, y punto a trabajarlo. Y ahí lo traigo pa acá yo”

(Rogelio Acevedo, entrevista personal, diciembre 2022)

La cuidadosa selección de la materia prima, junto a la impecable factura de su trabajo, hacen que Rogelio nunca haya necesitado promocionar su labor. Más bien son los clientes quienes lo buscan para encargarle trabajos, especialmente monturas del tipo Rio Bueno o de campo, las que son más duras y firmes que la corralera.

En este aspecto, Rogelio relata que las monturas que

fabricaba su padre eran de un estilo diferente a las actuales:

“Mi papá también trabajaba en monturas. Sí, pero no eran las monturas, así como las hacemos ahora, no. Antes era de otra manera. Claro, me quedó la idea a mí, de cómo hacer una montura, porque yo lo veía a él. Pero no son las monturas iguales como las de antes. Tienen otro estilo ahora. Eran más derechas las monturas así, las faldas. Eran más largas también. Y ahora son cortitas las falditas. Y aisladitas, bien cómodas para las piernas, usted que ande descansadito... Pero yo creo que era bueno como lo hacían los antiguos. Como lo hacían más... que anduviera más paradito usted. No tan bien sentado. Andaba paradito usted. Yo creo que alguna cosa tenía bueno, para la espalda y para las piernas. Andaba derechitos. Así yo digo que las cosas antiguas son todas buenas. No como las cosas nuevas de ahora”.

(Rogelio Acevedo, entrevista personal, noviembre 2025)

Rogelio posee su propio animal y su montura con los que transita por los cerros, corre en rodeos y participa de la más importante fiesta local: la Purísima. En esta celebración su comunidad se dirige a caballo hacia la villa, todos “ahuasados”, para participar de la procesión que finaliza con la misa y todos los festejos posteriores. Como es sabido, en estas instancias, que finalizan al anochecer, los huasos aprovechan la sabiduría del caballo y dejan que el animal se conduzca por sí solo de vuelta a casa.



Figura 50. Rogelio Acevedo, talabartero. En la imagen se puede observar el “caballo” o caballete que heredó de su padre.

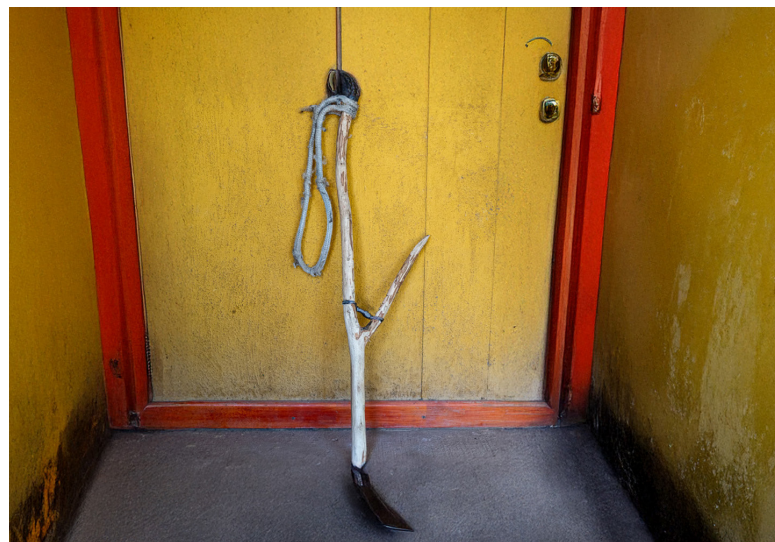


Figura 51. El garabato, herramienta para sobar el cuero. Fotografía tomada el año 2022 por nuestro equipo de trabajo.



Figura 52. Set de herramientas utilizadas por el talabartero. Fotografía tomada el año 2022 por nuestro equipo de trabajo.

Epílogo

Las actividades realizadas a fines del año 2025 e inicios del 2026 nos han permitido identificar un panorama general sobre los aspectos más relevantes en el ámbito sociocultural de Alhué.

Orientados por la idea de una memoria que pervive en el paisaje, en las herramientas de trabajo, en los objetos y, por supuesto, en la propia gente, hoy disponemos de una Guía que nos ayuda a organizar el amplio espectro de manifestaciones históricas y culturales dentro de la comuna y que le otorgan una identidad particular, única y persistente.

Durante nuestro recorrido pudimos reconocer la enorme riqueza prehispánica del territorio: con vestigios a veces imperceptibles, dispersos al borde de los esteros, así como testimonios sobre imponentes ruinas en las altas cumbres de la localidad. Todos estos elementos nos permitieron vislumbrar un alto potencial arqueológico para Alhué, quedando abierta la posibilidad de profundizar en el conocimiento que hoy tenemos a la vista, y proyectando el descubrimiento de nuevas evidencias. Sin duda, Alhué puede ocupar un rol protagónico en la ciencia arqueológica de Chile central.

Por otra parte, un elemento ineludible a la hora de pensar en la villa es su arquitectura y el barro como material protagonista; desde pequeñas habitaciones de quinchas hasta la monumental y centenaria iglesia, cuyos ladrillos de adobe sorprenden por sus dimensiones y perdurabilidad, permitiendo que aún siga en pie esta construcción icónica de época colonial.

Finalmente, su gente, quienes con su testimonio y experiencias de vida dan cuenta de una memoria activa, dinámica y vigente, manteniendo y actualizando sus tradiciones gracias a una identidad conmovedora y robusta. El oficio del telar, los recuerdos y reinventaciones de las comidas dulces y saladas,

de las bebidas típicas como el aguardiente artesanal, junto a la apicultura o la talabartería, son solo algunos de los tópicos que hemos podido revisar en la presente guía.

Recorrer Alhué en pleno siglo XXI obliga a mirar su historia de frente; de lo contrario, sería imposible comprender sus formas y actitudes, su semblante minero-rural marcado por el relativo aislamiento geográfico. Los relatos son ecos de antaño, pero también la imaginación del futuro: una imaginación que dialoga con su pasado, que se resiste al olvido, pero que no detiene su constante creación del mundo actual.

A todas y todos quienes compartieron sus memorias, muchas gracias. A quienes empiezan a conocer esta localidad, esperamos que esta guía les pueda orientar, al menos en parte, sobre la profunda historia social y cultural de Alhué.

*Cuando yo esté agonizando
ha de ser la seña cierta
y ha de ser la estrecha cuenta
que Dios me va a estar tomando
Con una vela alumbrando
mientras que me vean muerto
mientras se enfríe mi cuerpo
me sacan a revestir
me han de ver como infeliz
en una mortaja envuelto*

Aladino Allende, ex minero y cantor. Esta décima la recuerda desde que cantaba con su padre.



Figura 53. Padre Gerardo Alkemade y la parra centenaria de villa Alhué. Ca. 1984-1985. Fotografía gentileza de Juan Luis Ramírez.

Referencias Bibliográficas

Altos de Cantillana. (s.f.). Reserva Natural Altos de Cantillana. <https://www.altosdecantillana.org/la-reserva/>

Bate, L. (1998). El proceso de investigación en arqueología. Editorial Crítica.

Belmar, C., Albornoz, X., Alfaro, S., Meneses, F., Carrasco, C., Quiroz, L., Babot, M., & Planella, M. (2016). Reconstruyendo las prácticas fumatorias del sitio La Granja (130 a 1000 D.C., Valle del río Cachapoal, VI región, Chile Central) a partir de los microfósiles. *Chungará*, 48(1), 53–72. <https://doi.org/10.4067/S0717-73562016000100004> (si corresponde)

Bitácoras Residenciales. (2019). Paisaje de conservación en zona de sacrificio. Residente: Maximiliano Sepúlveda Zúñiga. Bitácora residencia de arte colaborativo. Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio. <https://bitacoraresidencias.cultura.gob.cl/los-secretos-mejor-guardados-de-villa-alhue/>

Bustos, H. (1995). Alhué: Huellas de 5 siglos. Ilustre Municipalidad de Alhué.

Cáceres, I., Westfal, C., Miranda, P., & Carrasco, C. (1994). Rosario Río: Un asentamiento cerámico temprano en Peumo (Río Cachapoal-Chile Central). En Segundo Taller de Arqueología de Chile Central. <http://www.arqueologia.cl> (si corresponde)

Carvajal, C. (2024). Inkas en la Provincia Picon. Primeros Pasos Ediciones.

Casamiquela, R. (1976). Los vertebrados fósiles de Tagua-Tagua. En Primer Congreso Geológico Chileno (Vol. 1, pp. 88–102).

Cofré, C., & Stewart, D. (2020). Viña, alambiques y “veinticinco botijas de pisco”. *Alhué*, 1717. *RIVAR*, 7(20), 88–107. <https://doi.org/10.35588/rivar.v7i20.446> (si corresponde)

Corporación Nacional Forestal (CONAF). (s.f.). Reserva Nacional Roblería del Cobre de Loncha. https://www.conaf.cl/parque_nacionales/reserva-nacional-robleria-del-cobre-de-loncha/

Consejo de Monumentos Nacionales. (1974). Decreto N°11, que declara como Monumento Nacional, en la categoría de Monumento Histórico, a la Iglesia de Alhué y casa parroquial. https://www.monumentos.gob.cl/sites/default/files/decretos/MH_00106_1974_D00011.PDF

Consejo de Monumentos Nacionales. (1983). Decreto N°125, que declara como Monumento Nacional, en la categoría de Zona Típica al Pueblo de

Villa Alhué. https://www.monumentos.gob.cl/sites/default/files/decretos/ZT_00328_1983_D00125.PDF

Consejo de Monumentos Nacionales. (2005). Decreto N°418, que declara como Monumento Nacional, en la categoría de Monumento Histórico, a la Casona de la Hacienda Alhué y predio que la circunda. https://www.monumentos.gob.cl/sites/default/files/decretos/MH_00926_2005_D00418.PDF

Consejo de Monumentos Nacionales. (2008). Decreto N°1521, que modifica los límites de la Zona Típica del Pueblo de Villa Alhué. https://www.monumentos.gob.cl/sites/default/files/decretos/ZT_00328_2008_D01521.pdf

Consejo de Monumentos Nacionales. (s.f.-a). Descripción del Santuario de la Naturaleza Altos de Cantillana-Horcón de Piedras y Roblería Cajón de Lisboa. <https://www.monumentos.gob.cl/monumentos/santuarios-de-la-naturaleza-altos-de-cantillana-horcon-de-piedras-y-robleria-cajon-de>

Consejo de Monumentos Nacionales. (s.f.-b). Descripción del Monumento Histórico Iglesia de Alhué. <https://www.monumentos.gob.cl/monumentos/monumentos-historicos/iglesia-de-alhue>

Consejo de Monumentos Nacionales. (s.f.-c). Descripción del Monumento Histórico Casona Hacienda Alhué. <https://www.monumentos.gob.cl/monumentos/monumentos-historicos/casona-de-la-hacienda-alhue-y-predio-que-la-circunda>

Consejo de Monumentos Nacionales. (s.f.-d). Descripción de la Zona Típica del Pueblo de Villa Alhué. <https://www.monumentos.gob.cl/monumentos/zonas-tipicas/pueblo-villa-de-alhue>

Cornejo, L., Falabella, F., Sanhueza, L., & Correa, I. (2012). Patrón de asentamiento durante el período Alfarero en la cuenca de Santiago, Chile Central: Una mirada a la escala local. *Intersecciones en Antropología*, 13, 449–460.

Cornejo, L., & Sanhueza, L. (2003). Coexistencias de cazadores recolectores y horticultores tempranos en la cordillera andina de Chile Central. *Latin American Antiquity*, 14(4), 389–407.

Cornejo, L., Saavedra, M., & Galarce, P. (2005). Los estratos antiguos de El Manzano 1 en el contexto del Arcaico Temprano de Chile Central. En *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (pp. 425–434). Tomé, Chile.

Cornejo, L., Saavedra, M., & Vera, H. (1998). Periodificación del Arcaico en

Chile Central: Una propuesta. Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología, 25, 36–39.

Correa, I., Sanhueza, L., Falabella, F., Saball, A., Irrazabal, L., & Castillo, J. (2020). Visibilizando los rasgos diagnósticos del material cerámico “no diagnóstico”: Desafíos metodológicos para el análisis de sitios alfareros multi-componentes en Chile Central. Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología, 50, 41–63.

Cortés, C. (2017). Sitio Los Jazmines, Melipilla: Contacto cultural en Chile central entre las poblaciones locales, el Tawantinsuyu y los españoles. Una aproximación desde las prácticas funerarias (Memoria para optar al título de Arqueóloga). Universidad de Chile.

CSN – Centro Sismológico Nacional. (s.f.). Grandes terremotos en Chile. <https://www.csn.uchile.cl/sismologia/grandes-terremotos-en-chile/>

Dannenmann, M. (2011). El Mester de Juglaría en la Cultura Poética Chilena. Su práctica en la Provincia de Melipilla. Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

De Ugarte, M., & Bráncoli, M. B. (2021). El Museo de Alhué: Un salto estratégico impulsado por el codiseño de la institución. Cuaderno 103, Centro de Estudios en Diseño y Comunicación, 317–329.

DF – Diario Financiero. (2021, octubre 18). El salto de Alhué: El éxito de las cooperativas para mejorar los ingresos en las zonas rurales. <https://www.investchile.gob.cl/wp-content/uploads/2021/10/alhue.pdf>

Dillehay, T. (2009). Probing deeper into first American studies. Proceedings of the National Academy of Sciences, 106(4), 971–978.

Dillehay, T., & Netherly, J. (1998). La frontera del estado inca: Introducción. Fundación Alexander Von Humboldt, ABYA-YALA.

Durán, E., & Planella, M. (1989). Consolidación agroalfarera: Zona central (900 a 1740 d. C.). En J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate, & I. Solimano (Eds.), Prehistoria de Chile: Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista (pp. 313–327). Editorial Andrés Bello.

Dussel, E. (2014). 16 tesis de economía política: Interpretación filosófica. Siglo XXI Editores.

Falabella, F., & Planella, M. (1979). Curso inferior del río Maipo: Evidencias

agroalfareras (Tesis de grado). Departamento de Antropología, Universidad de Chile.

Falabella, F., & Planella, M. (1980). Secuencia cronológica y cultural para el sector de desembocadura del río Maipo. Revista Chilena de Antropología, 3, 87–107.

Falabella, F., Planella, M., Aspillaga, E., Sanhueza, L., & Tykot, R. (2007). Dieta en sociedades alfareras de Chile central: Aporte de análisis de isótopos estables. Chungará, 39(1), 5–27.

Falabella, F., & Sanhueza, L. (2005–2006). Interpretaciones sobre la organización social de los grupos tempranos de Chile central: Alcances y perspectivas. Revista Chilena de Antropología, 18, 105–134.

Falabella, F., & Stehberg, R. (1989). Los inicios del desarrollo agrícola y alfarero: Zona central (300 a. C. a 900 d. C.). En J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate, & I. Solimano (Eds.), Prehistoria de Chile: Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista (pp. 295–311). Editorial Andrés Bello.

Fundación Para la Superación de la Pobreza (FSP). (s.f.). Alhué, un tesoro de miel [Videograbación]. <https://superacionpobreza.cl/alhue-un-tesoro-de-miel/>

FUCOA. (2022). Patrimonio alimentario de Chile: Productos y preparaciones de la Región del Libertador General Bernardo O’Higgins. https://www.fucoa.cl/publicaciones/patrimonioalimentario_fia/

FUCOA. (2022). El Mandinga: Historias del Diablo en la Zona Central de Chile. Ministerio de Agricultura. <https://fucoa.cl/publicaciones/mandinga/>

Gutiérrez, I. (2006). Alhué: La lucha de los campesinos por la defensa del medio ambiente. OLCA, Observatorio Latinoamericano de Conflictos Ambientales. <https://www.olca.cl/oca/chile/mineras/mineras008.htm>

Guzmán, R. (2009). Transformaciones económico-sociales en Chile a finales del S. XX: Estudios sectoriales a nivel regional y local. Impactos provocados por un proyecto de nueva minería aurífera en la comuna tradicionalmente agrícola de Alhué 1980–2009 (Seminario para optar al grado de Licenciado en Historia). Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades.

Hermosilla, N., Rodríguez, J., & Sánchez, R. (2012). Informe final ampliación línea de base: Pozos de sondeo en sitio Estero Alhué 1. Proyecto depósito

de relaves en pasta, Minera Florida Ltda., comuna de Alhué, Región Metropolitana.

Ilustre Municipalidad de Alhué (IMA). (2013). Ordenanza municipal apícola. <https://www.municipalidadalhue.cl/portalttransparencia/Ordenanza-apicola-para-decretar.pdf>

Instituto Nacional de Propiedad Industrial (INAPI). (s.f.). Sellos de origen. <https://www.inapi.cl/sello-de-origen/para-informarse>

INGÉROP. (2021). Estudio de prefactibilidad construcción conexión vial Alhué-Rancagua, Región Metropolitana y O'Higgins: Informe arqueología y patrimonio cultural. Mandante: Dirección de Vialidad Nivel Central, Ministerio de Obras Públicas.

Irrazábal, L. (2018). Pintando trinacrios: Comunidad de práctica en los grupos Aconcagua de la cuenca del Maipo durante el período Intermedio Tardío (Memoria para optar al título de Arqueólogo). Universidad Alberto Hurtado.

Jordá, M. (1970). Versos a lo divino y a lo humano. Editorial Mundo.

Jordá, M. (1974). La poesía popular campesina: Versos a lo divino y a lo humano. Teología y Vida, 15(2-3), 214-226. <https://repositorio.uc.cl/handle/11534/15062>

Jorquera, N. (2010). Hacia una historia de la arquitectura y construcción con tierra en Chile: Un país sísmico. Gremium, 7(2), 62-79. <https://doi.org/10.56039/rgne2a07>

Kaltwasser, J., Medina, A., & Munizaga, J. (1980). Cementerio del período arcaico de Cuchipuy. Revista Chilena de Antropología, 3, 109-123.

Kaltwasser, J., Medina, A., & Munizaga, J. (1984). El hombre de Cuchipuy (Prehistoria de Chile central). Revista Chilena de Antropología, 4, 99-105.

Lacoste, P., Premat, E., & Buló, V. (2014). Tierra cruda y formas de habitar el reino de Chile. Universum, 29, 85-106. Universidad de Talca.

Larraín, H. (2020). La elaboración de carbón de leña en los cerros de la zona central de Chile: Observaciones hechas en 1983 junto al río Codegua (precordillera de Graneros). <https://eco-antropologia.blogspot.com/2020/06/la-elaboracion-de-carbon-de-lena-en-los.html>

Massone, M. (1978). Los tipos cerámicos del Complejo Cultural Aconcagua

(Tesis para optar a la Licenciatura en Arqueología y Prehistoria). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

Massone, M. (1980). Nuevas consideraciones en torno al Complejo Aconcagua. Revista Chilena de Antropología, 3, 75-85.

Memoria Chilena (MEMCH). (s.f.). Canto a lo poeta. <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-3320.html>

Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio (MINCAP). (2019). Cuaderno pedagógico de patrimonio cultural inmaterial: El canto a lo poeta. <https://www.cultura.gob.cl/wp-content/uploads/2019/09/cuaderno-canto-a-lo-poeta.pdf>

Ministerio de Vivienda y Urbanismo (MINVU RM). (s.f.). Informe de diagnóstico: Villa Alhué. Programa para pequeñas localidades.

Montané, J. (1969). Primera fecha radiocarbónica de Taguatagua. Provincia de O'Higgins, Chile. Anales de la Academia Chilena de Ciencias Sociales, 52, 30.

Montecino, S. (Ed.), Cornejo, A., & Razeto, J. (2012). Patrimonio alimentario de Chile: Productos y preparaciones de la Región de Valparaíso. Comité AgroGastronómico, FACS, FIA.

Morales, F. (2006). Nuevo diccionario ejemplificado de chilenismo y de otros usos diferenciales del español de Chile. Ediciones Puntálgales.

Museo Chileno de Arte Precolombino. (2013). Guía de sala: Exposición Chile antes de Chile. <https://museo.precolombino.cl/wp-content/uploads/2020/10/Chile-antes-de-Chile.-Guia-de-sala.pdf>

Núñez, L. (1989). Hacia la producción de alimentos y la vida sedentaria (5.000 a.C. a 900 d.C.). En J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate, & I. Solimano (Eds.), Culturas de Chile: Prehistoria, desde sus orígenes hasta los albores de la conquista (pp. 81-105). Editorial Andrés Bello.

Ocampo, C. (1986). Investigaciones arqueológicas en Melipilla (octubre 85-febrero 86). Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología, 4, 4-5.

Oteiza, A. (1944). Alhué: Ensayo de monografía regional. Imprenta y Litografía Universo.

Pardo, O. (2004). Las chichas en el Chile precolombino. Basado en trabajo presentado en el XII Congreso Ítalo-Latinoamericano de Etnomedicina "Nuno Álvares Pereira" (Río de Janeiro, Brasil, 8-12 de septiembre de 2003). Chloris

Chilensis, 7(2). <https://www.chlorischile.cl/chichas/chichas.htm>

Pardo, O., & Pizarro, J. L. (2005). La chicha en el Chile precolombino. Ediciones Mare Nostrum.

Pérez, R. (2008). Alhué y sus fundadores hacia 1752. Cuadernos de Historia, 28, 137–159.

Planella, M., Cornejo, L., & Tagle, B. (2005). Alero Las Morrenas 1: Evidencias de cultígenos entre cazadores recolectores de finales del período arcaico en Chile central. Chungará, 37(1), 59–74.

Planella, M., & Falabella, F. (1987). Nuevas perspectivas en torno al período Alfarero Temprano en Chile central. Clava, 3, 43–110.

Planella, M., McRostie, V., & Falabella, F. (2010). El aporte arqueobotánico al conocimiento de los recursos vegetales en la población alfarera temprana del sitio El Mercurio. En Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena (Tomo II, pp. 1255–1265). Valdivia, Chile.

Planella, M., & Stehberg, R. (1997). Intervención inca en un territorio de la cultura local Aconcagua de la zona centro-sur de Chile. Tawantinsuyu, 3, 58–78.

Planella, M., Stehberg, R., Tagle, B., Niemeyer, H., & del Río, C. (1993). La fortaleza indígena del cerro Grande de La Compañía (valle del Cachapoal) y su relación con el proceso expansivo meridional incaico. Boletín del Museo Regional de La Araucanía, 4, 403–421.

Planella, M., & Tagle, B. (1998). El sitio agroalfarero temprano de La Granja: Un aporte desde la perspectiva arqueobotánica. Publicación Ocasional del Museo Nacional de Historia Natural, 52.

Planella, M., & Tagle, B. (2004). Inicios de presencia de cultígenos en la zona central de Chile: Períodos Arcaico y Agroalfarero Temprano. Chungará, Volumen Especial(II), 387–400.

Plath, O. (1962). Folklore chileno. Ediciones PlaTur.

Plath, O. (1966). Folclore religioso chileno. Ediciones PlaTur.

Radiguet, M. (1955). Valparaíso y la sociedad chilena en 1847. Ediciones del Pacífico.

Red Santuarios de la Naturaleza Región Metropolitana de Santiago. (s.f.). <https://www.redsantuariosrm.cl/santuarios>

Revista Minería Chilena. (2023, abril 3). Pan American Silver completa adquisición de Yamana Gold. <https://www.mch.cl/negocios-industria/pan-american-silver-completa-adquisicion-de-yamana-gold/>

Ricci, M., & Abello, L. (2012). Joyas de Doñihue y la R. N. Roblería del Cobre de Loncha. CONAF. https://fundacionphilippi.cl/wp-content/uploads/2018/10/joyas_de_donihue_y_la_r_n_robleria_del_cobre_de_loncha.pdf

Sahady, A. (1996). Invariantes de una arquitectura colonial reconocible: La vivienda colonial urbana en Chile. Revista INVI, 11(29). <https://doi.org/10.5354/0718-8358.1996.62060>

Salvador, F., & Bello, R. (2022). Escasez hídrica: Memorias campesinas y experiencias territoriales en barrancas de Pichi, Alhué. Territorio, cambio y transformación (Tesis para optar al grado de Licenciada en Educación y al título profesional de Profesora de Educación Media en Historia y Ciencias Sociales). Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Facultad de Pedagogía.

San Juan de Piche. (s.f.). Santuario de la naturaleza Alhué. <https://www.sanjuandepiche.cl/>

Sánchez, R. (2000). Cultura Aconcagua en el valle del río Aconcagua: Una discusión sobre su cronología e hipótesis de organización dual. En Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena (Tomo II, pp. 147–160). Copiapó, Chile.

Sánchez, R., & Massone, M. (1995). Cultura Aconcagua. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

Sánchez, R., Pavlovic, D., González, P., & Troncoso, A. (2004). Curso superior del río Aconcagua: Un área de interdigitación cultural períodos Intermedio Tardío y Tardío. Chungará, Volumen Especial, 753–766.

Sánchez, M. (2022). Historia de la parroquia rural de San Jerónimo de Alhué (1764–2010). Espacio Regional, 1(19), 61–72.

Sanhueza, L., Cornejo, L., & Falabella, F. (2007). Patrones de asentamiento en el período alfarero temprano de Chile central. Chungará, 39(1), 103–105.

Sanhueza, L., & Falabella, F. (1999–2000). Las comunidades alfareras iniciales en Chile central. *Revista Chilena de Antropología*, 15, 29–47.

Sanhueza, L., Ardiles, F., Miranda, C., Correa, I., Falabella, F., & Cornejo, L. (2019). Ni muy lejos ni muy cerca: Patrón de asentamiento de los períodos alfareros en la microrregión de Angostura, Chile central. *Latin American Antiquity*, 30(3), 569–586.

Sanhueza, L., Vásquez, M., & Falabella, F. (2003). Las sociedades alfareras tempranas de la cuenca de Santiago. *Chungará*, 35(1), 23–50.

Sarmiento, A. (2018). Informe ejecutivo: Rescate arqueológico sitio Estero Alhué 01, sectores noreste, este tranque de agua y sureste. Proyecto depósito de relaves en pasta, Minera Florida Ltda., comuna de Alhué, Región Metropolitana.

Sepúlveda, J., San Francisco, A., Jiménez, B., & Pérez, S. (2014). El pucará del cerro La Muralla: Incas, mapuches y españoles en el valle del Cachapoal. Mutante Editores.

SEREMI Ministerio del Medio Ambiente. (s.f.). Ecosistemas terrestres: Sitios prioritarios. <https://biodiversidadrm.mma.gob.cl/ecosistemas-terrestre/sitios-prioritarios/>

SIMBIO. (s.f.). Sistema de información y monitoreo de biodiversidad. <https://simbio.mma.gob.cl/>

Simpson-Housley, P., & Larraín, P. (1985). Personalidad y percepción de terremotos en Alhué, Chile. *Revista de Geografía Norte Grande*, 12, 3–9.

Stehberg, R. (1995). Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile. Colección de Antropología II, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, DIBAM.

Stehberg, R., & Blanco, J. (2009). Determinación de fases a través de la lítica para el arcaico temprano-medio de caverna Piuquenes, Andes de Chile central. En *Publicación del XIV Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (pp. 561–568). Rosario, Argentina.

Stehberg, R., Blanco, J., Labarca, R., Rojas, G., Aspillaga, E., & Belmar, C. (2012). Caverna Piuquenes: Aproximaciones a las adaptaciones humanas al medio cordillerano del Aconcagua. Pleistoceno tardío al Holoceno medio (11500–7000 AP). Museo Nacional de Historia Natural, Chile. Publicación Ocasional, 62.

Stehberg, R., & Sotomayor, G. (2012). Mapocho incaico. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, 61, 85–149.

Sud Austral Consulting. (2016). Actualización de cifras y mapas de desertificación, degradación de la tierra y sequía en Chile a nivel de comunas: Nota técnica. Consultoría “Alineación de los contenidos del actual Programa de acción nacional contra la desertificación con los de la estrategia decenal de la Convención de Naciones Unidas de lucha contra la desertificación (CNUCLD)”.

Troncoso, A. (2002). Deconstruyendo el signo escudo y el estilo Aconcagua; reconstruyendo la problemática rupestre en Chile central. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, 33/34, 12–26.

Troncoso, A. (2004). El arte de la dominación: Arte rupestre y paisaje durante el período incaico en la cuenca superior del río Aconcagua. *Chungará*, 36(2), 453–461.

Troncoso, A. (2007). Arte rupestre en la cuenca del río Aconcagua: Formas, sintaxis, estilo y poder. *TAPA, Trabajos de Arqueología y Patrimonio*, 39, 9–243.

Universidad de Chile. (2007). Profundización de la línea de base ambiental y ecológica del sector de mayor valor ecológico del cordón de Cantillana. Elaborado para CONAMA – GEF – PNUD. Proyecto “Conservación de la biodiversidad en los Altos de Cantillana, Chile”. <https://www.scribd.com/document/444249463/Linea-base-ambiental-y-ecologica-Cantillana-pdf>

Vargas, L., & Trejo, V. (2009). Informe y certificado patrimonio histórico cultural: DIA Proyecto Subestación y tendido eléctrico sector Alhué, Anexo 3. SEIA.cl

Vásquez, M. (2000). Síntesis lítica: Informe final proyecto Fondecyt 1970910. Manuscrito en posesión de Fondecyt.

Vicuña Mackenna, B. (1874). La visita a la provincia de Santiago, practicada por el intendente Don Benjamín Vicuña Mackenna. Imprenta de la Librería del Mercurio.

Vicuña Mackenna, B. (1881). La edad del oro en Chile: O sea, una demostración histórica de la maravillosa abundancia de oro que ha existido en el país. Imprenta Cervantes.

Documentos de archivo

Archivo Nacional. (1895, mayo 8). Carta de Carlos de Toro Herrera a la Dirección de Obras Públicas. Documentos construcción del camino por la Cuesta de Alhué. Archivo Nacional, Ministerio de Obras Públicas, v.723.

Capitanía General. (s.f.). Licencia para fundar la villa de San Jerónimo de la Sierra. Archivo Nacional, v.518, fs. 34–36. Citado en Bustos (1995).

Real Audiencia. (1643). Declaración del capitán Luis Monte de Sotomayor. Archivo Nacional, v.310, fs. 282. Citado en Bustos (1995).

Real Audiencia. (1694). Asignación hecha por Tomás Marín de Poveda al alférez Juan de Gumerá en nombre del sargento mayor Ventura de Camus. Archivo Nacional, v.103, fs. 446. Citado en Bustos (1995).

Real Audiencia. (1728). Testamento de Agustina de Peralta. Archivo Nacional, v.106, fs. 13v–16v. Citado en Bustos (1995).

Real Audiencia. (1767). Escritura de venta de la Estancia Alhué por el maestre de campo don Antonio Gamboa a don Bernardo Toro. Archivo Nacional, v.2333, fs. 175. Citado en Bustos (1995).

Fuentes imágenes históricas

Museo Histórico Nacional. Colección de Fotografía Patrimonial. <https://www.fotografiapatrimonial.cl/>

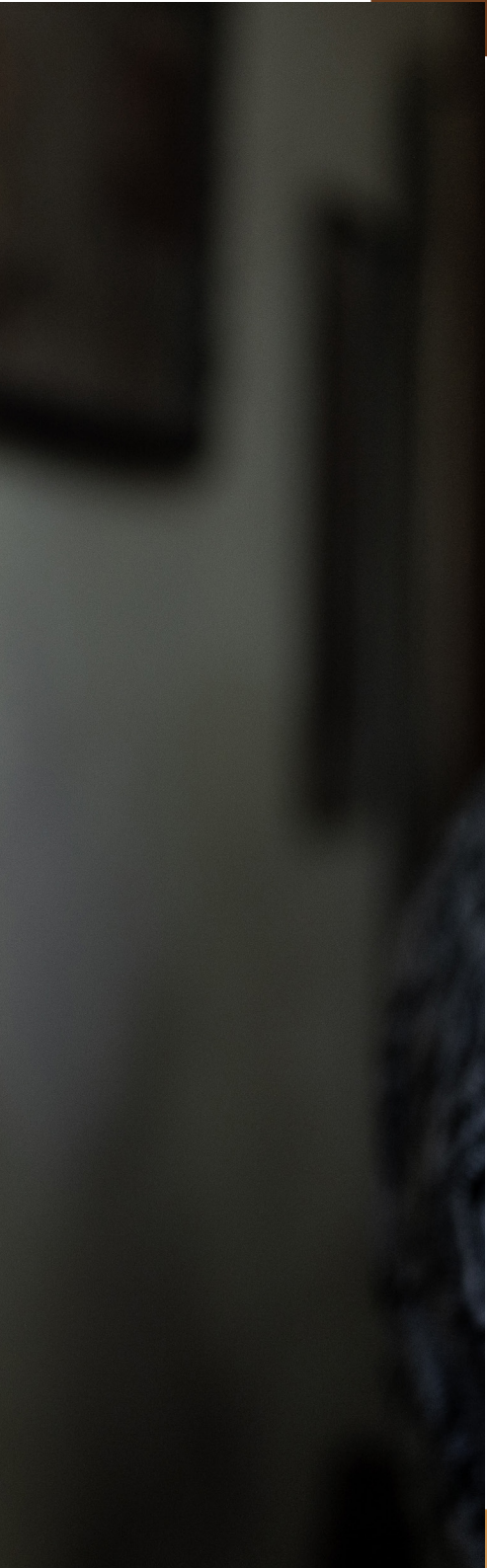
Universidad de Chile. Archivo Central Andrés Bello, Colección Archivo Fotográfico; subfondo Antonio Quintana Contreras.



Revisa algunos fragmentos
de las entrevistas realizadas

Descarga la versión digital de la Guía





Puesta en Valor del Patrimonio Social, Cultural y Arquitectónico de Alhué

Guía Sociocultural



Programa para
**Pequeñas
Localidades**



Localidad
Villa Alhué
Alhué